

Enrique de Ossó (Vinebre, 1840 - Gilet, 1896) es una figura controvertida del siglo XIX. Santo y teresianista, contestatario leal, encarnó plenamente la espiritualidad de la oración y la acción.

Su personalidad se despliega de forma poliédrica como sacerdote, maestro, fundador, pedagogo, escritor, editor, emprendedor, catequista y líder social.

Este libro recoge retazos de su vida que, combinados, van conformando una galería de luchas, vivencias e ilusiones. En sus páginas se asoman muchos personajes, con sus propias contradicciones e inquietudes, cuyas historias se entretajan para urdir la trama de la vida de este hombre complejo que se atrevió a tener sueños y arriesgó su vida por ellos.

ISBN 978-84-8353-467-0



Monte Carmelo



EL POLIEDRO. BIOGRAFÍA FRAGMENTADA DE ENRIQUE DE OSSÓ

GEMMA BEL, STJ

FONTE
MONTE CARMELO

Gemma Bel, STJ

EL POLIEDRO

Biografía fragmentada de Enrique de Ossó

GEMMA BEL, STJ

EL POLIEDRO

*Biografía fragmentada
de Enrique de Ossó*

El poliedro
Biografía fragmentada de Enrique de Ossó

© 2019 Gemma Bel

© 2019 Grupo Editorial Fonte

P. del Empecinado, 1; Apdo. 19 - 09080 - Burgos

Tfno.: 947 25 60 61; Fax: 947 25 60 62

www.montecarmelo.com

www.grupoeditorialfonte.com

editorial@grupoeditorialfonte.com

ISBN: 978-84-8353-467-0

Depósito Legal: BU-275-2019

Impresión y encuadernación
Grupo Editorial Fonte - Burgos
Impreso en España. Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal).

ÍNDICE

Introducción	7
Roma, 1968	11
Benicàssim, 1872	17
Rubí, 27-30 de junio de 1881	23
Barcelona, 29 de marzo de 1876	27
Tortosa, 1872	33
Montserrat, 19 de noviembre de 1888	39
Vinebre-Reus-Montserrat, octubre de 1854	43
Ávila, agosto de 1877	49
Tortosa, 12 de octubre de 1873	53
Tarragona, febrero de 1876	57
Ebro, septiembre de 1869	61
Sagunto-Tortosa, 15 de julio de 1908	65
Tortosa, marzo-mayo de 1878	69
Barcelona-Tortosa, Navidad de 1889	75
Tortosa, 5 de julio de 1878	81
Lisboa, 22 de noviembre de 1886	87

Terra Alta, junio de 1876	91
Maella, 7 de mayo de 1884	95
Ermita de Migcamí, 1 de abril de 1876	101
Tortosa, 19 de septiembre de 1886	105
Alba de Tormes, 27 de agosto de 1877	109
Tortosa, 15 de octubre de 1882	115
Tarragona, 4 junio de 1876	119
Godall, febrero de 1876	123
Jesús-Tortosa, 14 de octubre de 1895	127
Tortosa, 17-18 de marzo de 1884	133
Figuerola, noviembre-diciembre de 1878	139
Tortosa, 12 de octubre de 1877	143
Tarragona, 23 de junio de 1876	147
Roma, 27 de agosto de 1894	153
Barcelona-Sabadell, 29 de junio de 1875	161
Montserrat, 21 de octubre de 1882	165
Roda de Berà, 10-11 de agosto de 1881	169
Orán, mayo de 1883	173
La Almunia, septiembre de 1885	179
Barcelona, Navidad de 1895	183
Sancti Spiritus, 27 de enero de 1896-Vinebre, 15 de septiembre de 1854 ..	189
Guía de personajes	191
Resumen biográfico de Enrique de Ossó	211



Introducción

Esta es una pequeña biografía fragmentada y desordenada de Enrique de Ossó. La llamo fragmentada porque está compuesta de capítulos breves que van enfocando la vida del santo catalán desde distintas perspectivas. Está desordenada, porque las escenas no siguen un orden cronológico. Tampoco están puestas al azar, sino que se alinean en la obra siguiendo una disposición menos evidente de lo habitual.

La biografía es breve, pero muy precisa. Cada uno de los capítulos está escrito después de consultar múltiples fuentes. Normalmente la configuración de la escena está novelada, tal como se ha presentado a mi imaginación. En cambio, cada escenario se ha investigado al detalle, de manera que lo que se relata sea lo más concreto, preciso posible. Quiero así acercar los hechos al lector tal como pudieron suceder.

Me he tomado algunas licencias que quiero advertir aquí. Una de ellas hace referencia al momento de la subida a Montserrat del joven Enrique. El itinerario que he explicado es el que me parece más plausible, sobre todo teniendo en cuenta que aún faltaban dos años para la llegada del tren a Reus y Tarragona cuando todo esto sucedió, en 1854. Pero no existe ninguna referencia ni escrito que corrobore cómo fue la marcha, por qué pueblos pasó, ni qué medios utilizó. La segunda concierne a una poesía que Jacinto Verdaguer está escribiendo en la peregrinación a Ávila de 1877. Me ha parecido que este era un escenario ideal para introducir la composición, además de tener mucho sentido en el marco de ese viaje. La realidad es que el poema

fue publicado, en catalán, tres años antes de la peregrinación, en el número 23 de la *Revista Teresiana*, que corresponde a agosto de 1874. La composición fue premiada en un certamen literario en Barcelona y, por lo que se sabe, esta es la primera de las muchas publicaciones que tuvo en revistas. Por último, la escena del compromiso de vivir en comunidad que hizo el primer grupo de jóvenes teresianas el 23 de junio de 1876 está narrado según la tradición. La verdad es que no existe ningún documento que apoye esta historia, que ha pasado mediante transmisión oral a generaciones de teresianas.

Este libro no fue pensado para ser publicado como un libro impreso, sino como un libro digital, y seguramente es más fácil de seguir y de leer desde alguna plataforma informática. La idea es que el lector pueda elegir si leerlo en el orden en que ha sido pensado, o prefiere una ordenación por lugares, fechas o temas. Soy consciente de que algunas lagunas que puede dejar el libro se pueden cubrir cambiando el orden de lectura.

Algunos capítulos son casi meras transcripciones de crónicas o relatos que están al alcance de todos. La llegada de los restos de Enrique de Ossó al noviciado, el Capítulo General de 1889 o la narración de cómo el Padre Tomás Álvarez encontró los documentos en el Vaticano valen como ejemplo. Pero no son solo esos, sino que muchos momentos del libro se aferran a los documentos escritos que tenemos sobre ellos.

La historia que se narra no está contada desde el punto de vista de Enrique de Ossó. La óptica de cada escena es bastante sutil, y a veces existen distintos enfoques dentro de un mismo capítulo. He intentado dar voz, o pensamiento, a muchos protagonistas diferentes. A veces he querido entrar en su mente e intentar comprender el porqué de sus acciones. En algunos momentos encontramos un Enrique de Ossó impetuoso, desequilibrado, impulsivo o arrogante, visto por sus interlocutores. Otros, lo perciben como un líder, un visionario, o alguien que les puede mejorar la vida. Por supuesto, estos pensamientos son ficción, pero ayudan a contemplar la historia desde los ojos de aquellos

que, según lo que ahora pensamos, cometieron acciones difícilmente explicables.

En general, he intentado presentar un Enrique de Ossó que se comporta como un ser humano, no exento de defectos, y tampoco de grandeza. Me admira cómo pudo superar todas sus limitaciones de tiempo y de espacio, pero también de educación y de ideología, para crear herramientas de transformación en el mundo y en la Iglesia. Seguramente no será un Enrique de Ossó al gusto de todos, pero las acciones que se describen han sido estudiadas minuciosamente, pensadas, meditadas, incluso rezadas. Reconozco que no siempre lo entiendo, pero he tratado de ponerme en su lugar y poder dar cuenta de lo que él vivió.

En el libro no se han traducido los topónimos catalanes. Cada lugar se escribe según su denominación oficial. En cambio, los nombres propios de persona catalanes sí se traducen al castellano, siguiendo una costumbre del siglo XIX, que usaba la forma en español de los antropónimos en la escritura, aunque nunca en el lenguaje oral.

Quiero dar las gracias a todas las personas que han intervenido de alguna manera a que este libro vea la luz. Al Gobierno General, que tuvo la idea y me ha animado a acabar. A las compañeras del IDEO, que leyeron, corrigieron erratas y dieron ideas. A Carmen Melchor en especial, que ha mirado el documento con ojos críticos. A Adriana Torres, «Torchez», artista mexicana que se ha prestado a ayudar con la portada y las ilustraciones. GRACIAS.



Roma, 1968

—*Buon giorno*, Padre —dijo el guardia suizo, a la vez que tomaba sus identificaciones y reseñaba sus datos en un libro de registro.

—*Buon giorno* —contestó el P. Tomás. Mientras recogía sus cosas, vio que se abría ante él la puerta que daba entrada al Archivo Secreto del Vaticano. Abrir aquella puerta no había sido fácil. Se había necesitado una carambola histórica de causalidades, la actuación cruzada de personajes políticos, y la intervención de la Santa, para vencer finalmente aquella cerradura.

El 31 de mayo de 1964 Pablo VI hizo una intervención desde la Iglesia de san Luis de los Franceses, en Roma, para conmemorar el VIII centenario de la catedral de Notre Dame de París. El discurso del Papa fue seguido en directo, por radio, desde el famoso templo y en toda Francia. El mismo día, tres años después, Charles de Gaulle visitaba el Vaticano, y devolvía la cortesía del Papa con su país regalándole una carta manuscrita de Teresa de Jesús. El Pontífice agradeció al estadista el regalo, comprado en una subasta y recuperado, y decidió que la misiva estaría mejor en el Archivo Secreto del Vaticano. El cardenal Eugène Tisserant, también francés, archivista mayor de la Iglesia y responsable del Archivo Secreto, para resaltar cuánto valoraba el Vaticano el regalo del héroe de la resistencia, decidió programar una presentación de la carta con la máxima solemnidad. Pero el prelado, desconocedor de Santa Teresa, tuvo que acudir al Teresianum con el fin de pedir ayuda para tal presentación. El padre Tomás Álvarez trató con

toda amabilidad al distinguido visitante, al que contó la historia de unos papeles perdidos.

Esta fue la llave mágica que abrió la cueva inaccesible. Al poco tiempo de su encuentro con Monseñor Tisserant, el P. Tomás traspasó el umbral del Archivo Secreto del Vaticano, acompañado de un guardia suizo.

El archivo era un laberinto cuyas paredes eran estanterías abarrotadas de documentos. Fajos viejos acompañados de escritos modernos extendidos por aquellos pasillos kilométricos. Subieron al piso superior y contemplaron los inacabables anaqueles.

— ¿Por dónde quiere que empecemos? — dijo el guardia — Tengo orden expresa de ayudarle en todo lo que necesite. Me alegro de comunicarle que ya hemos concluido la ordenación de todo el fondo existente hasta el siglo xv. Pero supongo que usted estará más interesado en el siglo xvi, el de la Santa. Tenemos unos cuantos kilómetros de papeles de esa época, aunque aún estamos en proceso de clasificación. Yo mismo lo acompañaré hasta la zona donde se encuentran y le ayudaré a buscar.

— No quiero nada del siglo xvi. Me gustaría ver toda la documentación española del siglo xix.

— ¿Cómo? ¿No viene por Santa Teresa? — El Padre Tomás vio la cara de sorpresa del guardia suizo. — ¿Sabe usted que en el siglo xix hay muchísima documentación impresa?, ¿verdad? Y que la Iglesia española del siglo xix generó una cantidad ingente de certificados, oficios, declaraciones y sentencias. Siempre pleiteando, siempre acusándose.

El Padre Tomás no contestó. Incómodo ante el silencio, el guardia suizo le indicó que le siguiera.

— Voy a acompañarle a la parte donde está almacenado el fondo histórico en el que usted está interesado. Pero le advierto que está por ordenar, y que encontrar un documento en concreto es como rastrear el paradero de una aguja en un pajar.

Los dos hombres bajaron de su atalaya sobre los kilómetros de papel y caminaron por los pasillos circunspectos y oscuros. Las luces iluminaban tenuemente aquellos senderos, opacos por los pergaminos y los viejos archivadores. Al final de un corredor subieron por una escalera de caracol.

—A la izquierda —dijo el guía cuando acabaron de subir. Los sonidos de sus pasos sobre los pisos de madera retumbaban en el silencio de aquellos milenios de historia.

—Ya hemos llegado, —dijo el guardia. Tiene muchos metros donde buscar. Yo le ayudaré. Dígame por dónde empezamos.

El Padre Tomás se adentró por entre los armarios y caminó unos metros. En un archivo sin ordenar era imposible seguir un plan preestablecido. Miró hacia arriba y vio unos fajos grandes que sobresalían de entre los anaqueles. Le pareció ver la signatura s. XIX, lo que no era extraño, pues esa era la zona que había pedido visitar. Se acercó más y vio escrito DERTUSENSIS.

—Mire —dijo—: DERTUSENSIS significa *de Tortosa*. Es la diócesis que estoy buscando. ¿Me los puede traer?

—Sí, claro—. El guardia acercó un taburete que había unos metros más allá y se subió a él. Con cuidado, separó el fajo que le habían pedido y se lo pasó al Padre Tomás. El sacerdote abrió las cuerdas y empezó a leer al azar una hoja que sobresalía de un pliego encuadernado del archivador:

De los hechos hasta aquí probados con testimonio de los mismos consocios un día amigos leales y hoy adversarios del señor Ossó resulta cierto:

1.º que don Enrique de Ossó fue el alma, el móvil y el iniciador de la fundación del convento de las Carmelitas Descalzas, y el principal fundador de ella; 2.º que los señores Peñarroya, Auxachs y Sánchez, amigos íntimos y compañeros del señor Ossó fueron sus auxiliares y cooperadores en sus obras de celo y que se asociaron al pensamiento del señor Ossó; 3.º que el señor Ossó fue el que pidió y el que obtuvo la finca cedida; 4.º que

primeramente ni el señor Ossó pidió ni la señora de Grau dio más de cuatro jornales para edificar el convento, porque con esto bastaba y sobraba para hacer dicho convento holgadamente; 5.º que la señora de Grau dio por fin toda la finca de dos jornales de huerto y nueve próximamente de secano a instancias reiteradas del señor Ossó que la pidió y obtuvo toda para Santa Teresa y parcialmente y en primer lugar para el convento de Carmelitas; 6.º que las cláusulas o condiciones en que se hizo la escritura de cesión las hizo el señor Ossó, y por consiguiente nadie puede comprender mejor su recto sentido que él mismo; 7.º que el señor Ossó ha entendido siempre, entiende hoy y entenderá mañana, por más sentencias y penas que le apliquen, que en la finca en cuestión se han podido, se pueden y podrán hacer por los cesionarios otros edificios o fundaciones en honor de Santa Teresa, además del convento carmelitano, con buena conciencia y justo derecho; 8.º que así también lo entendieron desde un principio los consocios Peñarroya, Auxachs y Sánchez; 9.º que este juicio o persuasión de los contrarios se evidencia además de lo que se demostrará más adelante: primero por lo que hicieron a raíz de la escritura disponiendo y adjudicando no toda la finca de once jornales, sino sólo ocho jornales de ella para esta fundación del convento. ¿Por qué todos convinieron, incluso la señora donante, en adjudicar no sólo una parte de la finca para otra obra de Santa Teresa, cual es la Compañía, sino que hasta trataron y convinieron seriamente todos en destinar una parte del mismo convento, mucho antes ya de terminar la obra y de adjudicarlo a las monjas Carmelitas, a la misma obra de Santa Teresa titulada su Compañía?

El Padre Tomás tomó el pliego y cerró el fajo—. Vámonos —dijo a su acompañante.

—¿Dónde vamos? —Preguntó el guardia—. ¿Qué es lo que hay en ese pliego? —Mientras hablaba, se acercaba al carmelita y ponía sus ojos en las hojas. —Está en italiano.

—Exacto —dijo el carmelita—. Esto demuestra que es el escrito de defensa que Enrique de Ossó presentó en 1891, por me-

dio de su abogado Ramón Foguet, con las pruebas irrefutables de su inocencia y buena fe, y que nunca llegó a manos del tribunal que dictó sentencia inculpatoria en 1892. No sabemos qué fue de estos escritos exculpatorios y cómo llegaron aquí, pero este parece el mejor sitio para ocultarlos, sepultados entre millones de piezas similares. Estos papeles exculpan a Ossó de las acusaciones de Peñarroya, Sánchez, Auxachs, y las carmelitas.

— ¿Las carmelitas? ¿Está buscando escritos contra las carmelitas?

Pero el sacerdote ya empezaba andar con paso firme por el laberinto, mientras el guardia lo seguía con incredulidad.

— Padre, ¿se ha cerciorado bien? Solo hemos mirado en un fajo, y esto es un mar de papeles—. Mientras le hablaba, intentaba corregir el camino que iba tomando el carmelita, enlabinado en sus pensamientos tanto como en las paredes de pergamino y celulosa.

— Sí, me he fijado bien. Enrique de Ossó me ha tratado muy bien, y me ha llevado de la mano para ser yo quien, a la primera, encuentre la pieza del puzzle que va a permitir a la historia hacer justicia.

— Pero Ossó no es un carmelita, ¿verdad? Y tenía problemas con las carmelitas, por lo que parece. ¿Por qué lo quiere justificar? ¿Es alguien de su familia, de su pueblo?

El Padre Tomás sonrió.

— No, no es de mi pueblo. Él es catalán, y yo soy castellano —dijo, aunque sabía que el guardia suizo no entendía todas estas diferencias.

Habían llegado al final del enredado camino, y se disponían a pedir permiso para sacar una copia de del informe forense. Pasaron en trámites burocráticos mucho más tiempo que el que les había costado encontrar la defensa perdida.

— ¿Por qué le importa tanto? —Preguntó por última vez su acompañante.

—No lo entenderías, —le contestó. —Tenemos una amiga en común, una persona muy importante para los dos, que ha provocado que yo esté hoy aquí, y que no me habría perdonado que no viniera.



Benicàssim, 1872

—Enriquet, Enriquet, aquí. —La tía Inés gritaba a la llegada del tren cuando vio a su sobrino que miraba por la ventana mientras la locomotora frenaba.

Enrique, como cada año, llegaba a Benicàssim para pasar sus días de vacaciones. Ya hacía muchos años que había muerto su madre, y el sacerdote aún sentía una herida profunda cada vez que iba a Vinebre. Evitaba en lo posible estar con su padre, Jaime, y su entorno familiar. Padre e hijo no conseguían congeniar, y la muerte de la madre había creado un abismo bien visible entre ellos. Por eso, aunque cumplía a regañadientes con su obligación de ver a sus parientes más directos, ya en sus tiempos de seminarista había encontrado en sus tíos Rafaela y Justo, de Benicàssim, el refugio ideal.

Desde el año 60 intentaba visitar cada año, en sus vacaciones de verano, el pueblo marítimo al sur de Tortosa, en la parte valenciana de la diócesis. Al principio pasaba unos días con sus tíos mayores, después con la hija de estos, su tía Inés, y sus cuatro primas. La tía estaba encantada de tener con ella unos días al joven sacerdote, que tenía mucho éxito entre sus amigos y vecinos. Pero las estancias de Enrique en su casa no siempre eran tan largas como ellos habrían deseado, porque ya desde las primeras visitas descubrió algo que lo atraía hacia Benicàssim tanto como su familia o el mar, el Desierto de las Palmas.

—Enriquet, aquí. —La tía Inés vociferaba, aunque no había precisamente una multitud en los andenes de la estación de Benicàssim. El tren de Tortosa había llegado tan puntual como siem-

pre. —Ven, que nos están esperando con la tartana —le dijo a su sobrino lejano mientras hacía el gesto de ayudarle con la maleta.

Subieron al carruaje y fueron hacia la casa mientras la tía le preguntó por todas las novedades de su vida, que no eran pocas. Primero se interesó por la salud del Enriquet pequeño, su sobrino, que estuvo muy grave a principios de julio. Después que por qué no había subido hasta septiembre, con el buen tiempo que había hecho. Y cómo estaban los niños de la catequesis. Y si ya había acabado *La guía práctica* que le había tenido tan ocupado. Enrique trataba de contestar todas las preguntas, pero no tenía mucho tiempo, ya que la tía Inés hablaba a una velocidad que no le daba muchas oportunidades de explicarse.

—Ya entiendo que no dijeras nada en julio por lo del niño, pero me contó tu hermano que a mitad de mes ya estaba casi recuperado del todo. ¿Qué te ha tenido tan entretenido el mes de agosto, entonces, que no has podido subir al desierto? Debe de ser algo muy importante. Por cierto, ya verás cómo están tus primas. Te hemos preparado la cena que te gusta. ¿Pero vienes de Tortosa, no? ¿Has estado en Tortosa, después de Barcelona?... ¡Manelet, ya llegamos! Para un momento en el horno antes de llegar a casa.

Llegó a Benicàssim a principios de septiembre. Aunque el día empezaba a ser más corto no le desagradaba aquel tiempo, ya que no hacía tanto calor como en agosto. Había pasado las vacaciones con su hermano y retocando su primer ensayo, la *Guía práctica del catequista*; pero entre la enfermedad de su sobrino y todas las preocupaciones familiares no había tenido suficiente paz para pulirlo. Apuró el verano en Barcelona, donde estuvo hasta finales de agosto, y luego tuvo que ir a ver a su obispo, Benito Vilamitjana, que era su más firme apoyo en toda su actividad pastoral. Tenía algunas ideas que quería discutir con él; entre otras, la evaluación de la catequesis en el curso 71-72 y las novedades que había pensado introducir para el nuevo ciclo. Además, debía ver cómo encajaban sus clases de matemáticas y física en el seminario con toda su actividad apostólica.

El hervidero de ideas que era el joven sacerdote le estaba empezando a crear mala fama entre sus compañeros, y él lo sabía. Vilamitjana intentaba conformar a los otros y apoyarlo a él con la suficiente sutileza para que no fuera percibido, pero al obispo se le empezaba a hacer difícil justificar su torrente de propuestas. Estaba poniendo al prelado entre la espada y la pared. La última idea, levantar un altar en honor de la Purísima Virgen María en la Iglesia de San Antonio para la Congregación de Jóvenes Labradores y del Gremio de S. Antonio Abad, le estaba suponiendo a Enrique demasiados problemas, en especial de tipo económico. No había podido atender en todo el verano las obras del altar, y sabía que se estaban haciendo sin dinero. Esta era una de las cosas que había hablado con el obispo, que le había emplazado a encontrar una solución lo antes posible. Pero ahora, Ossó sólo quería aprovechar sus pocos días de vacaciones.

La semana que estuvo con su familia fue de días luminosos, de luz blanca y sol estruendoso. Intentó no pensar en los desafíos que tenía por delante ni dar rienda suelta a sus ideas. Compartió la vida de sus tíos, colaboró en el campo, visitó la iglesia, ayudó en las misas y se dedicó a la lectura. Tampoco tuvo mucho tiempo de rezar, pero no le importaba, porque en seguida iba a subir a *su* desierto.

A los ocho días de estar en casa de sus parientes dio por terminada la primera parte de sus vacaciones. La tía Inés lo llenó de provisiones por si los frailes no le trataban bien e hizo llamar a la tartana, que pasó a buscarle por la mañana. Aunque el convento carmelita está muy cerca del pueblo, la subida era costosa. Él la disfrutaba mirando el paisaje mientras el carruaje serpenteaba por la montaña. Ahora veía el mar, de azul intenso, ahora veía el verde y las ermitas, a ritmo de las vueltas del camino, mientras se empezaba a sentir el calor.

Los frailes, que ya lo conocían, lo recibieron con la misma alegría y afabilidad de siempre. Lo consideraban uno de ellos y le daban hospedaje dentro del convento. Aquel año, a pesar de

los días distendidos en el pueblo, aún sentía el agotamiento por todos los acontecimientos que se sucedían vertiginosamente en su vida y por todos los cambios que él mismo generaba. Bien pronto vio que no podía seguir el ritmo de vida de los carmelitas y empezó a pasar la mayor parte del tiempo en su ermita preferida, la de Santa Teresa.

Cada día el joven sacerdote enfilaba el camino que empezaba delante de la portería del monasterio hasta llegar a su lugar de oración. La ermita, por dentro, tenía dos pinturas al óleo: una enfrente, que estaba dedicada a Santa Teresa; y una a la izquierda, que representaba a San Juan de la Cruz. En el atrio y capilla se podían leer multitud de versos. Fuera, en un pequeño rellano, encima del precipicio, se contemplaba un paisaje abrumador. El mar azul a lo lejos, con la costa de Benicàssim, el pueblecito de pescadores, y el verde intenso de la montaña que se levantaba hasta llegar a sus pies.

El cuadro de Santa Teresa hacía referencia a la experiencia mística de la transverberación. No era de gran calidad artística, pero en aquellos momentos Enrique lo consideraba bellissimo e incomparable, porque de alguna manera estaba ilustrando el torrente de emociones que se arremolinaban en su interior.

Los días transcurrían en completa soledad, acompañada de un estrepitoso silencio. Pasaba las horas ante el retrato de la Santa, o ante el espectáculo de la naturaleza, y ambos lo conmovían profundamente. En aquel atrio de arcos blancos se encontraban persistentemente dos formas de amar, que se iban convirtiendo en una sola forma de vivir. La saeta del cuadro había traspasado de forma transversal no solo su corazón, sino sus ideas, su manera de actuar; se había incrustado en su alma de científico y había tomado las riendas de su existencia. Fue entonces cuando la locura teresiana tomó plan y forma, ya para siempre, en la mente concisa, meticulosa y ordenada de Enrique de Ossó.

Tras este tiempo en el Desierto de las Palmas, Enrique debía volver a Tortosa.

El prior hizo llamar la tartana para que lo dejara en el tren. El sacerdote se despidió de la comunidad, y emprendió el camino hacia la sede de la diócesis para empezar el curso. Mientras bajaba por el camino lleno de polvo, en silencio junto al payés que dirigía el carro, oía el repicar de los pasos de los caballos, y a cada revuelta giraba la cabeza en dirección a la ermita, que se veía en primer plano y quedaba cada vez más lejos. Sabía que después de aquel viaje algo había cambiado en su interior, sin vuelta atrás posible. Y mientras se alejaba del edificio blanco que resaltaba en el verde intenso de la vegetación, se iba haciendo consciente de que entre la Santa de la transverberación y él mismo se había creado un vínculo indestructible, una comunión íntima que iba a permear toda su vida.

Una vez a nivel del mar, entre el azul y el verde, Enrique subió al tren que lo llevaría a Tortosa, una mañana de septiembre de 1872.



Rubí, 27-30 de junio de 1881

—¿Sabes que te llaman el hombre del tren? —dijo Juan Bautista Altés mientras se levantaban a recoger sus maletines. Ya estaban en la estación de Papiol, la más cercana desde donde llegar a Rubí. —No sé qué habrías hecho si hubieras nacido veinte años antes. —El sacerdote tortosino se moría de risa mientras bromeaba con su mejor amigo—. Si tienes más poder que el ministerio de fomento, que hiciste inaugurar una línea entera para que pasaran unas señoras en peregrinación.

Enrique de Ossó no decía nada. Intentaba no reír y ponía cara circunspecta mientras bajaban al andén con sus sotanas, como venerables sacerdotes.

Nada más salir de la estación vieron a la novicia Cinta Aguilar, que les hacía señas. —Aquí, padre, aquí. Suban.

Dentro ya de la tartana, los dos sacerdotes y la novicia seguían saludándose y poniéndose al día.

—Todo es un pequeño desastre —contaba la joven. —Con los payeses bien, son los más sensatos. Luego está la junta de señoras, que preside Doña Margarita Ramoneda de Malet. Estas quieren que estemos en todas las cosas piadosas del pueblo. Y que enseñemos a las niñas a bordar rápido como un vapor, y que además hagamos nosotras bordados y labores para ellas. Luego los señores industriales. Quieren que sus hijas sean las primeras y más listas. La pobre Rosario anda loca. Entre ella y Francisca no dan abasto con las clases por la mañana y por la tarde. Lucía y yo ayudamos en lo que podemos, pero nos equivocamos bastante.

— ¿Habéis empezado ya la escuela dominical? —pregunto Ossó, intentando calmar la charla imparable de la teresiana.

— Sí, padre. Vamos Lucía y yo. Lo que pasa es que las de la junta quieren que sea jueves, sábado y domingo. Mn. Baltá les ha explicado que la escuela dominical se llama así porque es en domingo. Pero no lo entienden. El problema es que, como hay tanta industria, hay muchos hijos de trabajadores que no pueden pagar el colegio. Y por esto quieren la escuela dominical todos los días, si puede ser. Pero es que no somos suficientes.

Mn. Altés escuchaba divertido la conversación donde el fundador no tenía casi oportunidad de decir nada. La hermana Cinta contaba con desparpajo la vida en la ciudad, que tenía unos cuatro mil habitantes. Entendía que la agitación febril y el ánimo revolucionario que se respiraban en esta zona industrial de Cataluña eran el ambiente ideal para Enrique de Ossó. La gente era movida, creativa, republicana y catalanista. Se levantaban ante cualquier cosa que no les parecía bien, y llevaban de cabeza a las jóvenes teresianas que en vano intentaban hacer un poco de vida conventual.

—Lo que no comprendo es cómo este pueblo aún no tiene tren —dijo Ossó, como todo comentario al evidente aislamiento de la comunidad.

El paisaje combinaba la vegetación verde de las montañas con las chimeneas de las fábricas que se habían instalado desde hacía ya años en toda la zona del Vallés. Allá lejos, se adivinaba, tras la neblina estival, la montaña recortada de Montserrat.

—Si no fuera un lugar tan inaccesible podría enviar más seguido refuerzos desde Tortosa o Barcelona —seguía mascullando don Enrique, mientras Altés tomaba buena nota de todo lo que veía con sonrisa burlona.

—Ya hemos llegado —dijo el cochero, cuando se detuvieron delante de colegio.

Nada más bajar del coche, Teresa Audí salió a recibirlos. Les había preparado una merienda especial contra el calor. Les con-

tó que Rosario Elíes estaba en la clase de tarde, lo mismo que Francisca Pla. Y Lucía Caire estaba en las escuelas dominicales.

—Pero si hoy es lunes —respondió Ossó a toda esta explicación.

La fundadora le describió detenidamente todas las necesidades de la población, todas las meriendas que repartía, todas las comidas que daba. No podían hacer otra cosa.

El sacerdote D. José Baltá también llegó al colegio a saludar a su amigo Ossó. Estaba muy contento con el trabajo de las hermanas. No había querido dar mucha publicidad a la fundación, ya que solo llevaba un mes, y quería esperar a que se vieran los resultados. Todo, todo en aquel momento se encaminaba a una sola meta: llegar al 8 de septiembre, festividad de la Virgen, en condiciones de hacer una exposición excepcional, que deslumbrara a unos y a otros, que convenciera a los industriales, a la junta de señoras, a los sacerdotes y a los trabajadores. Con los payeses ya contaban, creía.

Enrique de Ossó y Juan Bautista Altés prolongaron su estancia en Rubí durante tres días. Paseaban, se entrevistaban con industriales de la ciudad, y sobre todo se reían mucho con todas las equivocaciones y novatadas de las hermanas. Rosario Elíes estaba un poco tensa, porque tenía que compaginar la dirección del colegio, las clases, y el estudio para obtener el título de maestra superior.

Enrique de Ossó buscaba la manera de sustituir la escuela dominical por una escuela gratuita que se pudiera atender a la vez que el colegio. Pero no le salían las cuentas, y estaba preocupado. Aquellos días, mientras conocía el pueblo, algunas jóvenes vinieron a hablar con él, interesándose por la Compañía. —Ves, hombre —le decía Altés— con todas estas que van a llegar tendrás gente de sobra para tener clases de pago y clases gratuitas. Pero el fundador no sabía cómo afrontar la situación. A lo mejor, si alguno de los dueños de las fábricas quisiera abrir un colegio para sus trabajadores y cubriera los gastos, las her-

manas lo podrían llevar. —Ya estás soñando otra vez, lo noto —seguía diciendo Altés— ya te estás imaginando soluciones.

De momento, la realidad no era exactamente como los ideales. A pesar del calor no iba a haber vacaciones de verano. Las clases no iban a parar, para poder llegar preparadas al ocho de septiembre. Así que Teresa Audí, la única fundadora que no era ni iba a ser maestra, se encargaba de hacer la vida lo más agradable posible a todos, con la cocina y la organización de la casa. —¿Cree que lo conseguiremos, Padre? —Le dijo al fundador en la víspera de San Pedro, mientras los cohetes sonaban por todo el pueblo y la comunidad comía coca con mistela con los dos sacerdotes—. ¿Cree que a este paso, con todas estas contradicciones, conseguiremos esto de cambiar el mundo? Yo, de momento, no hago más que limpiar y cocinar—. Ante las risas generalizadas, se repartió otra ronda de mistela, y la misma Teresa sacó una coca nueva que había aprendido a hacer, la *coca de vidre*.

El fundador predicó en San Pedro, la fiesta del pueblo, con el éxito habitual. Pasó el día con la comunidad de paseo y recreación. A la mañana siguiente, al amanecer, los dos amigos salieron en dirección al Papiol y, después, a Barcelona. —Me encanta este colegio —le dijo Altés cuando ya estaban en el tren—. No sé si van a salir adelante, pero lo que está claro es que vale la pena intentarlo.



Barcelona, 29 de marzo de 1876

El traqueteo del tren, el ruido, y ese polvillo negruzco que iba calando en la ropa le desagradaba en gran medida. No conseguía dormir, y mucho menos leer, con aquellos saltitos rítmicos que acompañaban el camino. Por eso, cuando Mateu Auxachs reconoció los alrededores de Barcelona se alegró. Se empezó a arreglar la ropa, sacudiéndose las motitas negras, invisibles sobre su sotana igual de oscura, agarró su maletín y repasó los encargos que le habían traído a la ciudad. Tenía una misión bien delicada, para la que debía exhibir su reconocido tacto. La señora Doña Magdalena de Grau era una mujer de mucho carácter, y él tenía que presentarse ante ella con humildad, pero a la vez con firmeza. Tenía que pedir sin imponer... Mientras daba vueltas a estos pensamientos, sintió el freno del tren. Poco a poco, la máquina aminoraba la velocidad hasta quedar detenida totalmente en las vías de la llamada estación de Granollers.

Ya en los andenes, buscó a su compañero de presbiterio Mossén Amades, que había quedado en venir a buscarle. El joven sacerdote lo saludó desde lejos y fue hacia él.

—La señora Magdalena lo está esperando —dijo Amades después de un breve saludo—. Si le parece, vamos a verla y después lo acompaño a la casa donde va a pasar la noche—. Como Auxachs no contestaba, Amades prosiguió: —Y cuénteme, ¿cómo está mi gran amigo Enrique de Ossó? ¿Cómo siguen sus locuras teresianas?

Pedro Amades, condiscípulo de Enrique de Ossó en el seminario de Barcelona, una vez ordenado sacerdote ejerció como

capellán de la señora Magdalena de Grau y de Gras. A petición de su amigo tortosino, se había movido con agilidad para que la señora cediera unos terrenos que tenía en el barrio de Jesús de Tortosa con el fin de fundar en ellos un convento de Carmelitas. Pero la mujer no estaba muy convencida de ello, y Auxachs viajaba a Barcelona con la misión de volver con la cesión cerrada y, si era posible, escrita.

Mateu Auxachs, aprovechó el camino a casa de la señora de Grau para admirar la moderna Barcelona. Para el prior de un pueblo como Móra d'Ebre, la visita a la metrópolis era siempre una buena oportunidad para renovarse, conocer las novedades tecnológicas, aprender. Por esto, cuando Enrique de Ossó le había pedido que se acercara a la capital para intentar convencer a Doña Magdalena, él aceptó enseguida. Por una parte, le gustaba salir unos días del ambiente cerrado de Móra. Por otra, se sentía muy vinculado a todo el trabajo apostólico y teresiano del de Vinebre, cuyo liderazgo no había dudado en seguir, aunque era casi veinte años mayor, uniéndose a todas sus causas. Había visto en el joven sacerdote la posibilidad de renovación, el compromiso, la apertura, el dinamismo que eran difíciles de encontrar entre sus compañeros de Tortosa. Él mismo había tenido una vida no demasiado brillante. Había sido rector de Prat de Compte, un minúsculo pueblo casi inaccesible en la entrada del macizo del Port. Después, había conseguido la prioría de Móra d'Ebre, uno de los pueblos más importantes del norte de la diócesis, de casi cuatro mil habitantes, pero a mucha distancia de la sede, Tortosa, donde él había nacido y donde aspiraba a volver.

—¿Entonces, ya han decidido cómo van a llevar a cabo la fundación? Convendría que le dejara las cosas muy claras a doña Magdalena, ya sabe que es una señora muy firme, que tiene muy claro en qué quiere ayudar a la Iglesia y en qué no—. Amades seguía con sus consejos y preguntas, distrayendo a Mn. Auxachs de su ensimismamiento y contemplación de la ciudad.

El secretario de doña Magdalena preguntaba cosas que ya sabía. Quizás solo quería reafirmar lo que le tenían que decir

a la Señora de Grau. Las mismas carmelitas de Zaragoza, las llamadas Fecetas, se habían puesto en contacto con Ossó dos años antes, en 1874, al leer en la *Revista Teresiana* que no había convento en Tortosa. Pero la agenda del director de la revista había estado demasiado ocupada. En aquellos años, el genio creativo del solitario se había desarrollado al máximo, inventando asociaciones, instaurando la Archicofradía, dando ejercicios espirituales, organizando la catequesis y mil cosas más. A causa de este torbellino apostólico no habían llegado al acuerdo de fundación hasta este mismo año. Ossó había recurrido a su director espiritual, Jacinto Peñarroya, y a su compañero de correrías apostólicas, Mateu Auxachs, para organizar la venida de las monjas a Tortosa. Y así fue como este último había acabado en primera línea de las negociaciones para la cesión del terreno.

—Está todo acordado —respondió el rector de Móra— pero su compañero de seminario no para. Tiene tantas obligaciones, está tan requerido, que le es imposible estar en todos los lugares donde sus muchos asuntos lo reclaman. Hace diez días ha instalado una nueva asociación, esta vez para hombres. No sé si le ha hablado de ello. Quizás no, porque no hay suficientes horas en el día para contar todo lo que inventa. Se trata de la Hermandad Josefina. Viene a ser como la Archicofradía, pero con hombres. Espero que esto le salga mejor que la Congregación de Labradores. Ahora anda con unas chicas que ha enviado a Tarragona a estudiar para maestras. La profesora no ha resultado lo que esperaba y lo tiene difícil para arreglar el problema, ya que las alumnas quieren seguir y no paran de presionarlo. Esto me preocupa, Amades. Estamos desbordados de trabajo y él no deja de generar más cosas, a cual más difícil. Toda la diócesis anda revolucionada con sus iniciativas. Muchos lo apoyamos, porque allá donde va transforma las cosas, aviva la esperanza, mueve a los jóvenes, la gente se organiza, las iglesias se llenan... pero esto requiere un trabajo extra para todos, para ir sosteniendo lo que él crea y no puede mantener solo.

Mientras Auxachs se quejaba, o alababa, la hiperactividad de Ossó, llegó el coche a casa de doña Magdalena. La señora era tortosina de origen, había nacido en Valencia y vivía en Barcelona; soltera, además de muy rica era adusta y desconfiada, con un temperamento férreo. En cuanto vio al sacerdote que llegaba a hablar con ella lo saludó casi con un gruñido y lo hizo pasar a la sala de estar. Quiso saber por qué no había ido Ossó a verla, indagó por qué querían fundar un convento carmelita en Tortosa, y también se hizo asegurar de que los tres sacerdotes que habían acudido a ella no iban a usar la finca para su propio interés. Una de las dificultades que ponía la mujer era que las escrituras no podían expresar claramente que el objetivo de la donación era la fundación de un monasterio, puesto que las circunstancias políticas no lo permitían. Esto incrementaba mucho el miedo de doña Magdalena a ser engañada. Ante la presencia de Mn. Amades, los dos interlocutores permanecieron en dura lucha dialéctica, negociando e intentando vencer la desconfianza del otro.

— Bien — dijo al fin la señora — les cederé el terreno. Pero le aseguro que, a pesar de todas las prohibiciones y sutilezas legales, van a quedar muy explícitas en el acta de cesión las condiciones que les impongo. Además, quiero que añadan a algún sacerdote de la parroquia de Jesús como receptor de la donación. Así me aseguro de que el pueblo los controla. Mañana por la mañana vamos a visitar al notario Manuel Catalán.

* * * * *

Ante mí, el infrascrito don Manuel Catalán... compareció la noble señora doña Magdalena de Grau y de Gras para celebrar este contrato de cesión:

... la señora compareciente cede, transfiere en pleno dominio, mediante las condiciones que más adelante se consignarán, a don Jacinto Peñarroya y Queralt, pbro., canónigo penitenciario de la santa iglesia catedral de Tortosa, a don Mateo Auxachs e Iglesias, pbro., prior curado de la villa de Mora de Ebro, a don Enrique de Ossó y Cervelló, pbro., catedrático del seminario

conciliar de Tortosa y a don José Sánchez y Llecha, pbro., coadjutor de la iglesia parroquial de Jesús, sufragánea de la catedral de Tortosa, vecinos todos en el día de esta última ciudad, aunque ausentes, por ellos presente el suscrito notario, aceptante y estipulante, adquiriendo como particulares personas, una parte o porción de la finca deslindada en el capítulo primero que precede, o sea los dos jornales ochenta y seis céntimos de terreno de sembradura que se riegan con las aguas de los molinos del Compte y los ocho jornales plantados de olivos y algarrobos cuya segregación reunida o formando parcela, tiene por lindes al norte con tierras de los herederos de don Gabriel Ferré, al sur con la tapia del huerto de la casa de Beneficencia, al este con la restante finca, carretera de Cherta intermedia, y al oeste con tierras de los herederos de don Jaime Camps, de por medio la acequia de los molinos del Compte. Cuyo valor de la finca cedida lo estima la señora compareciente a dos mil pesetas.

... el terreno cedido debe dedicarse única y exclusivamente a un objeto religioso o piadoso a voluntad y en los términos que lo dispongan los señores cesionarios, para lo cual quedan facultados ampliamente, concedora como es la señora cedente de sus rectas y laudables intenciones y en quienes tiene ilimitada confianza.

Barcelona, 30 de marzo de 1876

Ante la atenta mirada de Mn. Auxachs, doña Magdalena de Grau, los testigos y el notario firmaron los documentos de la cesión de los terrenos que convertían a los cuatro sacerdotes de la diócesis de Tortosa — Enrique de Ossó, Mateu Auxachs, Jacinto Peñaroya y José Sánchez — en fundadores de un monasterio de carmelitas en el Arrabal de Jesús. Al salir a la calle, se despidió de la generosa donante y se dejó acompañar por Mn. Amades hasta el tren que lo llevaría de vuelta a Tortosa. Durante el breve trayecto dio las gracias en numerosas ocasiones al sacerdote que había allanado el camino para cumplir una aspiración que le hacía vislumbrar el inicio de una nueva etapa, prometedora,

en su vida. Auxachs se imaginaba como fundador de un monasterio, trasladando su residencia a Tortosa, viajando de parte de las monjas, saliendo, en fin, de la monotonía de las costumbres payesas que había querido evitar cuando buscó en el clero un camino de vida.

A los pocos minutos el traqueteo del tren, esta vez sí, acabó durmiéndolo en el incómodo asiento, con la satisfacción de ser una pieza importante para completar el sueño teresiano de Enrique de Ossó, del cual orgullosamente él participaba.



Tortosa, 1872

El sueño teresiano de Enrique de Ossó se había iniciado en 1872 en el desierto de las Palmas. Aquellos días, mientras guardaba silencio absoluto, mirando el mar al lado de la santa, empezó a concebir un plan: cambiar el mundo mediante el espíritu de Santa Teresa de Jesús. ¿Y cómo hacer esto? Lo mejor era dar a conocer sus escritos. En los días de aquel septiembre de sol y luz, en aquel tiempo de florecimiento de la tecnología y de explosión cultural en Cataluña, aquel hombre profundamente inmerso en su tiempo no pensó en otra cosa que en el medio que multiplicaba sus ideas por todas partes: una revista.

Enrique llegó a Tortosa a finales de septiembre de 1872 para empezar el curso. Los días que había pasado en el desierto de las Palmas habían sido muy especiales. Al llegar a la casa donde vivía, en la calle del Vall, guardó todas sus cosas, y sacó los papeles de su maletín. La cabeza le hervía llena de ideas, se sentía como el protagonista de un sueño que había impregnado su vida, y que le obligaba a trabajar más, a vivir más, a orar más, a planificar más. Tomó en su mano uno de los escritos que había empezado en el desierto de las Palmas. Tenía fecha del veintidós de septiembre, una semana atrás. Eran unas pocas líneas que trazaban un plan para cambiar el mundo mediante el espíritu de Teresa de Jesús. Consciente de que aquello era un mal borrador, se sentó en su escritorio y se puso a trabajar. Aquel día no salió de su habitación, ni siquiera para comer, aunque la hermana de Mn. Alabart, en cuya casa se hospedaba, le rogó repetidamente que saliera a compartir con ellos cómo había sido su verano en

Barcelona y Benicàssim. Solo llamó a su mentor Alabart para pedirle que fuera a buscar a Mn. Altés, su amigo más fiel.

Aquel día, el joven sacerdote escribió hasta tarde. En primer lugar, acabó el plan que presentaría al día siguiente al obispo. Después, con Altés ya a su lado, empezó a organizar la logística de lo que tenía que ser la revista *Santa Teresa*. Juan Bautista tenía que contactar con su hermano Francisco, que era impresor, para que se preparara para una publicación mensual. Todo tenía que ser rápido, porque quería empezar en el mes de la Santa, y para ello faltaban solo... tres días... Más tarde, escribió algunas cartas para organizar el envío, las suscripciones y los apoyos. Pero no podía echarlas al correo hasta que tuviera el visto bueno del prelado. Manos a la obra, que el tiempo apremia, se dijo.

El último día de septiembre de 1872 un joven Enrique de Ossó, pletórico de ideas, subía de dos en dos las escaleras renacentistas del palacio episcopal de Tortosa para encontrarse con su obispo, Benito Vilamitjana i Vila. Aunque él había pedido la audiencia y el asunto era de suma importancia, llegaba tarde a la cita. Después de casi tres meses fuera de la ciudad, tenía demasiados asuntos de los que ocuparse, y no podía perder ni un minuto. Con su espíritu enteresiano ya para siempre, había ido de buena mañana a la Iglesia de San Antonio a ver las obras del altar de la Purísima que se estaba construyendo para el uso de la Pía Unión de la Inmaculada, que así llamaba a la Hermandad de Labradores. Necesitaba llegar a tiempo para pedir al maestro de obras una modificación. A la derecha de la Virgen quería que se pusiera a Santa Teresa de Jesús. Ya no quería un altar de la Purísima, sino un altar de la Purísima y Santa Teresa. En la iglesia de los labradores se entretuvo mucho tiempo hasta que logró explicarse. Pensaba dejar para más adelante el encargo de la imagen de la santa que se tenía que colocar, pero de momento ya le había buscado su espacio.

Al llegar a las dependencias del obispo el secretario le hizo esperar, como para demostrar que su eminencia no dependía de los horarios de sacerdotes jovencitos. Esto le dio un valioso

tiempo extra para tranquilizarse, comprobar que tenía todos los papeles que necesitaba, y preparar su argumentación.

Benito Vilamitjana i Vila, obispo de Tortosa desde 1861, acababa de cumplir 60 años. Nacido en Sant Vicenç de Torelló, cerca de Vic, tenía una formación intelectual notable, y una nada desdeñable experiencia en la vida eclesiástica y política. Era catedrático de filosofía, y tenía trato cercano con los personajes más relevantes de la Iglesia catalana del siglo XIX. Había ayudado, entre otros, al Padre Claret en su fundación, y conocía el entramado espiritual y político que estaba haciendo emerger numerosas congregaciones religiosas en Cataluña en aquel momento de grandes cambios. Cuando llegó a Tortosa se encontró una diócesis pobre, convulsa y mal organizada, y un clero con muchas deficiencias de formación. Aunque arreglar la situación era difícil, estaba intentando impulsar todo movimiento de vida que veía, y entre otras cosas, estaba ayudando a la recién nacida congregación de Hermanas de la Consolación.

El obispo Vilamitjana sabía reconocer muy bien a los líderes de la diócesis: sacerdotes valiosos, arriesgados y comprometidos; y había identificado a dos: Manuel Domingo y Sol, y Enrique de Ossó. El joven Enrique era un hombre inquieto y apasionado, luchador, creativo y escrupulosamente ordenado, firme, muy espiritual. Al poco tiempo de acceder al presbiterado le había venido con la idea de encargarse de la catequesis de la ciudad. Y el cataclismo que organizó fue colosal. Tortosa había pasado de tener una catequesis rancia, anticuada y casi inexistente a estar en la punta de lanza de la Iglesia. Esto era un triunfo para el joven, pero también para él, capaz de sacar cosas buenas de un terreno tan árido como aquél. En cambio, todas estas innovaciones le ponían en contra al cabildo catedralicio y a los rectores de casi todas las parroquias, que veían como una amenaza para su estatus las ideas del joven Ossó en general, y las que tocaban directamente a sus cómodas vidas en particular.

Ahora Ossó le había pedido cita otra vez. Debía prepararse para alguna idea brillante, y pensar la manera de gestionarla para

mantener su aprecio entre el clero a la vez que apoyaba al sacerdote. De momento, lo estaba haciendo esperar, a pesar de haber llegado tarde, para que no pensara que estaba pendiente de él.

Pocos minutos después, el obispo y el sacerdote estaban sentados en la gran sala gótica donde el primero tenía su despacho. Las paredes gruesas, con ventanas ojivales de gran simplicidad con vistas al Ebro, imponían su aire sobrio y austero. El obispo leía el texto que había sido preparado meticulosamente, aún con la fecha del primer borrador, 22 de septiembre.

En todos los tiempos, Dios nuestro Señor, que vela con paternal solicitud por el mayor bien de sus hijos, y que todo lo dispone con infinita sabiduría, ha provisto de remedio a los males del mundo. Teresa de Jesús fue una de esas almas privilegiadas que, según podemos juzgar por los efectos, llenó en su vida uno de estos designios amorosos de la Providencia. Nacida dos años después que Lutero empezó a derramar su ponzoña por el mundo, enseñando que era imposible la guarda de los divinos mandamientos, Teresa de Jesús, mujer débil y flaca, le confundió con su ejemplo, arrastrando a su imitación a miles de almas de toda condición y edad, no sólo al cumplimiento exacto de los divinos preceptos, sino a la observancia de los consejos evangélicos más sublimes, con lo que demostró claramente que Dios no manda cosas imposibles, sino perfectas. Además reparó con su vida y escritos las pérdidas que la herejía con sus errores y vicios causaba a la Iglesia de Jesucristo. [...]

—Ya veo... —dijo Vilamitjana después de una atenta lectura, tomándose su tiempo para calibrar el proyecto—. Teresa de Jesús. Así que ahora piensa usted que mediante la lectura de los escritos de Santa Teresa acabará con todas las dolencias de este mundo...

El joven guardaba silencio, esperando que el obispo acabara de valorar su situación. Por experiencia sabía que tenía que dejarlo mientras procesaba sus propuestas.

—Y dígame, Ossó, con franqueza, ¿usted entiende algo de esos escritos?

Ossó asintió con la cabeza, atónito por la pregunta.

—Porque si me lo permite —prosiguió el prelado— le voy a exponer mi posición ante su nuevo plan, y los problemas que veo. ¿Cómo va usted a cambiar el mundo con la lectura, si la mayor parte de la población es analfabeta? ¡Si casi no entienden el castellano! Y, aunque lo entendieran, ¡si a esa mujer no se le comprende nada! Ni la inquisición la pudo acusar, de tan obtusos que eran sus escritos.

Aunque pensaba que la idea era una locura, Vilamitjana no se iba a oponer, puesto que difícilmente esto socavaría los cimientos de la diócesis. No iba a pasar como con la catequesis, que provocó una pequeña revolución entre el clero... Le dejaría hacer, y la historia ya dirá lo que tenga que ser, pensó.

—Bien —se atrevió a defenderse Enrique— no pienso que haya en la revista exclusivamente fragmentos de la Santa. Quiero usarla para explicar a la gente lo que ella pensaba, lo que ella vivía, cuál era su experiencia con Jesús... para que todos tengan una herramienta para vivir en el mundo desde el espíritu teresiano...

—Ya —siguió el Obispo— ¿Y con quién cuenta para esto? Yo le puedo dar mi *placet*. No creo que esto le haga mal a nadie. Pero no le voy a dar dinero. ¿Cómo piensa financiar su proyecto? ¿Quién va a escribir en esa revista? ¿A quién y cómo la va a hacer llegar? ¿Quién la va a imprimir?

Ante estas preguntas, Enrique estaba preparado. Le explicó su plan de suscripciones, la ayuda del impresor Altés, quiénes eran sus amigos teresianos que le ayudarían. Intentó no mencionar mucho a su amigo Juan Bautista, temiendo que Vilamitjana no lo dejara participar. Su proyecto, explicado por él, parecía totalmente creíble, verosímil, consistente. Aunque sabía que el obispo no se dejaba deslumbrar fácilmente, y que se creía solo la mitad de lo que su ímpetu vehemente explicaba.

—¿Y cuándo empezaría a publicar esta revista?

—Mañana.

—¿Mañana?



Montserrat, 19 de noviembre de 1888

—Hoy estáis en Montserrat. Mañana estaréis en México. Y otro día os veréis en cualquier otro lugar donde peligren los intereses de Jesús. Porque las hermanas de la Compañía no deben ser como las fuentes, que solo riegan y fertilizan un espacio de tierra, sino como las nubes, que después de haber fertilizado un punto, una comarca, pasan a otra para fecundarla con sus benéficas aguas...

Enrique de Ossó estaba acabando su última plática de ejercicios a siete hermanas de la Compañía en Montserrat. Estas eran Saturnina Jassá, Francisca Pla, Teresa Pla, Josefa Arrizabalaga, Mariana Pauli, Sabiniana Troncho, Dolores Vidal, María Queralt. Las seis últimas se preparaban para ir a fundar un colegio a Puebla de los Ángeles, México, acompañadas de la Superiora General, Saturnina Jassá. Iban a embarcar el 25 de noviembre.

Como había hecho antes de fundar la comunidad de Orán, a principios de 1885, había querido subir hasta Montserrat con las hermanas para hacer ejercicios y reencontrarse con la raíz de su misión antes de partir para otro continente. Enrique de Ossó sentía que Montserrat era el centro de la Compañía, por eso acudía allí cada vez que había un acontecimiento importante. La vinculación de la congregación con aquel lugar no era más que un reflejo de la suya propia.

Mientras predicaba a las hermanas, mientras se sentaba en la capilla de la iglesia, al lado de la verja, para hablar a es-

condidas con la Virgen, mientras caminaba en silencio por las montañas hasta llegar a las ermitas... se conectaba con todo su pasado. Allí había llegado cuando era un niño confuso y no sabía cómo huir del vacío de su madre y de la incomprensión de su padre. Allí había podido, por fin, verbalizar su vocación, formular lo que quería hacer con su vida. Allí, aquel día de octubre de 1867, había celebrado su primera misa, junto con su familia y sus amigos. Allí había conmemorado con las teresianas de toda Cataluña aquel amargo centenario de Santa Teresa en octubre de 1882. Sentía que el hilo de su existencia podía sentirse en aquel paraje, donde ahora, una vez más, abría un nuevo capítulo de la vida de la Compañía que era, por extensión, un nuevo capítulo de su vida.

Al acabar la plática, la hermana Saturnina les dio a conocer un poema que había estado escribiendo para leer a la llegada a México. Se llamaba *Saludo a México*. Saturnina sabía cómo escribir, pensó el sacerdote. Sabía cómo expresarse, cómo convencer; además su castellano había mejorado muchísimo en los últimos años, y aunque conservaba un acento muy marcado, su sintaxis era impecable. Al acabar la lectura, le hicieron algunas sugerencias y le dieron consejos para mejorar su texto. El fundador sabía cuánto le costaba a la Superiora General que le hicieran alguna corrección, y esto lo animaba a hacerlas, pues así le ayudaba a moderar su carácter impetuoso. Veía en su gesto rígido cómo aguantaba la tensión, y se forzaba a no explotar, aun en una cosa tan insignificante. Saturnina prometió hacer algunos retoques en sus versos, y después Enrique sugirió que podían decidir quién lo leería. Tras alguna discusión, se encargó a Josefa Arrizabalaga. La vasca entendía el castellano, pero tenía muchos problemas a la hora de hablar. Así que aceptó el reto con la perspectiva del mes largo que tenía para ensayarlo.

Una vez habían dado por concluidos los ejercicios, todos volvieron a sus habitaciones en los aposentos de San Luis. La noche caía sobre la montaña santa en el corazón de Cataluña, y Enrique de Ossó soñaba en la extensión de la Compañía por

todo el mundo. Aunque eran once las hermanas que se habían pedido para la fundación de Puebla, solo iban a viajar seis, puesto que no había más pasajes en el barco. Enviar a seis hermanas solas a un continente lejano era muy arriesgado, pero el fundador no dudó. No era una aventura, ni una respuesta a una petición, era parte de un plan. Y este plan había empezado a forjarse muchos años antes, en aquel verano soleado en el desierto de las Palmas, en la ermita de Migcamí, aquel 1 de abril, y en aquella locura adolescente que lo llevó a tomar las decisiones más importantes de su vida.





Vinebre-Reus-Montserrat, octubre de 1854

El rictus de Jaime de Ossó se iba poniendo más tenso a medida que leía la carta que le acababa de llegar. —¿Pero qué es esto? ¿Está loco? ¿Que no tenemos suficiente con lo que ha pasado con su madre? —Los gritos del de ca Don Jaime del Cantó se oían más allá de las paredes de su casa.

—Jaime —le gritó alguien desde la calle—. Tienes un mensaje urgente que llega de Reus.

Mientras bajaba del segundo piso a la entrada, los más negros presentimientos se agolpaban en su garganta.

—¿Qué pasa? —decía mientras abría la puerta y salía a recibir al alguacil del ayuntamiento.

—Es un telegrama de Ca l'Ortal. Me temo que no son buenas noticias. Enrique ha desaparecido.

* * * * *

Tras dos días de camino, el niño llegó al pueblo de Collbató, a la falda de la montaña de Montserrat.

Había salido una madrugada, aprovechando el terrible hecho de la muerte del hijo del Sr. Ortal. Aquel día, después de ponerse el maletín las pocas cosas que necesitaba, había esperado agazapado en su habitación el momento en que se calmaran las voces en el pasillo. Casi al amanecer se fueron tranquilizando los ruidos y silencios angustiosos del velorio. La muerte del hijo

había sumido a la familia en la desesperación. La tienda estaba cerrada. Todos sus conocidos abrumados por la conmoción de la pérdida. Mientras, él estaba demasiado confundido y desconcertado para sentir nada. Ya había conocido qué era la muerte, y sus sombras no lo habían dejado ni un segundo durante las últimas semanas. Se sentía profundamente truncado, como si lo hubiera desgajado un águila, como si viera el mundo desde un territorio muy lejano, sin asistir a la realidad. Aquella mañana había salido, huyendo de su vacío, esperando encontrar alguna cosa que calmara su dolor de niño que ha perdido a su madre. Ese dolor que no lograba exteriorizar pero que le hería el alma intensamente como un cuchillo que lo traspasaba.

Cuando salió ya sabía a dónde iba. Durante los últimos días lo había preparado todo minuciosamente. Tenía en su posesión unos folletos que le habían dado en la iglesia. Había comprado un mapa y repasado la ruta. Había ido recogiendo aquellos objetos que le parecían más importantes para sobrevivir, y había hecho cuentas para saber exactamente de cuánto dinero disponía. Había preparado una coartada, una historia que iba a contar a quien se encontrara por el camino, para que nadie sospechara que había huido. Había escrito muchas cartas de despedida. A su padre, a sus tíos, a las personas que más lo iban a extrañar. Las echó al correo la tarde antes de salir, intuyendo que el momento de la partida era inminente.

Durante la ruta, había caminado muchas horas y dormido al raso. Pero la mayor parte del tiempo había subido a carros de payeses o comerciantes que tenían que ir de un sitio a otro y no tenían problema en llevar a un joven con ellos. Los había ayudado a cargar y descargar y le daban de comer.

De Reus había ido a Valls pasando por la Selva del Camp i Alcover. De allí un payés lo había llevado al Pla de Santa María, desde donde consiguió llegar al Pont d'Armentera. Allí pasó su primera noche, en una masía donde le dieron acogida sin hacerle más preguntas. Tuvo suerte, porque era octubre y ya empezaba a hacer frío cuando caía el sol. Al día siguiente, algunos ratos

caminando solo, y otros en compañía de personas que lo iban brincando de masía en masía, consiguió llegar hasta Igualada. Era un pueblo muy grande, aunque no tanto como Reus, que era la ciudad más inmensa que había visto nunca. En Igualada pasó su segunda noche. Al salir el sol, se puso en camino. Le gustaba el lugar, pero tenía prisa por llegar a su meta. Cuando clareó finalmente el día, el niño se extasió ante un paisaje que hasta entonces había visto solo en folletos, y por el que suspiraba. Eran unas montañas imponentes, talladas como con una sierra, que dibujaban agrupaciones de formas caprichosas.

Caminó bordeando la montaña hasta que llegó a Collbató. Aunque podía parecer que estaba dando una vuelta innecesaria antes de iniciar la ascensión, sabía muy bien que la subida desde Collbató era una de las vías más rápidas y accesibles para llegar al lugar central del macizo. Tenía el mapa, y un pequeño cuaderno con anotaciones. Aun así, necesitó preguntar cómo subir a Montserrat. La gente del lugar ya estaba acostumbrada a dar las indicaciones, y no le costó encontrar el pequeño camino entre las rocas. Enrique inició su último ascenso. Sentía que estaba ya muy cerca de lo que había deseado desde que murió su madre y un vacío inacabable vino a ocupar su vida. En una hora, casi sin aliento, pero con la fuerza que le daba saber que estaba en el último tramo, pudo ver el monasterio. Entre racimos de rocas que se elevaban al cielo, se alzaba una construcción enorme y diáfana. Fue entonces, entre la incontenible alegría de haber llegado al destino que se había señalado, cuando sintió todo el cansancio. Los músculos le dolían, tenía hambre, quería dormir, echaba de menos a su madre... Mientras todos sus sentimientos implosionaban de forma caótica unos contra otros, se encaminó a la entrada del santuario. Iba sucio y desaliñado, mal comido y sin peinar. ¿Cómo iba a entrar así a una iglesia? Mientras estaba en estos pensamientos, vio una flecha que indicaba el camino del camarín de la Virgen. ¿Cómo se iba a presentar delante de ella de esta manera? Después de unos segundos pensó que no tenía otro remedio. No tenía ropa limpia, ni acceso a un lugar

donde lavarse. Seguro que la Virgen lo aceptaba así. Cuando se dirigía hacia el lugar de culto vio a unos monjes. Eran benedictinos. Sabía todo de ellos, pero nunca había visto ninguno. Eran imponentes, con sus hábitos impecables, sus zapatos limpios, y unas manos blancas y largas. Estaban caminando en silencio, dirigiéndose a algún sitio que él ignoraba, seguramente a algún acto comunitario, con una seriedad majestuosa. Por un momento sintió el deseo de ser como ellos. Se imaginó en aquel escenario tan especial, con el vestido negro, caminando entre el grupo, o rezando en el coro de la basílica. Mientras estaba en estos pensamientos llegó lo más cerca del camarín que la estructura de la iglesia le permitía. Se sentó en el suelo; estaba frío, pero él estaba muy cansado. No, pensó. No seré benedictino, seré ermitaño. Viviré siempre en silencio y oración. Sentía que había llegado donde siempre había querido estar.

* * * * *

Jaime de Ossó y Cervelló llegó a Montserrat en una soleada mañana de octubre. Bajó de la tartana delante del monasterio y pagó al cochero. Después, sin más transiciones, se dirigió al interior de la basílica. Llevaba en la mano un folleto de Montserrat que había encontrado la mañana anterior en la habitación que su hermano había dejado en Reus.

El padre, roto de ira y de dolor, lo había reclamado desde Barcelona y le había confiado en él para encontrar a su hijo menor. Jaime tenía una idea de dónde podía estar su hermano, y encontró la confirmación con facilidad. Tuvo que ir a hablar con el señor Ortal, y decirle que el joven ya no volvería a trabajar en la tienda. El comerciante, adolorido por la muerte de su hijo, no le prestó mucha atención. Después de arreglar las cosas en Reus, el hermano mayor se dirigió a Montserrat.

La iglesia estaba oscura, con apenas unos haces de luz que entraban desde las elevadas ventanas de alabastro. Entre la mucha gente que entraba y salía, Jaime distinguió a un monje benedictino, con su hábito negro perfectamente colocado, que or-

ganizaba un poco a los peregrinos que no paraban de llegar. Era alto y delgado, su imagen impoluta, como salida de un cuadro.

—Buenos días, padre —le dijo—. Mire, estoy buscando a un chico como de 14 años. Se llama Enrique. Debe llevar aquí unos tres días.

El benedictino no se inmutó, y tampoco pareció extrañarse.

—Seguramente habla del mendigo. Tiene, en efecto, unos 13 o 14 años. Llegó hace dos o tres días. Está todo el tiempo rezando. Venga, que le acompaño. —Dijo esto último haciendo un gesto para que lo siguiera y lo acompañó hasta la parte de delante de la basílica, al lado mismo del presbiterio. Desde allí señaló hacia una figura humana, que se entreveía en la oscuridad. Jaime se acercó quedamente, sin estar aún seguro de si aquel niño era su hermano. Pronto lo tuvo cerca y distinguió sus facciones. —¡Enrique!

Fuera, el día era claro. Los dos jóvenes paseaban lentamente y en silencio bajo el sol tímido de los días de octubre. El más pequeño, agarrado a la cintura del mayor, que le cubría el cabello con su mano mientras comprobaba cuánto había crecido en pocos meses.

—No quiero volver a casa —dijo el pequeño—. No volveré a Reus. No quiero ser comerciante.

—Vámonos —dijo el mayor— papá te espera, y está dispuesto a escucharte. Él sabe que tienes otras ideas, que piensas en otros lugares, en otra forma de vida.



Ávila, agosto de 1877

Aunque a finales de agosto comenzaba a refrescar en Ávila, durante las horas de mediodía el sol aún caía a plomo. Aun así, la multitud permanecía en la estación sabiendo que el tren procedente de Madrid estaba a punto de llegar. Algunos carmelitas organizaban al comité de bienvenida con las pancartas y los pendones de Santa Teresa. Presidiendo la comitiva, un tanto alejado de los ruidosos abulenses, se encontraba el Obispo de Eumenia y Administrador Apostólico de la baja California, el carmelita D. Ramón de San José Moreno Castañeda. El obispo era un hombre joven, solo contaba con treinta y ocho años, de mediana estatura, delgado, que destacaba por su porte entre los agricultores de la ciudad y entre los frailes que no contaban con sus órdenes episcopales. Esperaba al séquito con emoción contenida, ocupando un lugar de preferencia junto al Obispo de Ávila, Dn. Pedro José Sánchez Carrascosa y Carrión.

Ramón Moreno, natural de Guadalajara, México, había ingresado de muy joven en los carmelitas y en diciembre de 1873, con solo treinta y cuatro años, había sido nombrado Obispo de Eumenia. Tomó posesión de dicho cargo en marzo de 1875. Nada más llegar a la diócesis, Moreno se enzarzó en conflictos con el Coronel Máximo Velasco, jefe político de la Baja California Sur. Las políticas liberales del primero no eran consentidas por el obispo, que se sentía perseguido, ignorado y en manos de los masones. Las disensiones entre el jefe político y el religioso se hicieron pronto evidentes, y se extendieron a la sociedad de Baja California, que se dividió entre partidarios de uno y de otro,

haciendo muy difícil la convivencia. Así las cosas, Moreno abandonó la diócesis en noviembre de 1876, poco más de un año después de haber llegado. Al irse, dejó escrita una carta pastoral a sus feligreses en que acusaba al gobierno de masón y se consideraba a sí mismo un desterrado.

Al poco tiempo de salir de Baja California, Ramón Moreno fue a Roma a hablar con el Papa y presentarle la situación de la diócesis. Le hizo al Santo Padre tres peticiones expresas, entre las cuales estaba la necesidad de crear escuelas católicas y de evangelizar y escolarizar a los indígenas de la zona.

Desde Roma, el obispo puso rumbo a España, y se interesó principalmente en visitar la tierra de la Santa Fundadora de su Orden, Teresa de Jesús. Ya en aquellos tiempos, a mediados del 1877, la fama de Enrique de Ossó y la Archicofradía se había extendido por todo el país. Ansiaba conocer a aquel hombre de éxito, que había sabido lidiar con los políticos, que se había mantenido firme en sus convicciones ante el gobierno y que lograba convocar a multitudes, como él mismo estaba comprobando en aquellos momentos. Le habían explicado la mucha gente que había atraído la peregrinación, cómo se había organizado, de qué puntos había partido, pero quería ver con sus propios ojos a aquel evangelizador polifacético y comprobar si realmente tenía la fuerza y el coraje que todo el mundo le suponía.

No tardó mucho el carmelita en saciar su curiosidad, ya que el tren llegó puntual, con su habitual aullido al acercarse a la estación. En seguida, un gran número de personas empezaron a descender, sobre todo mujeres jóvenes, pero también sacerdotes y otras gentes que se habían unido al grupo. El comité de bienvenida, organizado, ayudaba a los visitantes con sus maletas, los agasajaban en todo lo posible, les daban agua, y les hacían todo tipo de demostraciones de fraternidad.

Entonces, vio a un hombre joven, de cabello corto que había sido rubio, alto, que bajaba del coche junto con otro muchacho, también sacerdote, aproximadamente de la misma edad. Con ellos, muchos otros eclesiásticos, con algunas mujeres que su-

puso que eran los cargos representativos de la Archicofradía. El obispo Carrascosa y él se acercaron a saludar a sus invitados, para dar oficialmente la bienvenida a la gran peregrinación teresiana. Los dos anfitriones no tuvieron duda de a quién tenían que dirigirse.

—¿Don Enrique de Ossó? —dijo el obispo de Ávila, mientras el sacerdote concentraba su atención en él, mirándole a los ojos y asintiendo—. Me siento muy honrado de conocerle. Quiero expresarle en mi nombre y en el de toda la ciudad mi agradecimiento por haber llevado el conocimiento de Ávila y el de Santa Teresa a todas partes. ¿Han tenido ustedes un buen viaje?

Acto seguido se hicieron el resto de presentaciones.

—Este es Don Ramón de San José Moreno Castañeda, carmelita mexicano, obispo de Eumenia y Administrador Apostólico de la Baja California.

—Encantado —dijo Ossó—. Yo quiero presentarles a algunos de mis muy queridos compañeros de viaje. En primer lugar Juan Bautista Altés —explicó, mientras señalaba a un hombre menudo y dinámico que estaba ya organizando a las jóvenes a la vez que colocaba las maletas por grupos de alojamiento—. Aunque ahora me temo que no lo podrán saludar, ha sido mi mano derecha en la preparación de este viaje. Este es Mosén Cinto Verdaguer —prosiguió, dirigiéndose al joven de mirada azul que había bajado del tren a su lado— y Mosén Jaume Collell. Ambos, amigos míos y de la Archicofradía. Son, sobre todo, grandes poetas. Ya oirán sus poesías, y tendrán que reconocer que, aunque no lleguen a entender la lengua catalana, les llenarán de emoción.

Acto seguido, el sacerdote de Tortosa se volvió hacia dos jóvenes que tenía a su lado.

—Y quiero presentarles a dos personas claves para nuestras obras teresianas: Antonia Reñé —dijo mientras se acercaba a una joven de mirada firme— directora, fundadora y promotora de la Archicofradía en Tortosa. Actualmente, le tengo ya confia-

do todo el funcionamiento de las teresianas en la ciudad. Y esta es Saturnina Jassá —mientras hablaba hizo un gesto de reconocimiento hacia la joven que estaba a su lado—. Ella viene en representación de la Compañía de Santa Teresa.

Compañía de Santa Teresa... las sorpresas no cesaban para Ramón Moreno, que nunca había oído hablar de aquella asociación. En aquel momento, llamaron a la comitiva para saludar a las autoridades de la ciudad, que ya se acercaban para recibir a la peregrinación. Después de los saludos correspondientes, todos fueron llamados para formar una procesión. Primero se colocaron los habitantes de Ávila, con los estandartes de todas las corporaciones religiosas de la ciudad, luego los peregrinos, que desafiando el cansancio y el calor del mediodía, seguían en ordenadas filas, precedidos del pendón que trajeron consigo las teresianas de Tortosa. Finalmente, obispos, autoridades y organizadores del viaje cerraban aquella marcha que caminaba lentamente.

La comitiva se dirigía hacia el convento franciscano de San Antonio, donde se veneraba a la Virgen de la Portería. El silencio se rompía únicamente por los himnos que entonaban las diferentes agrupaciones participantes. Los pendones reflejaban al sol. Ramón Moreno caminaba sumido en impenetrables pensamientos. Enrique de Ossó le había causado una impresión profunda.

Ya entraban en la Iglesia, y todos se colocaban en sus lugares para honrar a la Virgen con una Salve. El obispo de Eumenia se acercó al sacerdote. —¿Compañía de Santa Teresa? —le preguntó directamente, en voz baja, mientras empezaba el canto en latín a múltiples voces, la mayoría desajustadas por el cansancio.

—Una congregación de mujeres llamadas a transformar el mundo según el espíritu de Santa Teresa de Jesús mediante la oración, enseñanza y sacrificio —le contestó el joven fundador. Y se puso a cantar la Salve con todos los peregrinos.

—¿Transformar el mundo, educación? Amigo, —dijo el carmelita— creo que podemos ayudarnos.



Tortosa, 12 de octubre de 1873

Enrique de Ossó se encontraba sentado en el primer banco de la capilla del seminario. Al ser una capilla interna, casi no entraba luz. Le gustaba pasar allí, a oscuras, los momentos de calma que necesitaba para afrontar la vorágine de actos que vivía cada día. Eran las ocho de la mañana de un domingo de octubre, que iba a ser un día muy especial. En silencio, el sacerdote repasaba su trayectoria teresiana desde aquellos días, que parecían ya lejanos, de septiembre de 1872, en que su espíritu había sido enteresianizado para siempre por una fuerza que no sabía ponderar ni detener. El primer fruto de esa experiencia fundante había sido la *Revista Teresiana*. Hoy estaba a punto de echar a andar oficialmente el segundo. Cierto era que hacía muchos meses que había imaginado una asociación seglar, preferentemente de mujeres, puesto que la Iglesia no permitía congregaciones mixtas, con el carisma de Teresa de Jesús. Y hacía muchos meses que había enviado el proyecto al Obispo y promotor Vilamitjana. Este había tenido la deferencia de aprobar la asociación el 26 de agosto, día de la transverberación. Ahora, en medio de los festejos de la Santa, tocaba señalar oficialmente un punto de arranque con su creación solemne en Tortosa.

En sus pensamientos, interpretando su vida, fue pasando el tiempo, hasta que oyó una puerta. Alguien estaba encendiendo las lámparas y candiles de la iglesia. Cuando se iluminaba, dejaba ver una imagen de la Santa, de la que había hecho multitud de estampas con frases teresianas o sobre Teresa de Jesús. La decoración le pareció muy adecuada para las fechas en las que

estaban. Miró el reloj. Se acercaban las 10 de la mañana. La hora señalada para el establecimiento de la Asociación de Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Había elegido aquel día porque era domingo, y la mañana para no interferir en la solemne novena que circundaba la celebración de la fiesta de la Santa y que traía a Tortosa aquel año muy ocupada en fastos, predicaciones, cantos, trisagios y procesiones.

Enrique se levantó y salió del edificio por la puerta que daba a la calle Montcada. Era una calle estrecha, pensada para mantener la sombra durante el tórrido verano tortosino. La cruzó para llegar a la iglesia que había en frente del seminario, que estaba dedicada a San Antonio. Esta era la sede de la Cofradía de Labradores de Tortosa, y lo había sido de la extinta Pía Unión de la Inmaculada, el primer intento de Ossó de crear una asociación laica eclesial masculina. Aquella experiencia acabó mal, pero él sabía que esta que empezaba hoy, con talante teresiano, no podía fracasar.

Al entrar en San Antonio vio cómo ya había algunas muchachas sentadas en los bancos. Jóvenes payesas, la mayoría, pero también otras de familias acomodadas de Tortosa. Caminó por el pasillo central para comprobar que en la sacristía ya le estaban esperando las jóvenes fundadoras junto con Altés, que ultimaba los detalles de la celebración. Este lo saludó con nerviosismo: —¿Enrique, crees que vendrá alguna joven? ¿Crees que habrán entendido esto de la asociación? —Enrique siempre sonreía ante los miedos de su amigo—. Alguna vendrá —dijo—. De hecho ya hay alguna. Nosotros tenemos que trabajar con las que ya están dispuestas. Buenos días a todas.

Eran Victoria Ribera Dualde, Beatriz Gombau García, Nieves Ferré Ferreres, Dominga Poy Jardí, Isabel Adell Sans, Teresa Curto Gombau, Cinta Balaguer Besora, Vicenta Besora Delsors y Antonia Reñé Pijuan. Nueve jóvenes que habían asumido el reto de ser las primeras teresianas, y que aquel día, delante del altar de La Purísima y Santa Teresa, iban a convertirse en fundadoras de la asociación. Juntos repasaron algunos detalles de la ceremonia, se hicieron conscientes del acto que iban a protagonizar.

Eran ya casi las 10, y había que empezar. Las mujeres fueron a ocupar sus puestos en la iglesia, y los sacerdotes se prepararon para iniciar la celebración. Cuando salieron de la sacristía, Enrique vio toda la nave central llena de jóvenes que habían acudido a su llamamiento. Las capillas laterales, excepto la de la Purísima, estaban repletas de sillas donde intentaban encontrar un lugar aquellas que no habían llegado suficientemente pronto. Las puertas que daban a la calle estaban abiertas, pero era difícil entrar y salir. Reconoció a las chicas que lo ayudaban en la catequesis, a las maestras de la ciudad, a las hijas de los comerciantes, a las payesas de Jesús, Bitem, Roquetes, Raval de la Llet y Raval de Cristo. Y otras muchas caras que no podía identificar. Todas estaban en silencio. Altés lo miró con cara de asombro y titubeó no sabiendo muy bien cómo empezar la ceremonia. Ossó buscó con sus ojos a las nueve tortosinas que iban a empezar la asociación, y les hizo un signo de aprobación. Estaban sentadas en los bancos contiguos al altar de la Inmaculada, donde dentro de unos momentos se iban a comprometer delante de todas las jóvenes de la ciudad. Acto seguido, el fundador de la asociación subió al púlpito que había a la derecha de la nave. Desde allí arriba vio todas las caras que lo miraban atentamente, esperando que les ofreciera lo que desde hacía tiempo les había prometido. Las manos le temblaron. Las escondió, y buscó un papel que tenía en el bolsillo, con el discurso escrito desde hacía meses. Lo sacó, pero no podía desplegarlo. Fijó sus ojos en las jóvenes, y después de unos largos segundos, pudo dirigirles algunas palabras que se sabía ya de memoria: *Hermanas en Jesucristo... Os hago este llamamiento... Vosotras sois quienes debéis decidir y sentenciar sin apelación si la familia y el individuo, y por consiguiente si la sociedad entera, han de ser de Jesucristo... No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios: no se trata sino de que seáis cristianas de veras, y de facilitaros los medios de serlo. Lo primero es un deber riguroso, imprescindible; los segundos los encontraréis en la Asociación a que se os llama. ¿Habrà alguna que no responda al llamamiento? No es posible,*

puesto que sois católicas y españolas. Además, en la Asociación de María y Teresa cada una de vosotras se encontrará en su propia casa... El mundo, hermanas mías en Jesucristo, va envejeciendo, se extingue la luz de la fe y ahógase la llama de la caridad. La decrepita Europa muere, helado su corazón del que podría creerse se retira el calor de la sangre de Cristo. Mas Dios nuestro Señor,... que ha hecho sanables las naciones, ha dejado en su seno gérmenes de vida y restauración. Algunas brasas del fuego divino ocultas bajo la capa de ceniza que han amontonado nuestras culpas esperan que un soplo poderoso las avive, que una mano pródiga acerque combustible para producir el fervor de mejores días. ¿Dónde está esa mano? ¿Dónde ese soplo? ¿Quién renovará esos carbones, que van apagándose, hasta arrancarles chispas que recorran la tierra y encender llamas que al cielo lleguen? Vosotras, hermanas, asociadas bajo el glorioso y eficaz patronato de María y de Teresa: la imitación de las virtudes de ambas y los escritos de la segunda son los medios que han de obrar tamaña maravilla¹.

Cuando acabó de hablar, el silencio era palpable, espeso, cortante. No se oía ni un murmullo entre el numeroso auditorio. Enrique de Ossó bajó del púlpito y llamó a las jóvenes que tenían que hacer su compromiso.

Aquel día quedó establecida la asociación de la Hijas de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús en la iglesia de San Antonio de los labradores de la ciudad de Tortosa. Con esta organización de mujeres jóvenes, con escasa cultura y nula proyección, un sacerdote catalán pensaba cambiar el mundo.

¹ Revista *Teresiana* 14, noviembre 1873.



Tarragona, febrero de 1876

—Educación, esta es la palabra clave —le decía Enrique de Ossó a Magdalena Mallol mientras entraban en una de las aulas—. Es la única herramienta que tenemos para cambiar el mundo, para enteresianizarlo.

La señora, que era unos diez años mayor que el sacerdote, lo miraba con cara de sorpresa. El magisterio había sido su vida. Se había dedicado a educar a niñas de Tarragona, de todas las clases sociales, en su escuelita de la plaza del General Prim —que antes se llamaba Doña María Isabel Luisa— número 6, justo al lado de la parroquia de San Juan Bautista. El local, relativamente cerca del puerto, tenía mucha afluencia de niñas, más de sesenta, aunque estaba pensado para cincuenta.

Enrique de Ossó era diferente a como le habían contado. Era joven, no tendría más de treinta y cinco años, según sus cálculos, alto, con el cabello castaño claro. Pero sobre todo, era apasionado. Ella quería educar, y necesitaba ayuda de muchachas jóvenes que quisieran continuar con su misión, ya que había mucha necesidad de instrucción, sobre todo entre las mujeres. Pero él, él creía que una pobre maestra tenía más poder que un político, o un rico comerciante.

—Esta es la clase de las parvulitas —le dijo, mientras lo conducía a un salón acondicionado con cuidado, con muñecas, sillitas pequeñas, algunos libros que las niñas aún no podían leer, y una gran bola del mundo sobre la mesa de la profesora. —Ya ve que tenemos todo lo necesario, pero se me hace muy difícil continuar con el colegio con este movimiento de personas que

me ayudan, pero que no están mucho tiempo aquí, puesto que encuentran cosas mejores que hacer. Sería maravilloso que me enviara alguna de estas teresianas que sé que están trabajando en las escuelas dominicales.

A Enrique le gustaba el lugar, le convenía que estuviera relativamente cerca del puerto y del centro. Se empezó a imaginar a jóvenes teresianas formándose como maestras con Magdalena Mallol para después ir a enteresianizar el mundo, a educar a los jóvenes, a impulsar cambios sociales. Desde hacía unos meses había empezado a propiciar que la Asociación Teresiana creara escuelas dominicales. Había visto demasiadas veces, desde que estaba directamente implicado en la catequesis, qué desatendida estaba la educación de la niñez y especialmente de la juventud. Ya había empezado a comprender que la Asociación que se estaba implantando en las parroquias de toda Cataluña y Valencia, por sí misma, no iba a poder cambiar el curso de la historia si no se fomentaba que los niños, desde pequeños, tuvieran acceso a la formación, a la cultura, al conocimiento de Jesús.

— Dígame doña Magdalena, ¿dónde vivirían y dormirían las chicas?

— Venga —le dijo la señora Mallol—. Esta parte es la de la vivienda de la maestra. Tengo una ayudante para todas las cosas de la casa, y normalmente una o dos jóvenes que colaboran con los niños. Si vinieran sus teresianas, les podría dejar esas habitaciones. Yo me encargo de la manutención, y también las formaría para que sacaran pronto el título.

La parte de la maestra estaba muy limpia y ordenada, pero era muy pequeña. No se imaginaba Enrique cómo iban a caber allí, pero veía tan ilusionada a doña Magdalena que no se atrevía a contradecirla.

— ¿Y cuántas chicas cree que podría hospedar? ¿De cuánta gente hablamos?

— Mire, mosén, estoy dispuesta a aceptar a todas las que me mande. Tengo el sueño de dedicarme a la formación de maes-

tras, para hacer todas estas cosas tan bonitas que usted dice. Se sacarían en seguida el título, y las distribuiría yo misma por los pueblos de la zona. Creo que sería un gran proyecto.

Un gran proyecto. Él también lo pensaba. Se había despedido de Magdalena Mallol prometiéndole contestar en unos días. No conocía, de momento, a ninguna chica que pudiera estar interesada en sacarse el título de maestra trabajando con la experta formadora de Tarragona. Pero tenía una gran red de relaciones, una ilusión grandísima por consolidar y extender las escuelas dominicales y un convencimiento interno de que la educación era el complemento ideal, por no decir la piedra angular, de todo el proyecto teresiano.



Ebro, septiembre de 1869

El sacerdote Enrique de Ossó esperaba con su padre en el embarcadero de Vinebre para tomar el *llagut* que lo llevaría a Tortosa. Jaime de Ossó acompañaba a su hijo y su exiguo equipaje, un pequeño maletín con ropa y otro mayor, y muy pesado, con libros. Esperaban la llegada de la embarcación que lo tenía que devolver a Tortosa después de pasar todo el curso 68-69 en su pueblo natal. Desde hacía algún tiempo el recorrido se podía realizar con un barco de vapor, más grande y cómodo, pero el pequeño embarcadero del pueblo no permitía su parada, y el hijo, para desilusión del padre, no quiso viajar hasta Garcia, con unas instalaciones mejores, para tomarlo.

El joven, recién ordenado y con el nombramiento de catedrático de física del seminario, había dejado Tortosa precipitadamente después de la revolución de septiembre de 1868. Aquel año el seminario se había cerrado, se habían suspendido las clases, y el ambiente de inseguridad le había desaconsejado irse a Barcelona, que habría sido su primera opción. Y así había permanecido durante un curso entero en su pueblo, para extrañeza de sus familiares. Las tensas relaciones entre padre e hijo eran más fáciles de llevar ahora que los dos eran adultos y el niño rebelde sabía controlar sus arranques de genio. Enrique buscaba relacionarse y pasar largos tiempos con sus tíos y otros parientes, y la vida comunitaria del pueblo suavizaba la distancia entre ellos. Ahora que veía la barcaza acercarse, pensaba que no había sido tan malo, aquel año de destierro. Había reconectado, de alguna manera, con su primera vocación, la de maestro. Había

construido una relación intensa con los niños del pueblo, jugado con ellos. Había redescubierto su capacidad y vocación para la catequesis. Y esto le había dado algunas ideas, que ya tenía preparadas para exponer al obispo de Tortosa nada más llegar.

El *llagut* se acercó al embarcadero del pueblo sin mucha dificultad. Cuando se había asegurado, bajaron un par de personas que saludaron a los de cal Cantó con calidez. También se descargaron algunas mercancías. Pero no era un día de mucho tráfico. Después, Enrique y su padre se despidieron lo más afectuosamente que pudieron y el sacerdote subió a la barca que le tenía que llevar río abajo, hasta la capital de la diócesis.

No había mucha gente en la embarcación, y los pocos viajeros que había se mantenían en silencio. No se podía pretender mucho más, ya que, aunque se hubiera realizado aquel trayecto muchas veces, el verde intenso de la vegetación contrastando con el azul grisáceo de las montañas y el silencio de la naturaleza, no dejaban mucho espacio para las palabras.

Enrique era muy bueno para las ciencias, y lo sabía. Le encantaban las matemáticas y la física, y no se había opuesto a ser catedrático del seminario. De hecho, ya llevaba tiempo dando clases, tanto en Barcelona, ayudando al Dr. Arbós, como en Tortosa. Pero no se imaginaba su vida así, un sacerdote bien posicionado, con carrera clerical asegurada, profesor del seminario. Él tenía un plan.

El *llagut* llegaba a Móra, la ciudad más importante de todo el trayecto. Algunas personas bajaron tras desear buen viaje a los que se quedaban, y hubo un intercambio de mercancías, unas se descargaban, otras se cargaban. Muchos de los nuevos hablaban animadamente, mientras se apoyaban en las barandas de la barca.

En seguida zarparon. Enrique contemplaba el pueblo y su puente para pasar el río, que se alejaba lentamente. Las conversaciones se iban amortiguando poco a poco hasta devolver el silencio al viaje, pero él sabía que se iban a ir animando de nuevo conforme se acercaran al destino final, Tortosa.

Su plan había ido tomando cuerpo a lo largo del curso que había pasado en Vinebre, y ya lo había explicado parcialmente por carta al obispo Vilamitjana. La palabra central era «catequesis».

Aunque la enseñanza y transmisión de la fe a los niños de una manera que ellos pudieran entender era una asignatura pendiente en la Iglesia, Tortosa había tenido suerte en este campo. Durante algunos años, y hasta 1866, el valenciano Benito Sanz Forés había sido canónigo mayor de la catedral, y se había encargado de organizar la catequesis. Había contado para ello con seminaristas y sacerdotes, entre los que descollaba Domingo y Sol. Pero desde que Sanz Forés se fue al tribunal de la Rota, en Madrid, la pequeña estructura que se había conseguido con tanto trabajo se había diluido poco a poco.

Enrique quería volver a organizar en Tortosa el movimiento catequético. Y tenía algunas ideas. Primero se necesitaba montar una asociación y dotarla de reglas. Contaría con sacerdotes y seminaristas, pero quería que participaran también seculares. Por esto, en el reglamento que ya tenía esbozado había escrito, en el Art 2: *Podrán pertenecer a tan Santa Asociación todos los que espontáneamente quieran dedicarse con celo y constancia a la enseñanza del Catecismo. Para ello tomarán por modelo a Jesús Nuestro Señor, que tantas muestras de amor dio a los niños, aprendiendo de Él el cuidado con que deben tratarles para ganarles el corazón y formar en su alma la imagen perfecta de Jesucristo*².

Después, en el artículo 10 había precisado: *Se considerarán socios activos todos los sacerdotes, estudiantes, maestros y maestras y seculares piadosos que se dediquen con celo y asiduidad constante a la enseñanza del catecismo*³.

Ya llegaban al azud de Xerta, y había que hacer una pequeña maniobra. Como los *llaguts* eran pequeños, tenían poca estabilidad, pero la maniobra se realizó sin novedades y las pocas

² EEO 1: 178.

³ EEO 1: 179.

personas que cabían en la embarcación se prepararon para la llegada inminente a Tortosa.

Pensaba tener reuniones de catequistas y sesiones de formación regularmente. Se imaginaba una acción coordinada de las doce parroquias de Tortosa. Tenía que acabar el reglamento y perfilar el funcionamiento de la asociación. Además, le quedaba terminar de convencer al obispo, y ganarse a los sacerdotes. El problema es que la catequesis estaba a punto de empezar, y casi no contaba con tiempo material para conseguir todas las autorizaciones, organizar y empezar el trabajo con catequistas y niños.

Ya estaban en Bitem, y después de pasar un último recodo se vieron las montañas del Coll de l'Alba y la Chiquina, la isleta fluvial antes de entrar a Tortosa. El *llagut* se adentró en la ciudad y se fue situando hasta llegar al embarcadero. Había una gran animación en las calles, con gente que llegaba a vender al mercado desde sus pueblos. Mientras paraban y aseguraban la barca, veía el ir y venir de la gente en sus carros. Tomó sus dos maletines y salió lo más pronto posible. Tenía muchas cosas que hacer, ya el tiempo le urgía para llevar a cabo su plan.

De sus muchas llegadas a Tortosa, pensó, esta iba a ser la más importante, la que iba a marcar su futuro.



Sagunto-Tortosa, 15 de julio de 1908

El silencio era cortante en la estación de Sagunto, que esperaba la llegada de la comitiva. Eran las ocho de la mañana.

La primera en bajar del coche fue Saturnina Jassá, con su secretaria y consejera Teresa Rubio. Les seguían Agustín Galcerán y Juan Bautista Altés, acompañados de don Rafael Criado y su esposa, doña Pilar Becerril, que los habían acogido en su casa para pasar la noche. Tras ellos las hermanas Rosario Elies y Teresa Blanch. Los acompañaba Francisco Marsal, que se había desplazado desde Ciudad Rodrigo, donde era Vicario General, para asistir al acto.

Identificaron en seguida el coche furgón donde debían depositar los restos de Enrique de Ossó. Las hermanas Petra Temprado y Conchita Montagut habían llegado de buena mañana desde Valencia y lo estaban decorando. Habían puesto en las paredes y el fondo telas moradas, orladas de franjas de gasa negra.

Los trabajadores de la estación ayudaron a colocar la caja de zinc recubierta de madera de cedro, donde se leía E de O. Los sacerdotes Galcerán y Altés quisieron viajar en aquel coche, junto a su amigo. Marsal, muy nervioso, alternaba entre aquel vagón y el de pasajeros, cambiando de lugar en las estaciones, sin encontrar aparente sosiego en ningún sitio.

Las hermanas viajaban en el coche inmediatamente anterior. En cada estación donde paraban, salía gente a recibirlos. Se acercaban, subían al coche donde viajaban los restos, y mostraban sus respetos al presbítero muerto doce años antes en Gilet.

Las cuatro representantes de la Compañía bajaban y saludaban. Los sacerdotes entonaban un canto al que se unían los visitantes. Burriana, Villareal, Castellón, Alcalà de Xivert, Benicarló, Ulldecona... Un largo camino donde se repetía, en cada parada, el mismo ritual agotador. Fue un largo séquito fúnebre, que visitó lugares tan amados por Enrique de Ossó, pueblos donde había predicado e instaurado la Archicofradía. Al pasar por Benicàssim, la ermita de Santa Teresa, inmóvil y aparentemente indiferente al momento, los estuvo contemplando.

Durante el trayecto, entre estación y estación, las hermanas iban en silencio, sin hablar. Rosario Elíes había sacado el rosario y le daba vueltas, como si el rezo interior de las avemarías le ayudara a curar las heridas del alma. Teresa Blanch permanecía mirando por la ventana, disfrutando aparentemente de las vistas del mar, pero con la mirada perdida, masticando su sentimiento de culpabilidad por no haber actuado a tiempo para evitar aquella muerte ya lejana. Saturnina Jassá recordaba sus últimos contactos con el fundador, al final de su generalato, en 1889. Siempre por carta. Siempre reprochándose uno a otro el dinero que gastaban. Él solía devolverle las misivas que ella le enviaba con recriminaciones. Ella se fue a México después, poniendo un mar de disensión en medio, ensanchando sus desencuentros. Ahora, lo primero que había hecho al volver a ser elegida Superiora General, fue ir a buscarlo. Llevar al padre a casa y cerrar la ahora no negada lucha de egos con el hombre que había sido clave en su vida. Teresa Rubio, la más joven de ellas, que se había sentido reconocida como preferida del padre fundador, y aliada fiel de Saturnina Jassá, simulaba que leía. En sus ojos se veía la turbación del momento, pero se sentía tan incómoda por la presencia de Elíes y Blanch, que no dejaba traslucir emoción alguna.

Cada hermana en sus cosas, los sacerdotes en el coche fúnebre, en silencios entrecortados por las señales de duelo en cada parada, finalmente llegaron a Tortosa a las tres de la tarde, con un calor insoportable. Una multitud aguardaba en la estación, bajo el sol, el retorno de Enrique de Ossó a Tortosa. Su

prima Concepción de Ossó, sus sobrinos Pura, Flora, Elvira y Enrique de Ossó y Serra, representantes del clero, el comercio y la Archicofradía de Tortosa. Abogados, sacerdotes y amigos llegados de pueblos de la diócesis y de Barcelona, y un delegado nombrado especialmente por el Señor Obispo de Tortosa, Pedro Rocamora, para tal ocasión.

Una vez hubieron completado el recibimiento, se colocó el féretro en un coche de primera clase y las hermanas subieron a otro que les ofreció el Marqués de Bellet, quien se encontraba entre el gentío que esperaba para mostrar sus respetos a Enrique de Ossó.

Todos ellos se dirigieron desde la estación a la Catedral. Allí esperaban más sacerdotes y tuvo lugar un acto de despedida donde no faltó la música, que tanto agradaba al fundador. Al salir de la catedral, el clero acompañó a la comitiva hasta el puente, y el resto siguió hasta Jesús.

Antes de llegar al arrabal, se unieron el párroco y vicario de la parroquia de Jesús, y todos se encaminaron hacia el noviciado. Las hermanas, novicias y postulantes, salieron a recibir al padre formando dos filas, a las que se unió la gente del pueblo.

Sacerdotes jóvenes sacaron el féretro del coche fúnebre y entraron en la casa, para depositar los restos en un lugar que habían preparado las hermanas en la capilla, en el pasillo central, ante el presbiterio. Allí, ante el Prelado de Tortosa, Pedro Rocamora, la hermana General, Saturnina Jassá, las hermanas del consejo, un buen número de hermanas de la compañía, amigos, familiares y conocidos, el notario cortó los precintos y abrió el ataúd. Acto seguido, María Teresa Rubio retiró un paño rojo que había dentro de él y lo dio a una novicia. Después, todas las hermanas y el resto de la gente pasaron para dar su adiós definitivo al fundador, en una larga fila silenciosa.

Mientras, las novicias, que habían quitado el paño a Dolores Ponce de León, lo estaban cortando a trozos en una pequeña habitación contigua, llamada de Santa Magdalena para quedar-

se con una reliquia. La joven, como pudo, se lo quitó, dobló lo que quedaba y se colocó en su lugar, al lado de Teresa Rubio. Cuando todos hubieron pasado, se procedió a cerrar el ataúd. El obispo, con la aquiescencia ruborizada de la secretaria, que no dijo ni palabra sobre lo que había pasado con la tela, dispuso lo que quedaba de esta dentro de la caja. Después los restos del fundador se depositaron en el lugar que le habían destinado, en el suelo de la capilla, y se dio por terminado el acto.

Así llegó Enrique de Ossó al noviciado de Jesús que tanto había soñado, pero nunca había visto. Y esta vez era para siempre.





Tortosa, marzo-mayo de 1878

La vida de Josefa Beltrán iba entrando en una monótona aunque deseada rutina. Habían sido tiempos convulsos, aquellos meses. Con solo diecisiete años no tenía intención de someterse a sus padres, que le habían planificado una vida normal y segura. Ella, por el contrario, había decidido que quería seguir el camino de las maestras que Mosén Enrique tenía en Tarragona. No fue fácil convencer a su familia, y el sacerdote tuvo que hacer unos cuantos viajes a Xerta para obtener finalmente el visto bueno.

Tanto ella como otras chicas de las inmediaciones de Tortosa querían ir a Tarragona a unirse a las diez primeras integrantes de la Compañía. Pero el sacerdote no lo veía claro, porque eran muy jóvenes, y había llegado a una solución intermedia. Mediante su amigo Mn. Sol buscó a una señora, Doña Josefina Reverter, que era viuda y podía hospedar a algunas aspirantes en su casa. Además, tenía una hija de refinada educación que se iba a encargar de darles clase, de manera que pudieran completar su formación.

Ahora estaban en Tortosa seis de ellas, desde finales del mes de enero. Genoveva Queralt y Francisca Pla, que eran de Santa Bárbara, y Encarnación Pitarch de Alcalà de Xivert, estaban internadas en casa de la señora Reverter. Carmen Chavarría era de Jesús y se iba a dormir a su casa cada día. Josefa Vericat, de Xerta, vivía con sus abuelos en Tortosa. Y Josefa Beltrán, también de Xerta, se alojaba en Jesús, en casa de la hermana de Mosén Ferré, amigo de Enrique de Ossó.

Cada mañana, Carmen Chavarría y Josefa Beltrán iban a pie, atravesando el Ebro, hasta el centro de Tortosa, donde se encontraban con el resto en casa de las Reverter, madre e hija. Allí estaban todo el día estudiando. Las que dormían fuera llevaban algo para merendar, aunque a mediodía la señora les preparaba la comida a todas.

Josefa sabía que aquello no era sino el principio de las cosas grandes que les había prometido mosén Enrique, pero tanto estudiar sin nada más estaba empezando a acabar con su paciencia. No era así como había oído que vivían las teresianas de Tarragona.

Las mejores jornadas eran aquellas en que venía el sacerdote, se las llevaba a pasear, les enseñaba a rezar como él hacía, con oración mental, y les hablaba de sus sueños. Entonces quedaban animadas por unos días más, y así iban pasando las semanas, a la espera de las promesas que no llegaban. Pero aquella última temporada Enrique de Ossó estaba constantemente de viaje y ya no venía con tanta frecuencia. Mosén Altés y Mosén Pauli iban a verlas con cierta regularidad, aunque no era lo mismo. Estos dos no las tenían en mucha consideración. Ellas querían ser teresianas como las de Tarragona, como las de la Compañía, y ellos les llamaban las de la *Compañieta*. Como si fueran menos.

Por la tarde, cuando acababan las clases, se iban a sus casas. A ella y a Carmen Chavarría las habían estado llevando en un coche durante todo el invierno, porque era muy de noche y hacía frío. Ahora, a mediados de marzo, les gustaba ir solas hasta Jesús. Así paseaban, se aireaban y jugaban un poco por las calles antes de ir con las familias que las alojaban. Cuando llegaban al arrabal, veían el pequeño convento donde ya hacía meses que vivían las carmelitas. Allí es donde les había prometido el fundador que edificaría su noviciado, pero las habladorías en el pueblo pronto hicieron comprender a Josefa que la cosa no iba bien. Enrique de Ossó iba y venía de Tortosa y ni lo veían, y se rumoreaba que no estaba cumpliendo sus promesas con las

carmelitas, para dedicarse a su nueva asociación. Un día decían que empezarían a edificar, otro se enteraban de que no se iba a hacer el convento, y al día siguiente le contaban que Ossó estaba mirando unos terrenos en Roquetes.

En enero, cuando habían empezado su aventura en Tortosa, les había asegurado que el día de San José pondrían la primera piedra del edificio. Y San José era mañana. Y no había ni rastro de fiesta ni de primera piedra. A veces pensaba en irse a Xerta, aprovechando que sus padres venían a vender las naranjas, y dejar todo aquello. Podía ser maestra igual, si hacía los exámenes, y tener una vida pacífica sin tantos sobresaltos. Pero no acababa de decidirse. Ya no se imaginaba en el pueblo, sino haciendo todo aquello que el mosén les contaba, que iban a cambiar el mundo, y todas aquellas cosas. Le gustaba la idea de ser teresiana, de tener su propia vida. Por alguna razón no podía tomar la decisión de dejar todo aquello, por alguna razón que no comprendía, se fiaba de Mosén Ossó. No iba a dejarse llevar de lo que se decía por el pueblo y por Tortosa. Se mantendría firme.

Al día siguiente, San José, sí vino mosén Enrique, acompañado de un ex monje de Montserrat, el Padre Vilarrubias. Les hizo una plática en casa de la señora Reverter y celebraron misa en su oratorio. Después hicieron una fiestecita y una velada poética. Sus avances con las letras eran lentos, pero no iban a claudicar. El objetivo hoy era conseguir escribir un poema. Después de mucho trabajo y discusiones consiguieron componer algo que sonaba así: *El nen Jesús, dels braços, voldrà marxar. I anar-se'n pels corredors, amb les de la companyieta a jugar*⁴. Tanto los sacerdotes como las señoras les aplaudieron mucho su composición, no sin alguna sonrisa y bastante paternalismo.

El día de San José dio al grupo una nueva fuerza para seguir adelante. La celebración no había sido la esperada, pero al final

⁴ *El niño Jesús, de los brazos, se querrá marchar. E irse por los pasillos, con las de la companyieta a jugar.* En el texto se ha regularizado la ortografía del catalán. La composición parece que es original de Josefa Beltrán.

hubo un anuncio que renovó la ilusión de las jóvenes: el noviciado se empezaría a edificar bien pronto.

A finales de abril Josefa y Carmen llegaron por la mañana, como cada día, a casa de la señora Reverter. Al entrar, se encontraron con la sorpresa de que les estaba esperando el fundador. —Vamos de excursión —les dijo—. Ellas se prepararon contentas, ya que cualquier salida de la rutina era en aquel momento un descanso. Se fueron paseando todo el grupo, ellas colocadas de dos en dos, hasta que salieron de Tortosa, por el arrabal de la Llet. Cuando estaban ya en pleno campo, pero aún junto a la ciudad, Mosén Enrique les dijo que ya habían llegado. Ellas no veían nada de especial en aquellos terrenos. Pero en seguida el sacerdote les hizo dirigir la atención a un pequeño pedregal que había allí cerca, y fueron hacia él. Al llegar, se encontraron con una piedra labrada que era... la primera piedra del noviciado. Ossó había hecho grabar en ella el plano de la casa, que se distinguía perfectamente. Esa era la indicación de que el sacerdote sí que iba a cumplir sus promesas.

Al anochecer, llegando a Jesús, Josefa dejó a Carmen en su casa y se fue hasta las carmelitas. Había al lado del convento señales evidentes de que se había estado cavando una zanja que delimitaba ya casi el contorno del futuro edificio. Había una separación como de una calle entre el actual convento y la base de los cimientos de la casa nueva. Aquella noche, Josefa supo que su sueño, por fin, se haría realidad, y que ella iba a ser parte de él hasta el final.

Siguiendo con la vida semi-comunitaria, de horarios estrictos, trabajo, silencio y juegos, llegó el domingo 12 de mayo de 1878. Josefa se levantó pronto y fue, con las otras teresianas que habían venido desde el centro de Tortosa, a la misa que el padre fundador celebró en las Carmelitas de Jesús. Después él se tuvo que ir, porque tenía clase, dijo, en el seminario, pero ellas se quedaron al oficio solemne de las 9,30 que cantaron las monjas, celebró Mn. Mateo Auxachs, prior de Mora, y predicó el reverendo Agustín Pauli.

Iba a ser un día muy largo. Josefa tenía por encargo poner color al acto de la primera piedra. Así que se fue en busca de los niños del rebañito, y se los llevó a caminar por los campos de primavera, llenos de flores. Pasaron la mañana cantando y haciendo guirnaldas para llevar a la fiesta. Aquel día no fue a casa de la señora Reverter, sino que se quedó a comer con Mosén Ferré y su hermana en Jesús. El sacerdote había venido expresamente de Castellfort, e iba a predicar en la celebración de la parroquia.

Después de comer, se fue rápido a la iglesia, donde las teresianas de la Archicofradía estaban ensayando para el acto de la tarde. La Hermana Mayor de la Asociación en Jesús, Anita Ponciano, la Hermana Mayor de Tortosa, Antonia Reñé, y la Vice-Hermana Mayor de la ciudad, Rosario Lluís, preparaban los detalles de la ceremonia. El coro de niños del rebañito y de teresianas, ensayado por Mn. Juan Llatse, entonaban el trisagio, el canto *De Teresa el pendón levantemos* y otros himnos para la celebración. Muy poco a poco, la Iglesia se iba llenando de gente. Sacerdotes de Tortosa, y otros venidos de toda la diócesis, que eran recibidos afablemente por José Sánchez, Vicario de la parroquia. Teresianas de los pueblos vecinos, con sus pendones, que se colocaban en la iglesia en sus lugares asignados. Gente de Jesús, de Tortosa, de Roquetes y autoridades de la ciudad. Josefa se encargaba de algunos de los niños del rebañito con sus guirnaldas, mientras las otras componentes de la Compañieta tenían cada una su cometido. Una acomodaba a las personas en la iglesia, otra estaba en el coro de cantoras, otras dos habían decorado la nave, dos más estaban en las carmelitas preparando el espacio. De pronto, vio entrar a dos mujeres que le pareció que eran diferentes a todas las demás. Iban vestidas de oscuro, sin ningún alarde ni distinción. Llevaban el cabello recogido y todo su exterior parecía preparado para pasar desapercibidas. Pero no era así. Caminaban parándose a saludar a todos los que se acercaban a ellas, que eran muchos. Pasaron a su lugar, hacia mitad del templo, y se quedaron en silencio,

aunque un buen número de personas llegaban hasta sus bancos y les hacían señal de que las reconocían. Una era bastante más mayor que ella, diría que casi unos veinte años. Tenía que ser Teresa Guillamón, la maestra de Alcalá de Xivert que estaba en la Compañía. La otra era más joven, más esbelta y sonreía con más fluidez. Le habían dicho que vendría Dolores Soler, así que tenía que ser ella. En aquellos momentos, la joven Josefa sólo soñaba pertenecer a aquel grupo, a la Compañía de Tarragona.

Mosén Enrique llegó casi a punto de comenzar la ceremonia, junto al obispo Vilamitjana. Los dos caminaron hasta llegar a los primeros bancos. Tuvo lugar entonces un acto solemne, con todos los cantos y las ceremonias que habían preparado las teresianas con la colaboración del seminarista Llatse. Acabado este primer momento, la comitiva se dirigió desde la iglesia de Jesús hasta el convento de las carmelitas, charlando animadamente y entonando algunos cantos.

Una vez en el convento, el Vicario General de la Diócesis, Gerardo Camps, bendijo la piedra labrada con el mapa del nuevo colegio y casa matriz de la Compañía de Santa Teresa. Entonces, las teresianas y los niños del rebañito cantaron por primera vez una canción que había compuesto Juan Llatse, la *Diana Teresiana*. El Canónigo Peñarroya fue uno de los más activos, ayudando a soltar unas palomas que habían adornado las carmelitas, y tirando caramelos a los niños. El acto festivo concluyó con la firma por parte de los asistentes del documento que daba fe de este acto.

Enrique de Ossó estuvo todo el tiempo en un lugar discreto. Llegar hasta aquella primera piedra había sido una lucha constante contra múltiples dificultades. Pero ahora parecía que la casa que tanto había deseado estaba más cerca de ser una realidad.



Barcelona-Tortosa, Navidad de 1889

Fue una Navidad diferente. No hubo mucho tiempo para fiestas, ya que había que celebrar un Capítulo Provincial para elegir las representantes al Capítulo General. Era la primera vez que esto ocurría en la Compañía de Santa Teresa, y daba idea del crecimiento de la congregación. De las tres provincias que tenía la Compañía, Santa Teresa, San José y Sagrado Corazón, solo la primera estaba en esta situación, puesto que las otras dos tenían tres casas cada una, y se había decidido que las capitulares fueran las superiores de cada comunidad. Pero la Provincia Santa Teresa, la originaria, era más extensa, y se habían unido a ella las fundaciones de Madrid y de Puebla de los Ángeles (México). El número de comunidades y de hermanas era muy superior y por esto se había requerido esta reunión previa a la elección de la Superiora General, que tendría lugar la semana siguiente en Jesús-Tortosa.

Con la casa de San Gervasio aún sin acabar, el frío intenso era inevitable y, como en todo capítulo, se había palpado una cierta tensión en el ambiente. Por esto, en cuanto acabaron los trabajos y tomaron algo para cenar, Saturnina Jassá, que acababa su generalato, se retiró inmediatamente a su habitación. Tenía mucho que programar, y quería pensar muy bien las cosas antes de llevarlas a cabo.

Una vez en su celda, encendió la luz. La nueva casa, construida con todas las comodidades modernas, le permitía trabajar de

noche sin problema ya que se había instalado electricidad, cuyo uso se estaba generalizando en Barcelona durante aquellos años.

Lo primero que hizo al sentarse en su escritorio fue repasar el acta del Capítulo que había tenido lugar aquella tarde. Lo había presidido, por última vez, el fundador, Enrique de Ossó, con el nuevo consejo provincial: Lucía Caire, provincial, junto con M. Cinta Aguilar, Concepción Rafels y Encarnación Marco, que era la secretaria. Aquel día, habían elegido como vocales al Capítulo General a las hermanas Teresa Blanch, maestra de educandas, Josefa Beltrán, superiora de Madrid, y Francisca Pla.

Con los datos que tenía, Saturnina Jassá escribió la carta convocando al Capítulo General de la Compañía de Santa Teresa de Jesús que tendría lugar en Jesús-Tortosa el día 31 de diciembre para elegir a la nueva Superiora General, y el día 3 de enero para realizar el capítulo de asuntos.

El capítulo de 1889 iba a ser muy especial. Las Constituciones de la Compañía acababan de recibir el Decreto de Alabanza y, con él unas Animadversiones, o correcciones que Roma indicaba de cara a la aprobación final. Entre las modificaciones que se sugería, estaba el sistema de elección de la Superiora General. Hasta entonces no se había realizado votación entre las hermanas, sino que las directoras de colegios y residencias enviaban el voto a Enrique de Ossó, y este ofrecía una terna al Obispo de Tortosa, que elegía en quién debía recaer el cargo. Pero ahora, muchas cosas estaban cambiando o iban a cambiar.

Acabó de redactar la carta de convocatoria del capítulo, y la dejó preparada para enviar. Era solo una formalidad, puesto que las compromisarias de las provincias de San José y Sagrado Corazón ya estaban de viaje, y las de Santa Teresa ya habían conocido aquella tarde cómo pasarían el cambio de año.

Después, revisó otra vez las animadversiones a las constituciones, que habían sido sugeridas por el censor A. Lolli, canónigo regular lateranense, y expedidas por el Cardenal Ignacio Masotti el 22 de septiembre de 1888. La Superiora General no

se sentía muy a gusto con aquel texto, porque atacaba algunos aspectos que ella consideraba carismáticos de la Compañía de Santa Teresa. Lo que más la hería, era un comentario del censor Lolli, que decía «los que piensan en hacer una gran construcción, en primer lugar piensan en el fundamento de la humildad. Y, sin embargo, ¿acaso no es completamente fuera de lo normal confiar la vida de la Iglesia y de la sociedad a esta congregación de mujeres?». Las referencias irónicas del canónigo a los elevados fines de la Compañía habían molestado profundamente al fundador que, en cambio, no las había criticado. Ella, por el contrario, no se había mostrado dispuesta a aceptar aquella burla. Muchas de las críticas iban dirigidas a aspectos fundamentales, como la orientación predominantemente apostólica de la Compañía y su particular integración de los elementos constitutivos de la vida religiosa, con un estilo de vida nada mundano y radicalmente evangélico. Por otra parte, se cuestionaba la necesidad de ser como la gente del mundo y no parecer monjas ni en forma de vivir, ni en el aspecto, ni en forma de vestir, ni en lenguaje. Enrique de Ossó había dejado bien clara la identidad religiosa del nuevo instituto, pero no lo había hecho de manera muy normativa. Las primeras Constituciones de la Compañía formulaban de manera integrada los tres votos canónicos, pobreza, castidad y obediencia. Y ahora, la Sagrada Congregación imponía presentarlos por separado «de manera clara y distinta». Además, se obligaba a renunciar al voto de enseñanza, que era específico de la Compañía.

Otros aspectos de las Animadversiones resultaban más comprensibles para Saturnina Jassá. Algunas características como el juramento de perseverancia y el voto de salvar el mayor número posible de almas, que habían sido también suprimidos, eran difíciles de explicar jurídicamente.

Y junto a todas estas cosas, había cambios importantes en el gobierno. En primer lugar, desaparecía la figura del superior general, y con buen criterio la Santa Sede obligaba a que la congregación se gobernara por sí misma. En segundo lugar,

se obligaba a que la superiora general tuviera más de 40 años. Estas eran dos normas lógicas, que en aquel momento le creaban inquietud. No sabía si la Compañía estaba preparada para separarse del fundador. También tenía claro que ella no sería la siguiente Superiora General, ya que había nacido en marzo del año 1851, y por tanto tenía solo treinta y ocho años. Había repasado muchas veces la lista de las hermanas de la Compañía, de quienes se llevaba, desde el primer día, un registro meticuloso. De entre las fundadoras, Teresa Guillamón, nacida en agosto de 1843, era la única que superaba los cuarenta años. Todas las demás eran mucho más jóvenes, excepto Rosario Elíes que, nacida en junio de 1849, acababa de cumplir la edad reglamentaria para ser nombrada Superiora General.

Saturnina ya sabía lo que quería hacer a partir de entonces. Necesitaba fortalecer la fundación de México, que veía como la punta de lanza de la expansión en América. Deseaba dejar su cargo y empezar un nuevo capítulo de su vida, pero la incomodaba, aunque no podía decirlo, la idea de que la congregación estuviera capitaneada por una de estas dos hermanas.

Finalmente decidió, como tantas veces hacía, ponerse en manos de Dios. Él lo arreglará, pensó. Apagó la luz y se fue a dormir.

El día siguiente, ya liberadas todas las hermanas de la carga del Capítulo, celebraron con el fundador, con mucha fiesta, el día de San Esteban. Orar y festejar trajo más paz a sus espíritus, si bien la perspectiva de la reunión que se acercaba les podía conturbar un poco. Además, pudieron dedicarse a contemplar, ya con calma, la impactante arquitectura que el genio artístico de Gaudí había ensayado en el edificio. A algunas les provocaba risa ver las columnas retorcidas y los arcos parabólicos. A otras les parecía, simplemente, arte y se preguntaban cómo iban a vivir en una casa como aquella. Enrique de Ossó estaba orgulloso, porque veía en todas partes detalles de la espiritualidad de Santa Teresa plasmados en la piedra, en la proporción, en la forma. —Cuando esté acabado —les decía— será magnífico, será como un libro teresiano abierto en medio de la ciudad.

El día 27 empezaron a irse hacia Tortosa las hermanas que se habían hospedado en San Gervasio y que tenían que participar en el Capítulo General. El fundador salió también aquel día por la mañana, puesto que tenía varios asuntos que arreglar en la ciudad antes de dirigirse a Tortosa. Saturnina Jassá, en cambio, se esperó a tomar el tren de la tarde del día 29 junto con Agustina Alcoverro. Las dos fundadoras se sentían a gusto viajando solas, solidarias en sus temores y en sus experiencias. En el tren comentaron cómo iba a ser su cambio de vida a partir de lo que se desprendía de las Animadversiones, especialmente en lo referente a los hábitos, y su obligación de parecer monjas. Saturnina se lo tomaba con solemnidad y, aunque no ocultaba su enfado, estaba, como siempre, dispuesta a cualquier sacrificio. Agustina, en cambio, bromeaba con la nueva situación. Los rigores y la vida del claustro nunca le habían llamado la atención especialmente, pero se adaptaría. Lo que más le costaba era que las nuevas Constituciones dejaban de facto a Enrique de Ossó fuera de la vida de la Compañía. —No te preocupes, esto está diseñado para el futuro. En vida de nuestro padre nunca ocurrirá. Él no puede estar al margen de su obra —le dijo Saturnina, con aire de Superiora General, apartando esos pensamientos oscuros de la mente de la de Gandesa.

* * * * *

El día 31 de diciembre de 1889, después de la Misa de la mañana, Saturnina Jassá y Enrique de Ossó salieron a recibir al Obispo de Tortosa, Monseñor Francisco Aznar y Pueyo, mientras el resto de las hermanas se dirigieron a la sala capitular, donde esperaron, de pie y en silencio, a que llegaran la Superiora General, el Fundador, y el Presidente del Capítulo.

Entre Saturnina y Enrique había un silencio incómodo mientras aguardaban a que llegara el coche con el prelado de la ciudad. Los dos se sabían imprescindibles el uno para el otro, como dos caras de la misma moneda, dos figuras sin las cuales no se podía completar la obra que tenían entre manos. En cambio, sus

desencuentros se habían ido multiplicando en los últimos años. Su diferente manera de enfrentar las contrariedades económicas que azotaban la Compañía, y su fuerte personalidad, que no aceptaba interferencias, construyeron un muro entre ellos que franqueaban con dificultad.

El coche no se hizo esperar. Paró al lado de la puerta de la casa matriz y de él descendió el obispo, que fue saludado respetuosamente por sus dos anfitriones. Francisco Aznar y Pueyo había llegado a la diócesis diez años atrás, en 1879, como sustituto del protector y después perseguidor de la Compañía Benito Vilamitjana. Valoraba a Enrique de Ossó y todas sus obras, apreciaba y ayudaba a la congregación que este había fundado, pero era el representante de la Iglesia y, por tanto, la cabeza visible de la institución con la que se estaba enfrentando el sacerdote, catequista y fundador.

Para Aznar, visitar la casa que bajo su mandato quedó en entredicho, participar como presidente en el Capítulo General y mantener una relación normalizada con Ossó y Jassá no era un trabajo cómodo. Educados y correctos, los dos eran personalidades que descollaban en la Iglesia en general, y en la diócesis de Tortosa en particular. No eran fáciles de tratar, directos, claros, seguros de lo que hacían. Así que deseó que pasara pronto aquel día, el último del año, en aquella casa que pronto se habría de derribar, con aquellos dos gigantes a quien la historia había situado como sus oponentes, y dar por concluido el capítulo de la Compañía de Santa Teresa.

Aquel día, reunidas en la sala capitular las hermanas comprometidas, con la presidencia del obispo de Tortosa, se realizó la votación de la nueva Superiora General de la Compañía, cargo que recayó en la hermana Rosario Elíes por unanimidad.



Tortosa, 5 de julio de 1878

Aunque a aquellas horas no hacía aún calor, el viento ya soplabá con toda su fuerza en Tortosa. Mosén Amades se protegía como podía bajo el tejado de la estación refunfuñando por el incontrolable clima de su tierra. Siempre había bendecido la suerte que le había tocado. Gozaba de una vida fácil y cómoda en Barcelona como capellán, apoderado y secretario de doña Magdalena Grau. La mayoría de sus compañeros de seminario vivían en pueblos con carreteras casi imposibles de transitar, perdidos en las montañas del Port o del Maestrat, o en las insalubres humedades del recién colonizado Delta del Ebro, mientras él paseaba por la Rambla Catalunya y acompañaba a la señora a reuniones sociales. Pero había algunas cosas que a veces le hacían desear estar en uno de esos pueblos de mala muerte. Una era el enfrentamiento al que se había visto abocado con Ossó por culpa de la cabezonería de la señora y de la inquebrantable santa obstinación del sacerdote. Otra eran estas incomodidades imprevistas e irritantes, como ir a buscar a la doña Magdalena que llegaba en el convoy de las cuatro de la mañana, con uno de esos huracanes tan propios de su ciudad, que no podía menos que interpretar metafóricamente.

Cuando oyó el silbido inconfundible de la máquina, Amades salió al andén, agarrado a una de las barras de la cubierta. Magdalena Grau bajó de uno de los coches de primera, como era su costumbre, aunque esto no la protegía de la suciedad negruzca del tren.

—Buenos días, Mn. Pedro —le saludó la mujer nada más encontrarse—. Ayúdeme con el equipaje y vamos enseguida a casa, que tenemos muchas cosas que hacer.

Aún era de noche, pero a su ama nunca le importaron estos detalles. Subieron al coche, camino de la casa que Dña. Magdalena tenía en el centro de Tortosa.

—Explíqueme cómo le fue anteayer con Ossó, y dígame si le detalló claramente lo que queremos. Hoy sin falta quiero entrevistarme con él otra vez y acabar con este asunto.

El sacerdote había hablado con Ossó, como le habían indicado que hiciera, y le había expuesto todos los puntos que la señora Grau había considerado vitales. Pero Ossó era un cabezota, un visionario que actuaba movido por otros intereses que no eran fácilmente negociables. Era una situación muy desagradable.

—Señora, claro que he seguido todas sus instrucciones y le he explicado todos los puntos de sus requerimientos. Él ha tomado nota, y estoy seguro de que lo tendrá en cuenta. En cambio, hoy no va a poder hablar con él. Salió ayer a su gira apostólica de verano. Ahora está por el Maestrat. No me dijo si iba a ir a Benassal o no. No tiene previsto volver a Tortosa hasta bien entrado agosto.

Magdalena de Grau no habló. Aunque era de noche, por su silencio se podía intuir, más que ver, la ira que se dibujaba en su rostro.

—Por lo que respecta a hoy —prosiguió Amades— he quedado a las 9 de la mañana con Mn. Auxachs en el convento. Él la atenderá. Ha dejado la prioría de Móra y se dedica ya por completo a ser el director espiritual de las monjas. Es quien más las conoce y el mejor interlocutor que podría tener en este caso—. Ya estaban llegando. Ella seguía en silencio, con sus labios apretados. —Será mejor que ahora descanse un poco y después nos ponemos en movimiento.

A las nueve en punto de la mañana el coche de caballos que llevaba a Doña Magdalena Grau y a su apoderado Mn. Amades se detuvo a la puerta del convento de las carmelitas de Jesús. Mn. Mateo Auxachs, que la estaba esperando, salió a recibirla con la mejor cara que pudo. Era un día muy ventoso, quizás más de lo que acostumbraba a ser el mes de julio en Tortosa. Aunque era pronto, el calor ya empezaba a notarse, y el aire caliente producía una sensación especialmente desagradable. Ossó había nombrado, dos días antes, la palabra tempestad, y esto, una tempestad huracanada, es lo que vio el ex-prior de Móra, cuando vio bajar a la mujer del coche con gesto colérico.

Casi sin saludarlo, la señora y su secretario se dirigieron al locutorio para hablar con las carmelitas. Ella se negó a que Auxachs estuviera presente, pues lo consideraba un acólito de Mn. Enrique. Él esperó pacientemente en la entrada del edificio. Al cabo de una media hora salió la señora con su inseparable Amades y pidieron un lugar para entrevistarse con Mn. Mateo. El la acompañó a un recibidor anexo donde se sentaron, todos con gestos serios y sin los normales diálogos sobre el tiempo que dictaban las convenciones sociales.

—Seré clara —dijo la señora doña Magdalena. Aunque no necesitaba empezar así, puesto que la claridad era una de sus mayores virtudes—. Ustedes me han engañado. Me siento estafada, y las monjas también. Vamos a defender nuestros derechos, Auxachs. Ustedes van diciendo que todo esto es culpa de Ossó, pero son los cuatro los que han hecho esto. Han elegido los mejores terrenos para el colegio, y yo los quería todos para las monjas.

—Señora... —empezó el director espiritual de las carmelitas— hemos hecho todo lo que hemos podido para convencer a Mn. Enrique, pero ya sabe, no ha parado hasta que se ha puesto a hacer las obras, que yo sepa, con su aquiescencia.

Magdalena Grau lo miraba con gesto frío, aunque el vestido hecho con muchas telas, conforme a la moda de los tiempos, empezaba a mojarse del sudor.

— Señor Auxachs, —le dijo finalmente— le expliqué bien a Ossó lo que quería hace dos días. Pero él, en lugar de quedarse aquí para arreglar el problema, se ha ido a hacer sus pláticas y sermones por estas montañas de Dios sin atender a los intereses que tiene aquí. Hizo traer a estas monjas para fundar el convento de sus sueños, y al día siguiente de la fundación... resulta que ha tenido otro sueño y necesita otro convento, y lo empieza a hacer destinando el dinero que debería invertir en este. Y además les quita a estas el terreno que yo les cedí.

Auxachs, que había luchado mucho para que su cada vez menos amigo Enrique se centrara en el convento y dejara sus otras obras, estaba de acuerdo con ella. Le producía una angustia muy espesa pensar en dejar la construcción del colegio ahora. Como leyéndole la mente, doña Magdalena dijo:

—No se puede construir un colegio en el terreno de un convento de monjas de clausura. Y se acabó. Sé que esto va a ser una gran dificultad, un escándalo, pero ya lo he decidido. Hablaré a mis abogados para que justiprecien las obras del colegio. Yo les indemnizaré de los gastos hechos si abandonan la obra y se van a otra parte. Y quiero que lo hagan rápido. Estaré aquí toda la semana, si no me ahoga el viento ardiente de este pueblo. Hablen con el obispo, y con su sacerdote trota montañas.

* * * * *

El encuentro con la Sra. Magdalena fue corto y explícito. Auxachs, muy delicado de salud, necesitó ir a su casa y buscar maneras de relajarse después de aquella conversación. Cuando se sintió más sereno, escribió una carta a Enrique, que estaba en Sant Jordi, y luego se dirigió a la catedral, donde se reunió con el canónigo Jacinto Peñarroya. A las cuatro de la tarde, los dos hombres entraban en el palacio del obispado para entrevistarse con Benito Vilamitjana.

El obispo recibió a los dos sacerdotes con contrariedad. Era el mes de julio, y a pesar de los muros enormes de piedra con

los que estaba construido el edificio, el calor de primera hora de la tarde era tan intenso que apenas podía mantenerse en pie. La enorme humedad que había en aquella casa renacentista, cuyas paredes estaban bañadas por las aguas del Ebro, no ayudaba a sobreponerse.

— Bien, ¿qué importante asunto les trae aquí a esta hora, señores? ¿Tienen de nuevo líos con sus monjas?

— Hemos hablado con la Señora Dña. Magdalena Grau — confirmó Peñarroya — nos da una semana para que arreglemos el asunto del colegio. Quiere que se tire e indemnizarnos.

— ¿Y Ossó qué dice? ¿Por qué no está aquí?

— Ossó se fue ayer a dar ejercicios a diferentes pueblos del Maestrat, su Eminencia — prosiguió Auxachs.

— Así que se ha ido dejando las cosas sin solucionar — continuó el obispo —. Me parece que tienen mucha suerte, si les indemniza. Ese colegio allí es una barbaridad, y solo lo he permitido porque pensaba que era también voluntad de la señora. Acepten lo que les propone; paren las obras. Se acabó. ¿Me han entendido? Escriban inmediatamente a Ossó y le dicen que venga para cerrar el trato. Y ahora, señores, con este vendaval de fuego que tenemos hoy, creo que lo mejor que podemos hacer es ir a encerrarnos cada uno en nuestra casa hasta que llegue la noche. Buenas tardes.

El obispo, después de decir esto, despidió rápidamente a los sacerdotes y se fue a su habitación en el obispado. No entendía qué había pasado con Enrique de Ossó, con su fuerza y con sus ideales, y por qué había dejado de sentirse implicado en sus sueños compulsivos. Ese hombre había llegado demasiado lejos, había trascendido la diócesis, había escapado al alcance de su poder, se había desvinculado de sus consejos. Estos pensamientos arrojaron en él un resquicio de luz. No le gustaba que los simples sacerdotes lo sobrepasaran, y esto le producía una pequeña opresión en el estómago que solo muy en secreto se atrevió a catalogar como envidia. Ante aquel sentimiento in-

nombrable que le asustó, se encontró de pronto sudorosamente cansado y se tuvo que sentar, fatigado, en una de las sillas de su cámara particular. Sentía un gran descanso al pensar que dejaba la diócesis y todos estos problemas, para ir a dirigir la sede primada de Tarragona. No quería saber nada ya del sacerdote, de las teresianas ni de la Compañía, ni de ninguna otra cosa que tuviera que ver con todas aquellas locuras que se habían iniciado, quién sabe cómo, en aquel pueblo húmedo y ventoso del sur de Cataluña.



Lisboa, 22 de noviembre de 1886

Negocios, pleitos, problemas, expansión de la Compañía, reuniones, visitas, amistad, turismo. Todo esto y más era aquel viaje a Portugal. Había salido de Tortosa hacía más de un mes, e iniciado aquel largo recorrido en Zaragoza, donde visitó el Pilar, el 12 de Octubre. De Zaragoza a La Almunia, donde tenía un pleito pendiente por la fundación del colegio que tenía que solucionar. Pasó en esta ciudad tres días, incluida la festividad de la Santa. De allí a Madrid, donde llegó el día 16. En la capital tuvo múltiples reuniones para tratar de arreglar los muchos problemas derivados de sus dos litigios jurídicos en marcha. Obispos, procuradores, abogados... De Madrid a Salamanca y Alba de Tormes, para visitar a la Santa y a las Carmelitas de Alba, con quienes le unía una fuerte relación. Y finalmente a Ciudad Rodrigo.

A pesar de visitar lugares tan queridos, todos los acontecimientos de aquel final de 1886 estaban cargados de amargura. Los problemas se agolpaban y no conseguía cerrar ninguno de ellos. En medio de todo, la Compañía continuaba creciendo y su complejidad consumía cada día más recursos de su fundador.

Ahora descansaba sentado al borde del río Tajo, justo en la desembocadura, junto a la Torre de Belém. No era la primera vez que iba a Portugal, pero en esta ocasión estaba recorriendo casi todo el país, visitando ciudades de donde le llegaban peticiones de fundación, acompañando a las hermanas de La Fraga, y conociendo la naturaleza y la cultura del lugar. Veía correr el agua, formando río arriba aquel grandioso estuario del Mar de la Paja.

Estas corrientes no sabían nada de las tempestades de aquellas otras, de aquel cauce que pasaba turbulento por Tortosa. Aquí solo había tranquilidad, el movimiento diario de la gente, actividad, y luz. Algunas barcas cruzaban por la desembocadura, conectando una y otra orilla del imponente curso fluvial. Se sentía lejos de sus problemas, lejos incluso de la actividad enfebrecida de la Compañía.

Cruzar la frontera había sido para él como un viaje hacia la paz. Ciudad Rodrigo, lugar que pensaba volver a visitar, había constituido el punto de inflexión de todo su viaje. Allí había conocido al obispo Mazarrasa y algunos sacerdotes que querían que fundara una escuela, y estaban dispuestos a prestarle, para ello, el antiguo colegio de San Agustín. El trato con aquella gente, que nada sabía de sus cuitas y de sus problemas, supuso un soplo de aire fresco para él, que se sentía acorralado por problemas con la Iglesia. En Ciudad Rodrigo se encontró con su íntimo amigo Lorenzo Gonçalves, y de allí iniciaron la aventura portuguesa el 21 de octubre de 1886, el mismo día que el Dr. Juan Comes dictó, en Tarragona, la sentencia contraria a Enrique de Ossó en el pleito del colegio-noviado que había construido al lado del convento de las carmelitas.

Ossó y Gonçalves, ajenos a lo que sucedía en Tarragona, tomaron el tren en la antigua Mirobriga, y se adentraron en Portugal a través de Puente de Oñoro y Villarformoso. En la frontera, cuando la locomotora paró, empezó a correr la voz de que el famoso fundador Enrique de Ossó estaba en uno de los vagones. Pronto fue imposible dar abasto a toda la gente que se acercaba pidiendo estampas y bendiciones. Los dos sacerdotes respondían con toda la atención posible, aunque se quedaron casi sin material para el resto del viaje.

Los paisajes de Portugal, sus gentes, habían impactado a Enrique. No paraba de describir la naturaleza de La Fraga, la arquitectura del convento en el que estaba instalado el colegio, las necesidades educativas que encontraba en todo el recorrido. Mosén Lorenzo se había esforzado en hacerle el trayecto agra-

dable. El momento más divertido había sido cuanto habían tenido que llegar a la Fraga por un camino tan inhóspito, que tuvieron que echar mano de cabalgaduras. Pero Ossó, a sus cuarenta y seis años, hacía tiempo que no montaba, y ya no estaba como cuando era joven. Se había aburguesado un tanto con el tren, las tartanas que le esperaban en todas partes, y los modernos medios de locomoción... Además, había puesto bastantes quilos a su cuerpo, y demostró encima del caballo que ya no tenía la agilidad de antaño.

— Enrique, —le dijo Lorenzo, que llegaba de un paseo para sentarse a su lado en el suelo a la orilla del Tajo—. ¿Ya le has dicho a Saturnina lo de la fundación de Torres Novas que vimos ayer? Hay que hacerlo rápido, ya que las condiciones son inmejorables.

— Esta noche la escribo. Estoy un poco perezoso, sin muchas ganas de precipitarme a la hora de comprometerme en cosas que no sé si la Compañía podrá asumir. —La voz del sacerdote resonaba un tanto cansada, aunque tranquila. Lorenzo vio que no iba a decir nada más.

— Pues procura disimular este estado de ánimo cuando la escribas. A la Compañía le hace falta vigor, no prudencia. Ya sabes lo que pienso. —El catalán seguía mirando la corriente del enorme estuario, aparentemente sin prestarle mucha atención. Así que le propuso: —Vamos a comer unas bolachas, unos pasteles de Belém. No te resistas, porque no podemos abandonar Lisboa sin probarlos.

Al minuto, los dos sacerdotes se encontraron caminando delante del monasterio de los jerónimos, hasta que llegaron al lugar especial que indicó el sacerdote portugués. Se sentaron, y pidieron unos pasteles, que no tardaron en salir.

— ¿Qué has decidido? —preguntó Mn. Gonçalves.

— ¿Qué he decidido sobre qué? —Enrique de Ossó no se encontraba en disposición de tocar temas trascendentales, degustando como estaba su magnífico pastel.

—Sabes muy bien de qué hablo. Ya has visto cómo es Portugal, cómo te tratan aquí, cómo aprecian tu obra. Allí te desprecian, Enrique. Van a destruir tu noviciado, te ponen pleitos por todas partes, te dejaron la casa madre y noviciado sin sagrario ni misas durante casi dos años. Abandona la diócesis de Tortosa. Ven a Portugal. Trae el noviciado aquí. Tendrás muchas vocaciones, tendrás las condiciones que deseas para llevar a cabo tu obra.

Ossó no decía nada. Estaba acabando su bolacha, mirando de lejos el río y, más allá, el mar que se abría en un océano casi infinito.

—No vendrás, ¿verdad? No dejarás Tortosa.





Terra Alta, junio de 1876

—No se os pide que seáis monjas, sino que seáis cristianas de veras en vuestro propio ambiente. Así, mediante el conocimiento de los escritos de Santa Teresa, y la práctica de sus virtudes, el mundo se transformará en poco tiempo.

Enrique de Ossó hablaba en la imponente iglesia parroquial de Corbera, un pueblo al norte de la Diócesis. Como toda la zona, era de difícil acceso desde Tortosa, puesto que se tenía que cruzar la Serra de Pàndols y de Cavalls. Los caminos tortuosos eran muy bien conocidos por la gente de la comarca, y evitar un viaje era bastante aconsejable. Por esto decidió llegar al pueblo por la parte de atrás, desde Vinebre, y dedicar unos días a estar por toda aquella tierra de secano, aprovechando al máximo sus movimientos.

Había dejado Tarragona el día 5 por la mañana, después de haberse reunido con las jóvenes con las que quería empezar el más grande de sus proyectos. Después de dormir dos noches en Vinebre, salió para Corbera el día 7 por la mañana, y el 7 por la tarde ya estaba instalando, como a él le gustaba decir, la Archicofradía en aquel pueblo separado del Ebro por la imponente cordillera.

Como en todos los lugares en que repetía el mismo mensaje, el mismo rito, desde aquel 12 de octubre de 1873, la Iglesia estaba llena con todas las jóvenes del pueblo. Normalmente, su llamada teresiana encontraba eco, la asociación quedaba instituida y se empezaba a trabajar inmediatamente. En Corbera, como en toda la diócesis, vio a jóvenes payesas que trabajaban

en el campo la mayor parte del año, se casaban jóvenes y, aunque iban a la escuela, no tenían muchas oportunidades de formarse más allá de la enseñanza básica. Muchas habían llegado de masías cercanas, ya que la población estaba muy dispersa, y en ocasiones llegar hasta el pueblo al que pertenecía la masía costaba casi un día. Las *masoveras* se solían apuntar también a la Archicofradía, pero Enrique sabía que sus posibilidades de participar en los encuentros y actividades eran nulas. Muchas tenían una idea muy vaga de Dios, con frecuencia no sabían ni leer ni escribir, y pocas veces tenían la ocasión de contactar con seres humanos más allá de su familia y *masoveros* más cercanos.

Enrique atendió a todas las jóvenes que se acercaron a él después de la ceremonia. Algunas tenían un gran interés en organizar la asociación en el pueblo. Él sabía que, además de otras cosas, les estaba ofreciendo un medio para hacer su vida menos monótona. Algunas eran muy jóvenes, otras ya casi se iban a casar y dejarían aquel estilo de vida. Al atardecer, cuando ya oscurecía, mientras la tartana daba pequeñas sacudidas por los caminos que ascendían los trescientos metros de desnivel entre Corbera y La Fatarella, el sacerdote se sonreía. Con aquel ejército, y no con otro, quería cambiar el mundo.

Del 8 al 12 de junio el pueblo de la Fatarella vivió un hecho sin precedentes. Casi todas las jóvenes dejaron sus trabajos para dedicarse a hacer ejercicios espirituales. En otra época del año, no habría sido fácil convencer a las familias que trabajaban en el campo para que las doncellas del pueblo dejaran sus quehaceres. Pero Ossó elegía bien las fechas. En el mes de junio no había ninguna cosecha importante, y en el verano, en el campo catalán, solo había que recolectar los cereales, muy poco cultivados en aquellos pueblos montañosos. Así que las jóvenes aprovechaban aquellos días de caluroso pre-verano para concentrarse en la iglesia de San Andrés a realizar actos piadosos, y para aprender aquel ejercicio tan particular que Mn. Enrique enseñaba, llamado oración mental. Entre las integrantes de la Archicofradía que asistieron a aquellos ejercicios, destacaron las

hermanas María Dolores y Matilde Balsebre, de quienes el fundador tomó buena nota mental antes de irse, y no olvidó.

Para Ossó, fueron días de descanso, aunque la temperatura poco lo permitía. Su mente trabajaba como enloquecida, y su espíritu ardía sin descanso, pero los días de silencio en aquel paraje aislado lo fueron calmando, esperando que se acercara el momento del establecimiento de su otra obra, en la que tenía puestas todas sus esperanzas, la Compañía de Santa Teresa.

El día 13, al acabar los ejercicios en La Fatarella, el director de la Archicofradía bajó hacia Gandesa para instalar allí la asociación y continuar con su gira apostólica. El resultado de su predicación repitió los esquemas que se iban dando en todos los pueblos: iglesia llena, entusiasmo de las jóvenes, gran expectación por conocer al sacerdote que estaba movilizandando toda la diócesis. Estuvo en Gandesa un único día, ya que tenía que pasar por Móra d'Ebre y Móra la Nova, para llegar después a Calaceite, su objetivo más importante en aquel recorrido agotador. Pero en el poco tiempo que pasó en el pueblo conoció a una joven que le pidió dirigirse con él. Se llamaba Agustina Alcoverro. Tenía unos veinte años, y era fácil darse cuenta de la clara inteligencia de la joven.

El 17 de junio, por fin, pudo llegar a Calaceite. Era la primera vez que iba después de la muerte del cura párroco Domingo Laporta, íntimo amigo suyo. Gracias a este sacerdote, la Archicofradía se había instalado allí en febrero de 1874, solo cinco meses más tarde que en Tortosa. El Dr. Laporta, como él lo llamaba, era un gran teresiano, y Enrique pensaba que lo iba a tener como socio y apoyo mucho tiempo... Pero no había sido así. En cambio, la fuerza de la Archicofradía en el pueblo no iba a decaer, y de esto estaba seguro, ya que Saturnina Jassá, la mejor teresiana que conocía, se ocupaba de esto. En aquel viaje, además de fortalecer la asociación después de la pérdida del sacerdote, tenía otra intención, convencer a Saturnina para que se uniera a la Compañía. Desde que había soñado su obra, le había puesto un rostro, y era el suyo. Pero la joven, o quizás su madre, soñaba mejor con ser carmelita, y su respuesta fue reacia.

El 19 de junio salió de Calaceite en dirección a Tortosa. Hizo paradas en Caseres, en Batea el día 20 y en Aldover y Xerta el día 21.

El día 22 salió de Tortosa otra vez en el tren en dirección a Tarragona. Tres jóvenes fueron con él para unirse a los ejercicios que iba a dar al grupo y decidir si querían ser teresianas: Basilisa Bielsa, Dolores Boix y Dolores Piñol. En su corazón llevaba un nombre de futuro, que no iba a dejar escapar: Agustina Alcoverro... y el dolor de lo que sentía como un fracaso personal, el no haber podido convencer a Saturnina Jassá para que apostara por su proyecto.





Maella, 7 de mayo de 1884

Enrique se sentía en Maella como en su casa. El pueblo, encabezado por el párroco Ramón Aranda, había acogido con entusiasmo a las hermanas en 1879. También el alcalde, y los maellanos en general, habían visto en la Compañía la manera de arreglar las grandes carencias en educación de uno de los lugares más poblados de la zona, con más de tres mil habitantes.

Aunque no pertenecía a la diócesis de Tortosa, Maella estaba quince kilómetros de Batea, el pueblo de su abuela, de donde venía su familia y donde estaba instalada la archicofradía desde 1876, y poco más de diez kilómetros de Calaceite, uno de los enclaves más teresianos que conocía.

El actual párroco, José Casadó, había demostrado ser un gran teresiano que tenía mucho cuidado de las hermanas y valoraba en gran medida su misión. Ossó ya no se atrevía a usar la palabra amigo con facilidad. Y cada vez que venía a Maella, no podía evitar recordar los inicios, con Mn. Aranda y su apasionado teresianismo. El sacerdote, ya canónigo de Zaragoza, había impulsado la fundación de La Almunia. Pero el dinero se había metido de por medio y la amistad desapareció rápidamente. Ossó había tenido que sufrir en los últimos años las invectivas y denuncias del antiguo colaborador, dificultando el trabajo a las hermanas y poniendo en riesgo la misma fundación de la Almunia. La historia se repetía una y otra vez. En Tortosa, sus tres socios habían llegado muy lejos. Auxachs, Sánchez y Peñaroya, con las carmelitas, habían conseguido que el noviciado fuera puesto en entredicho, y ya hacía casi

dos meses que las hermanas no podían tener allí el Santísimo, ni celebrar misa.

Mientras estaba en Maella intentaba desvincularse de los problemas del pleito, de la Compañía, y de los mil litigios en que se veía envuelto. No era fácil, aunque los retrasos que se estaban viviendo con el correo, cada vez más impuntual, ayudaban un poco. Las noticias de Tortosa eran escasas, y sus viajes y estancias en otros pueblos de la diócesis, prácticamente in-comunicados por una orografía casi insalvable, le ayudaban a recuperar la paz.

Paseaba desde la casa y colegio de las hermanas, en el antiguo convento de los franciscanos, en la parte baja del pueblo, hasta el castillo y la iglesia, justo en la cima. Le gustaba hacer su oración mirando al río Matarraña, disfrutando del silencio de las horas centrales del día, mientras la gente estaba en el campo. Después, mientras caminaba por las calles volviendo al colegio, no podía dejar de hablar con las mujeres, que le ofrecían cerezas o la verdura que acababan de recoger del huerto, o con los mayores del pueblo, que le contaban aventuras de las muchas guerras que habían vivido. Todos conocían a sus parientes, los Catalá de Batea, puesto que los dos pueblos tenían mucha relación, y oía con paciencia las explicaciones sobre la última vez que los habían visto, y sobre cómo se les habían helado ese año las almendras.

Aquel día aprovechó también para ver cómo las hermanas habían organizado el funcionamiento de las clases. Todos los niños, que ya lo conocían, se le tiraban encima y le pedían *anissos*⁵, pero él no les daba nada hasta que habían aprendido su lección. Luego, salía con ellos a la era que había delante del convento, se los subía a la espalda y jugaban al *conillet a amagar*⁶, hasta que Concepción Pámies, que era la directora, volvía a llamarlos.

Desde ya hacía casi un curso completo, en Maella se hablaba la casa de estudios de la Compañía. En el segundo año

⁵ Caramelos de anís.

⁶ A esconderse.

de noviciado las educandas se trasladaban al pueblo, donde se preparaban, con la ayuda de Mn. José Casadó, para obtener su título de maestras, si es que no lo tenían. El resto, ayudaban en el colegio. Con la estrategia de llevar a las novicias de segundo año hasta los confines de la diócesis, a las orillas del Matarraña, había conseguido que las jóvenes se escaparan del ambiente enrarecido de Tortosa. En la sede episcopal, cada vez más sacerdotes se apartaban de la Compañía. La mayoría se unían sin pensar mucho a la voz preponderante y consideraban que el fundador había actuado como un ladrón edificando el noviciado en los terrenos que la Sra. Magdalena de Grau le había dado para construir solo el convento de carmelitas.

Aquella tarde noche, aprovechó para dar a las novicias y las profesas una charla sobre la importancia del objeto de la Compañía de Sta. Teresa de Jesús, encargando a las hermanas que se penetraran bien de su misión, y vivieran exclusivamente para ella. Tanto las novicias como las profesas le escuchaban con atención, pero él se dirigía a dos en especial que en unos días iban a empezar una nueva aventura: Montserrat Fitó, y Francisca Ferrer.

Al día siguiente, ocho de mayo, por la mañana, salió a pasear por la carretera de Calaceite, esperando encontrar a la comitiva que venía desde el pueblo vecino.

* * * * *

Saturnina Jassá había recalado en Calaceite la tarde del 7 de mayo de 1884, procedente de Tortosa. No llegaba sola, sino acompañada del sacerdote Lorenzo Gonçalves, íntimo amigo de Enrique de Ossó y, por extensión, de la Compañía, y de las hermanas Ramona Alcoverro y Encarnación Montfort. Les había costado llegar al pueblo de la fundadora, puesto que al pasar por Gandesa la mayor de las Alcoverro había pedido parar a saludar a su familia, y habían acabado comiendo en la gran casa de los Alcoverro Font, vecina a la Iglesia parroquial.

El viaje no era largo, pero bastante incómodo, a causa del camino repleto de curvas y polvo, más propio de cabras que de

personas. Ya en Calaceite, la expedición descansó y se quedó a dormir en la casa pairal de los Jassá, en el centro del pueblo. A la madre de Saturnina, que había soñado que su pequeña fuera monja de clausura, le exasperaba la movilidad de su hija, su hiperactividad apostólica. No entendía por qué no pasaba nunca quince días seguidos en el mismo lugar, por qué había comprometido su vida con una organización de estructura inestable cuya vida era eminentemente incierta. Además, las aventuras de la hija menor repercusión en toda la familia. Gregoria, su hermana, recibía constantemente teresianas que iban de un lado a otro. La tensión era palpable entre las dos hermanas y la madre, y esto había hecho que se decidiera, ella misma, a hospedarse en su casa, para tratar de acercarse a los suyos.

A la mañana siguiente salieron en dirección a Maella, donde ya les esperaba el fundador y las hermanas. El camino era corto, y no tardaron en ver la figura del pueblo sobre la montaña, con el castillo en ruinas que sobresalía en su cima. Pocos kilómetros antes de llegar, se encontraron con el sacerdote de Vinebre, que estaba paseando mientras esperaba su llegada.

* * * * *

Del 8 al 11 de mayo de 1884, la superiora general de la Compañía, Saturnina Jassá, y las cuatro hermanas que se disponían a ser las fundadoras de La Fraga, Portugal, hicieron unos días de retiro en Maella. Eran Montserrat Fitó, Ramona Alcoverro, Francisca Ferrer y Encarna Montfort. Enrique de Ossó les dirigió los ejercicios, haciendo un especial hincapié en la misión que tenían encomendada, y en la determinada determinación teresiana de nunca volver atrás.

Enrique y su amigo Lorenzo aprovechaban el tiempo para pasear, rezar y poner concreción a sus sueños sobre las fundaciones de Portugal. A pesar de haber recibido, mediante Saturnina, muchas cartas de Tortosa, Enrique intentó no inquietarse, y se centró en la atención espiritual a las hermanas y las educandas, en los niños, y en disfrutar de la naturaleza.

El domingo 11 de mayo por la tarde tuvo lugar el envío de las hermanas de la Compañía a fundar a Portugal. Ossó quiso que fuera José Casadó el que predicara en aquella ocasión tan especial, la primera fundación de la Compañía fuera de España.

El día 12, al amanecer, las cuatro fundadoras, la General y el Padre Gonçalves partieron en tartana hacia Zaragoza, próxima parada de su viaje. Las educandas y las profesas salieron a despedir a la comitiva. Enrique de Ossó, saludó y consoló a cada hermana, especialmente a Encarna Montfort, que tenía diecinueve años y nunca había salido de la diócesis de Tortosa. Les aseguró que la santa andariega iba a estar con ellas durante todo su viaje, y para siempre.

Cuando todos se hubieron ido, Enrique esperó a que las carretas de los agricultores salieran hacia Batea e inició con uno de ellos su viaje de regreso a Tortosa. Mientras subía la montaña en dirección al pueblo de sus antepasados, sintió que su árbol, aquel que había plantado hacía pocos años en Tortosa, en la Iglesia de san Antonio, estaba extendiendo sus raíces. Entonces se sintió enormemente responsable de todas aquellas jóvenes que, confiando en sus palabras, habían puesto en juego su vida para cambiar el mundo.



Ermita de Migcamí, 1 de abril de 1876

— Mossèn Enric, ¿tiene otro confite?

— En seguida os doy otro a todos. Entremos a despedirnos de la *Mare de Déu*⁷ y después confites y agua antes de bajar.

Ya atardecía y quería que todos los niños llegaran a sus casas antes de que se hiciera de noche. Por muchas razones, Enrique de Ossó estaba especialmente cansado aquel 1 de abril de 1876. — ¿Qué canto cantamos? — le preguntaba un pequeño mientras se colgaba de su sotana. Acababa de llegar de uno de los muchos viajes que estaba haciendo a Tarragona en los últimos meses. Poco a poco, todos los niños iban entrando a la ermita. Unos llevaban florecitas que habían recogido; otros, piedras con formas curiosas; algunos, mariquitas rojas con sus lunares negros; los más valientes, saltamontes. Todos le dejaban su regalo a la Virgen mientras se situaban a su alrededor en la medida que podían, pues eran demasiados. Los últimos en colocarse fueron los que habían buscado y encontrado las estrellas que la Reina del Cielo había dejado caer de su manto sobre la roca cuando había pasado por su predilecta ciudad de Tortosa. Los niños enseñaban orgullosos las estrellas que habían encontrado y las depositaban junto con todos los demás regalos.

— *De Jesús soy ovejita, y es mi estandarte la cruz..., Viva Jesús.*

⁷ Virgen.

Los niños ya entonaban el canto del *Viva Jesús* mientras él se sentía fuertemente desasosegado. Experimentaba como un vacío extraño al contemplar a aquellos pequeños por cuya educación y catequesis tanto había luchado. Una punzada de fracaso le nacía desde el estómago y, a la velocidad de la luz, quemando todo lo que encontraba a su paso, llegaba hasta el corazón y casi le impedía respirar. No había previsto todos los inconvenientes que iban a aparecer con aquellas jóvenes que tenía en Tarragona... Doña Magdalena no había cumplido sus promesas, las chicas estaban desilusionadas, su sueño de formar maestras se diluía... Sabía que a pesar de que no había salido bien, allí había algo valioso... pero no veía cómo recomponerlo. Mientras el coro de niños de la catequesis y de fundadores de la Hermandad Josefina avanzaba en el canto, su pensamiento se alejaba de aquella ermita, y se posaba en algún lugar indeterminado y oscuro donde, por una vez, no había ninguna idea que proponer.

—*Viva Jesús, viva Jesús, viva Jesuuuuuús...* —Sonaban las últimas notas del himno, y ya había que bajar. Acababa la celebración de la clausura del mes de San José. Otra cosa empezaría la semana que viene, puesto que al día siguiente era ya Domingo de Pasión. Así se sentía su ánimo en aquel momento, más inclinado a identificarse con la Pasión de Jesús que a inventar actividades con los niños.

—Ya se acaban de colocar en fila los pequeños, mosén. Ya podemos empezar a bajar. —Hablaban Joan Balaguer, carpintero y uno de los fundadores de la hermandad Josefina. Él y su hermano Manuel habían subido a ayudarlo con los niños después de los festejos de la mañana.

—Adelante, vamos bajando —dijo el sacerdote, que se puso al frente del grupo y empezó a entonar *El niño de Belén*.

Después del fracaso de la Pía Unión de la Inmaculada, había querido intentar otra vez crear una asociación masculina, pero en esta ocasión las reglas estarían claras desde el principio. La juventud le había jugado una mala pasada con su primera aso-

ciación. Se había permitido soñar junto con los jóvenes, y se habían dejado llevar por la ilusión. Habían proyectado una asociación mixta, masculina y femenina, que se dedicaría a María y que tendría que expandirse por todas partes. Pero él mismo, despertó de su ensoñación ya antes de ir a ver al obispo en febrero de 1874. Cuando le expuso su idea en una de sus recurrentes visitas, que cada vez enervaban más a don Benito, ya sabía que era una locura. El obispo jamás permitiría una agrupación laica católica formada por hombres y mujeres. Aquella vez, la respuesta que obtuvo fue un no rotundo. Y aquel fue el fin de la congregación de labradores, Pía unión de la Inmaculada.

Ahora era diferente, existía la archicofradía y los espacios estaban bien delimitados. Los fundadores de la Hermandad Josefina habían firmado los estatutos el 15 de marzo, y esta era su primera clausura del mes de San José.

Seguramente era el mes más denso de su vida. Su mayor problema, su dolor punzante, eran las jóvenes que tenía en Tarragona, estudiando, decepcionadas con el trato de la Sra. Magdalena Mallol. Pero también tenía que ocuparse, en paralelo, de la hermandad, los planes de lo que llamaba rebañito, los ejercicios espirituales continuos en distintos pueblos inaccesibles, la institución de la Archicofradía en parroquias de toda la diócesis y más allá, y el convento de carmelitas de Jesús, que seguía adelante con demasiadas contradicciones. Todos los acontecimientos, los problemas, las ilusiones, los fracasos... todo ocupaba un lugar preeminente en su agudo dolor de cabeza.

— Mossèn, ahora jugamos a *Conilllets a amagar*...

Aquel día, bajando de Migcamí, mientras repartía confites, veía el sol que se empezaba a esconder detrás de las montañas del Port.

Al llegar a la ciudad se fue directo a su habitación de la casa de la calle del Vall. Necesitaba descansar. Aunque la hermana de mosén Alabart quería prepararle algo para cenar, él solo pensaba en dormir. Se encerró en su cuarto y se estiró en la cama

en un ambiente oscuro para mitigar en lo posible su dolor de cabeza y su inquietud de alma. En frente, tenía una imagen de Teresa de Jesús que se había comprado en uno de sus viajes a Barcelona. Tenía un rostro un tanto sufriente, como de Virgen Dolorosa, pero a él le parecía que era la más bella de las tallas de la Santa. La muceta de doctora, los pies entre unas nubes de ángeles. La contemplaba encomendándole todos sus negocios. Entonces, de pronto, le pareció que levantaba su mano izquierda, sosteniendo un blasón con el lema Viva Jesús, que los niños habían cantado tantas veces aquel día. Luego sintió cómo la Santa alzaba también su brazo derecho y le invitaba a levantarse, a seguirla, a traspasar el umbral de toda temeridad. Su rostro ya no era sufriente, sino firme y tranquilo, mientras su mano se erguía poderosa como la de un capitán que ordena unirse a la tropa y empezar el camino. Esta figura, esta transformación teresiana, lo tranquilizaba a la vez que le urgía a ponerse en marcha. Y mientras miraba fijamente aquel estandarte, aquel gesto decidido... se quedó dormido.

Unas horas más tarde, ya de madrugada, se despertó sobresaltado y se dio cuenta de que estaba vestido encima de la cama. Se levantó y se fue a su escritorio. Acababa de tener una idea. Empezó a escribir: *Plan o idea de la Compañía de Santa Teresa de Jesús...*

Fin. Regeneración del mundo por la educación de la mujer según el espíritu de Santa Teresa de Jesús.

Medios. En cada capital de Diócesis habrá una casa Colegio donde se formen las jóvenes que han de ser maestras...

[...]

¿Dios lo quiere?

¿Jesús lo quiere?

¿Teresa lo quiere? Parece que sí.



Tortosa, 19 de septiembre de 1886

—Explíqueme, entonces —decía Ramón Cerveto— ¿Cómo tengo que poner la mano? Usted me dijo alargada, como de capitana.

—No, yo le dije de capitana, pero no alargada. —Con sus escasas dotes para el dibujo, Ossó intentaba hacer un croquis de cómo quería que fuera la nueva imagen de la Santa.

—Ah, ya entiendo entonces. Es como si dijera: «pase usted».

Desde que a Enrique de Ossó le había entrado la fiebre teresiana, Ramón Cerveto llevaba casi cien Santas de talla. El escultor tortosino era un hombre muy apegado al sacerdote de Vinebre, pero no le acababa de gustar que el fundador de la Hermandad Josefina le bloqueara la creatividad. Usted haga lo que le parezca, le decía, y después venía a explicarle exactamente todo lo que tenía que hacer, aunque tuviera que tirar imágenes ya empezadas. Primero fueron las santas con el corazón en la mano. Después con el libro, la pluma, y el espíritu santo. Y siempre.... siempre, con muceta y birrete de doctora.

Ya hacía tiempo que le venía comentando que quería cambiar el diseño, pero como siempre estaba de viaje y embebido en mil tramas, el artista aprovechaba las largas ausencias de Ossó para ir introduciendo algunas innovaciones. Finalmente, en cambio, aprovechando que estaba dando unos ejercicios a las más de cincuenta teresianas que vivían ya en la casa colegio noviciado de Jesús, se había tomado un pequeño respiro para visitarlo.

A Enrique le encantaba lo que veía. Era una santa esbelta, de cara serena, vestida con hábito de carmelita pero con los atributos de doctora. En la mano izquierda sostenía una bandera blanca donde se leía ¡Viva Jesús! El detalle que más le gustaba era que esta se apoyaba sobre la esfera terrestre, como signo de que el teresianismo tenía una vocación de universalidad, que venía con la clara misión de no parar hasta haber transformado el mundo. Lástima que Cerveto no hubiera entendido cómo tenía que representar a la capitana que arenga a sus hijos a seguirla mostrándoles la bandera e invitándolos a la lucha.

—Ya entiendo, ya entiendo... —El señor Ramón iba asintiendo, posando su vista en los gestos del sacerdote y en su desmañado dibujo sucesivamente— ¿Y de dónde ha sacado esta representación? ¿Dónde ha visto usted que dibujen a la Santa de esta manera?

* * * * *

Ossó abandonó el taller de Cerveto en el centro de Tortosa con el tiempo justo para llegar a Jesús a dar la plática de la noche. Los ejercicios de las hermanas eran también un tiempo de meditación para él. Por esto había decidido estar lo más tranquilo posible en la casa de Jesús hasta el día 27, en que acabarían. Aunque tenía una larga trayectoria de director de ejercicios, encontrarse frente a cincuenta hermanas, en aquella casa, ante el torbellino de problemas que lo acuciaban, le creaba una cierta inquietud. Por esto la tarde anterior, nada más llegar, empezó a preparar meticulosamente las pláticas. No quería que nadie notara ningún resquemor, ningún reproche, ni un atisbo de rabia y frustración, aunque por dentro tuviera que contener el torrente de sentimientos que vivía.

Un coche le esperaba antes de pasar el puente para ir a Jesús. Subió y le pidió que se dirigiera al noviciado sin entretenerse, pues ya andaba justo de tiempo.

Había llegado en tren a Tortosa dos días antes, el 17 de septiembre, procedente de Tarragona. Allí se había entrevista-

do con el Dr. Comes, el nuevo juez encargado del caso del pleito. El juez anterior, Juan Bautista Grau, que se había mostrado muy favorable a sus tesis, dimitió misteriosamente a finales de junio. El secretario personal del Dr. Grau, Francisco Marsal, era también uno de los mejores amigos de Ossó. De forma muy discreta, Marsal le había hecho llegar la confirmación de que Grau iba a fallar a su favor. Fue entonces cuando, de pronto, mientras él se encontraba en Jesús esperando la resolución final del juicio, el juez eclesiástico se apartó del caso. La sentencia nunca vio la luz. Ni Grau ni Marsal quisieron hacer ningún comentario.

Juan Comes Vidal, el nuevo instructor del caso, fue bastante claro con él. Le parecía que él era el culpable de todo con sus enredos, y que no había sido en todo caso ni franco ni leal. Y por tanto, le instaba a que no esperara ninguna sentencia favorable. Lo que más le dolió a Enrique de Ossó, fue que Comes usaba las mismas palabras que le había oído a Vilamitjana por boca de Peñarroya. Es decir, no era más que el vocero del arzobispo de Tarragona, antiguo obispo de Tortosa y protector de la Compañía, que era ahora su más enconado y poderoso enemigo.

Con todo esto, se acercaban días de celebraciones. El 26 de septiembre, en Reus, Juan Bautista Grau iba a ser consagrado obispo de Astorga. Ossó había estado seguro de que el antiguo juez estaba de su lado, pero no sabía qué pensar después de su repentina dimisión. Aunque conociendo a Vilamitjana, era casi seguro que se debía a sus manejos. ¿Le había ofrecido el poderoso prelado una diócesis al juez eclesiástico a cambio de no fallar a favor de Ossó? Grau lo había invitado a la ceremonia de consagración, pero él no quería de ninguna manera aparecer en público delante del arzobispo de Barcelona, el obispo de la Seu, y probablemente el de Tarragona. Su espíritu no estaba lo suficientemente en paz como para asistir.

Había aún otra celebración que tenía que gestionar con delicadeza. El 24 de septiembre el arzobispo de Tarragona celebraba los cincuenta años de su ordenación sacerdotal. Por supues-

to, no estaba invitado, pero esto no significaba que no tuviera que tratar a Don Benito Vilamitjana con educación.

Le urgía llegar a la casa para dar la plática de la noche y para escribir a Saturnina, que estaba en Barcelona, para que arreglara la presencia de hermanas en las dos conmemoraciones, e hiciera notar en ambas el apoyo de la Compañía.



Alba de Tormes, 27 de agosto de 1877

La amplia sacristía del convento de los carmelitas en Alba de Tormes estaba abarrotada de gente. Este había sido un común denominador de toda la peregrinación que ya tocaba a su fin. Desde su asiento en segundo plano, Enrique de Ossó contemplaba con satisfacción a todas aquellas personas enfervorizadas y culpaba del éxito de aquella manifestación a Teresa de Jesús.

En el lugar preferente, se encontraban los prelados asistentes a la peregrinación. El obispo de Oviedo, Mn. Benito Sanz Forés, el de Ávila, Francisco José Sánchez Carrascosa Carrón, el de Salamanca, Narciso Martínez Izquierdo, y el obispo de Eumenia y administrador apostólico de la Baja California, Ramón Moreno. Durante todo el viaje, Enrique había cuidado mucho que los obispos estuvieran en primer plano, quedando él relegado a un discreto segundo término. Solo cuando se requería la presencia de un representante de Tortosa, la diócesis organizadora de tan destacado evento, Ossó tenía que salir a la palestra, a falta de la presencia del obispo Vilamitjana, que había preferido delegar en él toda responsabilidad. Ahora, él estaba sentado junto con los más de ciento cincuenta sacerdotes que habían acompañado a los peregrinos por las tierras castellanas. Era un gran triunfo, y él lo sabía. Tanto clero movilizado para rendir homenaje a una mujer. Tantas personas entusiasmadas con un mensaje que él había sido capaz de transmitir con éxito. Allá sentado, invisible para casi todos, saboreaba por dentro un éxito que le hacía mirar con esperanza el futuro.

Ramón Moreno, situado, como en todos los actos que habían tenido lugar en la peregrinación, en un lugar preferente, miraba admirado la muchedumbre apiñada en la sacristía, sin que al parecer importara el calor intenso de aquel día de agosto, ni la incomodidad, ni la angostura. Allí, en segunda fila, sentado entre los sacerdotes, veía a Enrique de Ossó, joven, vital, arriesgado. Lo admiraba desde que, sin conocerlo, había sabido de la peregrinación y del movimiento teresiano que había iniciado. Lo envidiaba desde que, en la estación de Ávila, había comprobado su impresionante capacidad de movilización. Lo reverenciaba desde que, en el viaje de Ávila a Salamanca, fue consciente de que aquel muchacho había hecho construir una vía de ferrocarril que realizó su viaje inaugural para que pasaran los peregrinos que se dirigían a Alba de Tormes. Lo miraba con infinita curiosidad desde que lo había sorprendido, en Salamanca, apartándose del grupo para realizar su particular peregrinación por los lugares de Fray Luis de León, sin duda su poeta preferido, que lograba conmoverle el alma, como después había sabido, hasta lo más profundo. Y lo necesitaba desde que supo que ese loco teresiano había ideado una congregación de monjas que no parecieran monjas para cambiar el mundo mediante la enteresianización de sus ideas, sus costumbres, y su modo de relacionarse con Jesús. En esto, empezó la reunión con un discurso de D. Benito Sanz Forés, obispo de Oviedo. Pero Moreno ni siquiera lo oía. Se imaginaba a aquellas mujeres en México, conquistando la República, haciendo temblar los fundamentos del laicismo...

Saturnina Jassá apenas se distinguía entre todos los asistentes que escuchaban las palabras de monseñor Sanz. De alguna manera, sentía que estaba asistiendo a un acontecimiento histórico. Y esto sin merecerlo. Hacía justo unos meses, en mayo, se había unido al grupo de jóvenes que se preparaban en Tarragona para iniciar una nueva congregación, que ellas llamaban ya Compañía de Santa Teresa. Y llevando un año menos que otras en la comunidad de formación de la ciudad catalana, Don Enrique la había elegido a ella para representarlas en la pere-

grinación. Como había pertenecido a la Archicofradía desde el principio, no tuvo ningún problema en adaptarse y comprender cada uno de los actos, las celebraciones. Hasta el momento, todo habían sido demostraciones de piedad. Ahora, se encontraba como testigo en el nacimiento de algo nuevo. Debemos *excogitar medios para honrar como se merece a la gran mujer, la gran escritora y la gran Santa, Teresa de Jesús, honra singular de nuestra patria, envidia de extraños, admiración de todo el orbe* —decía el obispo con su particular estilo florido. *Debemos proponer un medio universal que los abarque todos para honrar a Teresa, y después otro particular, que sean practicados por algunos.* Aunque el estilo era personal, todas estas formulaciones las había oído muchas veces. Enrique de Ossó no tomó la palabra aquel día, sino que lo hicieron todos los obispos asistentes para recalcar las mismas ideas, que habían nacido, bien lo sabía ella, del fundador de la Compañía y la Archicofradía. También conocía, antes de llegar a Ávila, cuál iba a ser el nombre de la asociación que al parecer estaba naciendo en aquella reunión: Hermandad Teresiana Universal.

Las cosas que a Teresa de Jesús dicen relación deben considerarse bajo tres aspectos: su invocación o culto, su doctrina, su santidad y virtudes, o sea su imitación. Juan Bautista Altés tomaba nota apresuradamente de las palabras que ahora estaba dirigiendo a la asamblea monseñor Carrascosa, obispo de Ávila. Después habló el obispo de Salamanca, Martínez Izquierdo: *Tortosa, como centro del nuevo movimiento teresiano que se observa de un lustro a esta parte, recibe hoy la gratísima encomienda de promover la imitación de la Santa, haciéndola conocer y amar por todos los corazones. Esta obra de celo pertenece a Tortosa, que ha despertado y estimulado a tantos corazones al amor y seguimiento de Santa Teresa de Jesús. Y Tortosa acepta con gusto este encargo y confía, con la ayuda del cielo, cumplirlo con todas sus fuerzas.* Altés levantó la vista del papel, al oír estas palabras, y buscó la mirada de Enrique, que permanecía inmóvil e impasible, oyendo los discursos de los preladados, sin hacer un solo ges-

to que dejara traslucir emoción. Pero él sí sentía en su interior una alegría electrizante. Ossó y su trabajo reconocidos, Tortosa en el centro del teresianismo, todo un camino por recorrer para extender e internacionalizar la Hermandad. Tenía que darse prisa en escribir todo para que pudiera salir en el número de septiembre de la *Revista Teresiana*, para la cual, con gran generosidad, se había brindado a hacer de cronista de la peregrinación.

Jacinto Verdaguer estaba deslumbrado por el momento. No tanto por el relato histórico o por la gran organización, sino por la estética. El sacerdote escritor, que admiraba la poesía encerrada en la prosa ininteligible de Teresa de Jesús, se transportaba al cielo al ver la composición del lugar, con los obispos y sus vestimentas, los sacerdotes, el pueblo silencioso, el ambiente de conexión entre los espíritus. Aunque no había tenido nunca ninguna experiencia mística ni nada que se le pareciera, empezó a garabatear algunas líneas que querían parafrasear la experiencia teresiana, por lo que él había ido entendiendo aquellos días:

Des de son trono de glòria
 lo bon Jesús vos ha vist
 quan per Ell vos en anàveu
 màrtir d'amor a morir,
 i per dar-vos mort més dolça
 vos envia un Serafí;
 sa sageta n'és molt fina,
 com clau d'or vos obre el pit.
 Lo bon Jesús se n'hi baixa
 com un rei a son jardí;
 d'enamorat que n'estava
 l'an festeja dia i nit;
 parauletes que li'n deia:
 — Dolceta amor com te dius?
 — Lo nom que a mi més m'agrada,
 Teresa de Jesucrist
 — Jo em dic Jesús de Teresa;
 Teresa, què vols de Mi?
 — Amar-vos, Jesús, amar-vos;

penar per Vós o morir.
 — Teresa, si el cel no hi fóra,
 per tu jo el faria aquí⁸.

...

Aquel día no se acabó de diseñar completamente la Hermandad, sino que todos los presentes se convocaron para una nueva reunión dos días después, en Salamanca, con el fin de nombrar una comisión para redactar los estatutos y tratar otros asuntos prácticos de organización.

Enrique de Ossó permaneció todo el tiempo en un intenso silencio, que no se rompió tampoco cuando los sacerdotes se levantaron y, en filas bien formadas, empezaron a abandonar la sacristía. En su interior resonaban la Revista Teresiana, la Archicofradía, el convento de las Carmelitas de Jesús, el Rebañito, la Compañía, la Hermandad Teresiana Universal... solo faltaban los Misioneros Teresianos, congregación masculina de sacerdotes que tenía en su mente, pero que debía esperar a que la Compañía se consolidara para fundar. Con ella, sentía que su obra sería cabal, perfecta y completa. En su mente, Ossó quería construir una sociedad de justicia y felicidad, aprovechar la fuerza de la niñez y la juventud para fundar la nueva Jerusalén donde se unieran el azul del cielo con el café de la tierra.

⁸ Desde su trono de gloria / el buen Jesús os ha visto / cuando por Él os ibais / mártir del amor a morir, / y para daros muerte más dulce / os envía un serafín; / su saeta es muy fina / como el clavo de oro os abre el pecho. / El buen Jesús baja / como un rey a su jardín; / de enamorado que estaba / la corteja día y noche; / palabritas que le decía: / dulce amor, ¿cómo te llamas? / el nombre que más me gusta / Teresa de Jesucristo / Yo me llamo Jesús de Teresa; / Teresa, ¿qué quieres de Mi? / Amaros, Jesús, amaros; / penar por vos o morir. / Teresa, si el cielo no existiera, / para ti yo lo haría aquí...



Tortosa, 15 de octubre de 1882

La mañana había despertado en el noviciado de Jesús con el canto de la Diana, indicativo de grandes fiestas. El coro de novicias había paseado por la casa anunciando el día: *Ya en el Oriente rayó la aurora, llenan los aires ecos de amor...* y la fiesta *Despertad hermanas mías... que su grande fiesta es hoy.*

El 15 de octubre de 1882 se celebraban trescientos años de la muerte de Teresa de Jesús. Pero ni Enrique de Ossó, ni ninguna hermana de la Compañía, ni ninguna representante de la Archicofradía se encontraban en Ávila. La celebración de aquel día tan especial revistió también unas características únicas para Enrique de Ossó y su Compañía.

Después del gran desayuno de fiesta, y de la celebración de algunas misas, a última hora de la mañana se había previsto la ceremonia. La capilla del noviciado estaba llena de gente, hermanas y novicias bien formadas en las primeras filas. Más atrás invitados de toda la diócesis, las familias de las fundadoras, y gente del pueblo de Jesús y de Tortosa que no se querían perder este solemne momento histórico.

Al llegar la hora, se hizo el silencio en toda la casa, y entró en la capilla del noviciado una procesión en marcha. Al frente, se encontraban las colegialas, que desfilaron hacia los lugares donde tenían que tomar asiento, justo delante de los invitados. Las seguían las hermanas profesas, portando el nuevo estandarte de la Compañía, que se mostraba aquel día por primera vez. Lo había diseñado Enrique de Ossó en 1878 y lo habían bordado las hermanas. Los colores tenían un alto simbolismo. El azul, arriba,

no solo era el color del manto de la Virgen, sino también el del cielo, una invitación a la oración, a mantener la mirada hacia arriba mientras se camina en la tierra, de color marrón, en la parte inferior de la bandera. Como el hábito del Carmen, una llamada al trabajo, a la austeridad, al sacrificio. En medio, el blanco, símbolo de la vocación teresiana de iluminar la inteligencia mediante la enseñanza, para saber conjugar el azul del ideal y el café de la realidad. El escudo del centro tenía el Monte Carmelo, la cruz dorada, la estrella plateada, que representa la enseñanza a todos los pueblos, el lirio y el laurel. Se completaba con el bonete, el libro y la pluma de la Santa.

Enrique de Ossó, desde el centro de la iglesia, delante del altar, veía cómo iba entrando la procesión, las colegialas, la bandera que con tanta ilusión había diseñado como metáfora viva de lo que tenía que ser la Compañía, las novicias, las hermanas profesas, y las ocho fundadoras que iban a hacer los votos perpetuos, en este orden: Saturnina Jassá, Teresa Blanch, Dolores Llorach, Cinta Talarn, Teresa Guillamón, Agustina Alcoverro, Teresa Plá y Josefa Audí.

Mientras entraban, la gente guardaba un absoluto silencio, a la vez que el coro y todas las hermanas entonaban el canto *Morir por Cristo*, que había compuesto como himno para la Compañía Joaquim Portas, y que aquel día acompañaba al piano la joven Elvira Terrades.

Poco a poco, al llegar al lugar que tenían designado, todas fueron sentándose en sus bancos. Mientras, las hermanas que habían portado la bandera la colocaban a la vista de todos, en la parte izquierda del presbiterio. Algunos asistentes se ponían de puntillas para poder ver el diseño del emblema que se presentaba por primera vez, mientras otros aguantaban su curiosidad hasta el final de la ceremonia. Una vez que todo el mundo estuvo en su sitio, siguió resonando, hasta el final, el imponente himno, que habían ensayado, por lo que parecía, a cientos de voces. Por un momento, la capilla parecía una batalla *A morir, a vivir, a morir por Cristo, a morir por Cristo, a orar, a trabajar por Cristo, a luchar,*

a reinar, a luchar, a reinar por Cristo... Todas, todas, todas.... a diferentes momentos, tonos, y alturas... hasta que por fin el sonido retumbó por las naves hasta hacerse una paz armoniosa, con los acordes de las últimas notas... No durmáis... pues que no hay paz en la tierra...

El silencio tomó su turno tras aquel apogeo de tempestad... Enrique de Ossó dejó reposar el momento. Junto a él se encontraban el secretario Mn. Vilarrasa y los sacerdotes José Duch y Juan Peiró. Todos ellos fueron acompañando los votos perpetuos de cada una de las hermanas fundadoras de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Tras la celebración de los votos, se ofició una misa con los mismos asistentes y protagonistas, y se hizo una gran fiesta. Pero este no fue el último acto del día.

Por la tarde del día 15 de octubre de 1882, una vez que la congregación contaba con hermanas de votos perpetuos, tuvo lugar la primera elección oficial de Superiora General de la Compañía de Santa Teresa. Enrique de Ossó había preparado con cuidado aquella primera elección, instando a las hermanas para que le enviaran su voto entre las ocho fundadoras. En todas las comunidades se había impuesto un clima de oración y austeridad desde el día de la transverberación, el 27 de agosto. El Obispo de Tortosa, Francisco Aznar, eligió, o más bien reafirmó a Saturnina Jassá para el cargo de general.

Enrique de Ossó asistió a toda la fiesta, junto con los sacerdotes amigos, todas las hermanas, y mucha gente del pueblo que se había acercado para acompañar la alegría teresiana. En su interior, sentía, por primera vez, que la Compañía, su obra predilecta, había quedado completamente organizada, ya no lo necesitaba de la misma manera, podía empezar a andar sola. En el tercer centenario de la muerte de Santa Teresa, una nueva formulación de Teresa había enraizado en la tierra, al lado del Ebro, para extenderse por todas partes con sus ramas.



Tarragona, 4 junio de 1876

El verano de 1876 fue uno de los más calurosos que recuerdan las crónicas meteorológicas. Aunque los récords, en una ola de calor prolongada y persistente, se dieron entre el 27 de julio y el 7 de agosto, aquel mes de junio ya anticipaba cómo sería la canícula.

Enrique de Ossó no podía dejarse llevar por la indolencia que provoca el calor. Se sentía en uno de los momentos claves de su vida. Tenía que aprovechar los meses de vacaciones en el seminario y la catequesis para poner en marcha su idea. Desde el 2 de abril, no había dejado de entrevistarse con el obispo Vilamitjana, sacerdotes, amigos, y las jóvenes que tenía viviendo y preparándose con Magdalena Mallol. Ya contaba con el permiso del Obispo de Tarragona, Monseñor Constantino Bonet Zanui, y había movilizado a sus amigos para que le indicaran si conocían algunas jóvenes que quisieran empezar aquella vida por los pueblos de la diócesis.

Las gotas de sudor le caían por el rostro, mientras caminaba desde la estación de Tarragona a la casa de la Señora Tomasa Parellada, donde había citado a las jóvenes que hasta el momento vivían con doña Magdalena. La tienda de la familia se encontraba en el Carreró de Sant Magí, una callejuela que unía la Plaça de les Cols con la calle Misser Sitges, situadas delante de la catedral, en la parte más antigua, y más alta, de la ciudad. El «carreró» era tan angosto que podía tocar sus dos paredes extendiendo los brazos. La subida desde la estación, situada al lado del mar, hasta la cima de la ciudad, con un sol radiante y una temperatura altísima, le hizo arrepentirse de haberlas citado

allí. Pero no quería que la señora Mallo interfiriera en su reunión, y la señora Tomasa se había mostrado siempre muy dispuesta a ayudarlo en todo lo que hiciera falta.

Llegó al punto del encuentro, deshidratado, a la hora prevista. Ya le estaban esperando todas las estudiantes, incluida Teresa Blanch, que se acababa de unir al grupo para ver cómo era su vida. Después de tomar un poco de agua y descansar de la ascensión, Enrique se sentó con ellas y les contó la idea del dos de abril: teresianas y maestras. Una congregación para transformar el mundo por medio de la educación. Les dejó bien claro que no solo les estaba proponiendo ser maestras, sino ser una avanzadilla de la Archicofradía, mujeres consagradas por votos y vida en comunidad. Una especie de monjas; sin parecerlo por su modo de vida, ni por su vestido, pero sí por su experiencia de oración y por su dedicación total.

La explicación de Enrique tuvo un gran impacto entre las jóvenes. Dolores Llorach, que había sido la primera en llegar junto a doña Magdalena, había recibido la promesa por parte del sacerdote de que pronto cambiarían las cosas y podría llevar la vida que deseaban. O al menos, que deseaba. La hija del barbero cirujano de Godall necesitó un buen rato para procesar la información, para evaluar sus sentimientos. Enrique la miraba mientras iba hablando, e iba ponderando las emociones de su primera teresiana. Él sabía que Dolores se iba a quedar, que iba a ser uno de los motores de su proyecto. Teresa Blanch, en cambio, que había llegado a Tarragona convencida por el sacerdote de Vinebre y por Mn. Ferrer, demostraba en su rostro la decepción. Ya antes de ir a Tarragona había dicho que ella no quería ser maestra. Sus aspiraciones eran otras. Deseaba ser religiosa, deseaba llevar una vida como la de la Archicofradía, aunque con un compromiso más radical. Pero no quería ser como una profesora de pueblo que vivía en comunidad. Enrique percibía esto en sus ojos, y se propuso conseguir que se quedara un tiempo como fuera.

Después de la reunión, se dieron un espacio para reflexionar. —No tenéis que tomar una decisión ahora mismo —les dijo el

fundador. —Cada una debe valorar qué es lo que quiere. Si alguna prefiere irse a su casa, ahora o en los próximos días, puede hacerlo. Pero os pido que lo penséis bien. No os dejéis llevar por el primer impacto. Quiero que todas vosotras os unáis a este proyecto, pero solo si estáis convencidas de que esto es lo mejor para vosotras y para la sociedad.

Al final del día, todas habían tomado su decisión. Dolores Llorach, estaba convencida para quedarse. Y también Teresa Audí. Para ella, era un momento difícil, puesto que sabía desde el principio que no podía ser maestra. Pese a ello, tanto Mn. Enrique como la Sra. Magdalena la habían aceptado y admitido para que ayudara en las tareas de la casa. Ahora, se implicaba en empezar una congregación dedicada a la educación, conociendo de antemano que nunca se iba a sacar el título. Pero su propósito era firme: se quedaba para siempre. Tampoco tuvo dudas María Cinta Talarn, la teresiana de Roquetes que se unió con decisión al grupo de Tarragona y ahora deseaba implicarse en el proyecto. Josefa Vernet y Dolores Esteve también quisieron quedarse, pero Ana Girona, la joven de Calaceite, prefirió irse a su casa aquel mismo día. Soñaba con ser maestra, pero en ningún momento había considerado el tipo de vida que Enrique de Ossó acababa de plantearle. Teresa Blanch se unió a ella, y manifestó sus deseos de volver a casa.

Después de haberse definido cada una, quedaron en que iban a dejar enseguida la casa escuela de la plaza Prim para trasladarse a otro piso, que ya había alquilado Mn. Enrique con la ayuda de la señora Parellada en la calle Cavallers, también en la parte antigua de la ciudad, muy cerca de donde estaban reunidas. Dolores Llorach, loca de alegría al saberlo, insistió en ir a ver el lugar inmediatamente. Pero luego, al acordarse de que su amiga Teresa Blanch se volvía a su pueblo, cambió de opinión, y decidió acompañarla antes a la casa de doña Magdalena para que recogiera sus cosas. Al verla muy contrariada por la decisión de la joven de Godall, Enrique se le acercó. —No te preocupes —le dijo, —conseguiré que se quede. Teresa va a ser uno de los pilares de la Compañía.



Godall, febrero de 1876

Los 20 kilómetros entre Tortosa y Godall se hacían largos por aquella carretera tortuosa que empezaba ladeando el río y continuaba por el llano de Santa Bárbara, serpenteando entre olivos y algarrobos, para subir después levemente y descender finalmente hasta una hondonada. Por suerte, allí acababa el traqueteo, puesto que había llegado a su destino. Enrique aprovechaba el viaje de los payeses que iban a vender a Tortosa y que estaban acostumbrados a traer y llevar gente de la ciudad, dadas las malas comunicaciones que, en general, había entre toda aquella zona. Había intentado ir en tren hasta Ulldecona, y de allí tomar una tartana, pero al final le pareció mucho más fácil el sistema habitual, pedir a alguien del pueblo que lo llevara. Era casi el mes de marzo, y el viento no aflojaba. Así que el camino, aunque era precioso, se convirtió en una lucha contra las familiares rachas huracanadas, que a duras penas permitían al caballo seguir avanzando.

Godall era minúsculo, con 1600 habitantes incluyendo la población dispersa en masías. No era difícil encontrar el centro poblacional, con la plaza, el ayuntamiento y la iglesia. Allí, en la iglesia, lo estaba esperando mosén Agustín Ferrer.

Enrique entró en la casa abadía. Mn. Ferrer le ofreció un pastisset y una copita de mistela, para calentarse un poco. El párroco de Godall era uno de los más estrechos colaboradores del fundador de la Archicofradía. El mes de diciembre anterior, ellos dos, junto con Mateu Auxachs, prior de Móra d'Ebre, y el cura párroco de Ulldecona, habían estado dando ejercicios para las

jóvenes de la Asociación de Benicarló, a las que se habían unido otras teresianas de los alrededores, sobre todo el Montsiá, la Plana y el Maestrat. Allí conoció Enrique de Ossó a Dolores Llorach, y por esta razón estaba en Godall.

—¿Cómo puede hacer siempre tanto viento? —preguntó Ossó —¿Y cómo puede costar tanto llegar a estos pueblos? Más de la mitad del tiempo se me va en viajes. Deberíamos ver la manera de promover un transporte eficiente para todo este territorio tan indómito.

—Bien, no creo que el tren pueda empezar a subir y bajar montañas así como así —se rio Ferrer—. Me temo que estamos condenados a estar aislados por mucho tiempo. —La contestación de Ferrer, siempre irónico, recibió las caras de extrañeza de su amigo, pues todo el Montsiá se situaba en un gran llano.

—¿Has contactado con el señor Llorach? —Enrique cambió de tema, dando por buena la pesimista profecía de Ferrer a pesar de la ironía—. ¿A qué hora nos espera?

—A las seis —dijo el párroco de Godall—. Hasta esta hora estará ocupado en la barbería. Eso si no le salen urgencias como cirujano. Ya sabes que estas cosas no se pueden prever.

Mientras esperaban el momento de su visita, Ossó le explicó a Ferrer todos los pormenores de su entrevista con la señora Magdalena Mallol en Tarragona. Lo había enganchado la propuesta de la maestra, pero la verdad es que él no conocía directamente a ninguna joven que tuviera esos intereses, excepto a Dolores Llorach, a quien tampoco había seguido desde que se encontraron en Benicarló. En aquella ocasión, la hija del barbero cirujano de Godall había expresado que no se quería casar, que quería ser maestra, y que quería llevar una vida dedicada a los demás. Parecía, por todo esto, muy adecuada para ir a estudiar con la maestra en la capital.

Ferrer pensaba que Dolores Llorach era la persona indicada, y también que su padre, un hombre de mirada abierta, estaría dispuesto a que su hija llevara este tipo de vida. Es más, creía

que la propuesta de Mn. Enrique facilitaría cauces por los que la familia pudiera permitir a Dolores hacer aquello que deseaba. Pero tenía más ideas...

—Dime, Enrique, ¿qué quieres exactamente? Porque hablas todo el tiempo de cambiar el mundo de regenerar España, y no sé cuántas cosas más. Entonces no debes querer simplemente maestras, sino unas maestras especiales.

—Creo que quiero que haya unas jóvenes en la Archicofradía que se puedan dedicar a ser maestras, para dar impulso a las escuelas dominicales, y también para sostener la dimensión apostólica de la asociación. De un tiempo a esta parte, me he convencido de que la educación es lo único que tiene el poder de cambiar las estructuras sociales. La revista es vital, la Archicofradía es inexcusable, pero tengo la sensación de que si no educamos, perdemos el futuro, dejamos escapar el porvenir.

Agustín Ferrer conocía bien todos estos pensamientos, a los que su amigo no dejaba de dar vueltas.

—Mira —le dijo— creo que podrías hacer la cosa un poco más amplia. ¿Qué pasaría si contaras con alguna joven que ya es maestra? En el pueblo tenemos a una que tiene la plaza aquí, aunque es de Santa Bàrbara. Se llama Teresa Pla. No sé, por todo lo que me cuentas, se me hace una gran pieza. Claro que como ya tiene el título no podría ir a estudiar con doña Magdalena. No sé, creo que tienes que darle más vueltas.

—Ya... —Ossó había entrado en uno de sus habituales lapsus, perdido en sus pensamientos.

—La Archicofradía, actualmente, es lo que mueve el pueblo. Estoy muy contento. Sobre todo, tenemos una directora extraordinaria. Una joven capaz y comprometida. Creo que aún no la has conocido. Te la presentaré después si tenemos tiempo. Se llama Teresa Blanch.

La conversación siguió, a ratos con Ossó, a ratos sin Ossó, que iba y venía entre sus sueños y sus realidades.

— Ya son casi las seis — dijo Ferrer al fin. Casi automáticamente, los dos hombres se abrigaron y salieron de la casa, luchando contra las continuas ráfagas de viento, para ir a hablar con el «cirujano» Llorach. Era de noche.



Jesús-Tortosa, 14 de octubre de 1895

A las 12 de la mañana toda la comunidad se reunió en el recibidor grande. La Vicesuperiora General de la Compañía, Teresa Blanch, que había llegado a las tres de la mañana a la casa, venía casi directamente del comedor, donde había desayunado tarde con las hermanas que la habían acompañado desde Barcelona. Cuando entró en la sala, ya casi todas las hermanas estaban sentadas y en silencio, pues no se había dado el Alabado, que era la indicación de que ya se podía hablar. Entonces vio al padre fundador. Estaba entre ellas, sentado en una de las sillas de cuerda. Todo en él era firme. Estaba sonriendo, divertido con la poca práctica de las novicias en las costumbres teresianas, pero su semblante tenía un gesto sombrío y cansado. Su cuerpo estaba ligeramente echado hacia adelante para apoyarse en su bastón, como había visto hacer a los ancianos de su pueblo. No fue hasta entonces cuando notó cómo había envejecido. Era como si, de pronto, una multitud de años hubieran llegado a habitar en él, en su piel, en su rostro, en su mirada. Se saludaron con un gesto de reconocimiento. Ella fue a buscar su silla, al lado de la superiora.

En pocos minutos empezó la lectura del programa de la fiesta de Santa Teresa de aquel año. Todo se iniciaría a las once de la noche con una vigilia, exposición, meditación, preces y sermón. El día de la Santa, amanecerían con la Diana Teresiana. Después, a las siete y media, la Misa de Comunidad con Mn. Agustín Galcerán. Tras la Misa, el Padre Fundador daría la comunión a toda la comunidad. A las nueve, oficio de tres, can-

tado por el coro de las hermanas. A las once, meditación por el cumpleaños del Padre y felicitación a la Vicaria Teresa Blanch. A continuación, comida de primera y fiesta.

— ¡Alabado sea nuestro Dios y Señor Jesucristo!, —dijo una voz al acabar la lectura del programa—. Sea por siempre alabado —respondieron todas. A continuación, se pusieron a reír, gritar y jugar, mientras salían a sus distintas ocupaciones.

Cuando ya todas las hermanas se fueron a preparar los festejos, Enrique y Teresa se quedaron solos en el recibidor.

— Me alegra verte aquí —dijo la teresiana—. Por un momento creí que no volverías a pisar una casa de la Compañía.

El sacerdote permaneció en silencio unos instantes. Parecía meditar profundamente lo que tenía que decir.

— Seguramente es la última vez que estoy en esta casa —dijo al final—. He venido a celebrar, a despedirme, a ver a algunas personas a quienes aprecio mucho, tú entre ellas. Llegué el día cuatro por la noche, y no me voy a ir hasta el día veinte. Tengo algunos asuntos que arreglar en la ciudad. Después me instalaré de nuevo en Vinebre. No tengo intención de salir de allí.

— ¿No has visto el Colegio de la Calle Montcada? Agustina me dijo que no quisiste estar presente en la inauguración.

Ante el silencio del fundador, la Vicaria General iba a cambiar de tema, pero él se adelantó.

— He escrito una relación de los hechos que han sucedido estos dos últimos años con respecto a la Superiora General. Más en concreto me interesa repasar los acontecimientos desde que volviste de México en julio.

Sus palabras eran directas y su voz herida. Ni con Teresa Blanch podía el sacerdote relajar su tensión. Los problemas con Rosario Elíes, el desgobierno que todos percibían y la incapacidad para el cargo de superiora general que había demostrado, habían hecho mella en el alma al fundador. Enrique de Ossó había intentado por todos los medios convencerla para que dejara

sus responsabilidades en manos de Teresa Blanch y se dedicara a curarse. Pero no había tenido éxito. Al contrario, la hermana no había tenido en cuenta ninguna de las recomendaciones del fundador y tenía una actitud cada vez más beligerante contra él, quien, por su parte, seguía recordándole que su comportamiento no se ajustaba a los requerimientos de las constituciones. Al no tener ninguna herramienta para influir en el gobierno, Enrique de Ossó hizo un discernimiento el 3 de septiembre de 1895, en el que decidió alejarse de la Compañía. Unos días después se fue a Vinebre para reiniciar allí su vida. Pero al mes siguiente, aprovechando las celebraciones por Santa Teresa, se había dirigido a Tortosa, donde tenía algunos asuntos que resolver.

Enrique empezó entonces a relatar los últimos sucesos.

—El 21 de agosto escribí a todo el gobierno general. En esa carta os daba instrucciones. Seis puntos de asuntos muy urgentes que están pendientes en la Compañía y que nadie ha tramitado desde hace meses. Hay colegios sin vicedirectora. Hay postulantes que tienen que empezar su noviciado y nadie les da el visto bueno. Hay hermanas novicias esperando para hacer los votos. Hay muchos problemas que resolver que se han estancado. Hay falta de gobierno. Hay descuido en la administración. Y si la superiora general está incapacitada para ejercer su misión a ti te corresponde hacerlo. Pero ni ella ha renunciado ni tú has tomado una postura clara y rotunda en el asunto.

—No hay manera de obligar a la superiora general a dejar su cargo, y lo sabes. —La voz de Teresa Blanch era tan firme y tensa como la de Enrique de Ossó—. Las tres la hemos presionado, Agustina, Luisa Grego y yo. Pero en esto consiste su enfermedad, en no ver que está enferma. Creo que te precipitaste en tu discernimiento del 3 de septiembre. Creo que la Compañía te necesita y las hermanas sienten más tu ausencia ahora que la general ha decidido no estar presente. —Dudó unos momentos, y luego prosiguió— Tampoco sé cómo hacer cambiar de opinión a Teresa Pla. Ella está contigo, pero su conciencia le impide ir contra la General de la Compañía.

—Lo sé, la conozco. Pero aun así sois tres contra dos. ¡Votad, por Dios! ¡Ganaréis las votaciones!

La de Godall sonrió. —Como si fuera tan fácil. Enviaste papeletas. No era falta de papel, el problema que teníamos.

El fundador sonrió también. Los dos estaban igual de preocupados, igual de desesperados, y su impotencia les hacía discutir. Finalmente habló:

—Aún hice el último intento de arreglar las cosas el día de la Merced, el 24 de septiembre. Infructuoso como siempre. Tengo también aquí una copia de esa carta, de la que te envié a ti otra copia.

Entonces, sacó de dentro de su cuaderno una hoja doblada en dos. Era el borrador de la carta, escrito en la parte posterior de un dibujo, que parecía el plano de una casa.

Hermana Rosario Elías, Superiora General.

Ha tres semanas que te recordé delante de todas las Consultoras en ésa, que el médico había ordenado que, por razón de tu grave enfermedad y para mejor recobrar o mejorar tu salud, debías cesar inmediatamente de tu cargo y atender (tan) solo a tu salud corporal y aun espiritual, para después, si el Señor fuere servido en mejorar tu estado, pudieses volver a desempeñar tu cargo con provecho de la Compañía.

Como ha transcurrido tanto tiempo y no lo has hecho, te lo recuerdo otra vez ahora, y te mando como Fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, cumplas la Regla 204, que dispone lo que se ha de hacer en este caso, esto es, que la Visitadora General desempeñe tu cargo o haga tus veces hasta que tú puedas otra vez desempeñarlo.

Si amas de veras a Jesús y a su Teresa, a su Compañía y a tu alma, y a mí, a quien llamáis Padre Fundador, debes hacerlo sin demora.

A este fin mando como Fundador y pido como Padre que reúnas el Consejo General y con humildad les digas que, por

amor a la observancia de las santas Reglas y su cumplimiento de lo que mandan las Reglas 181 y 204, cese interinamente en el desempeño de su cargo para atender a su salud, y si Dios fuese servido mejorarla volver a desempeñar su cargo para bien de la Compañía. Bien sabes tú y sabemos todos en este tiempo cómo has podido cumplir las Reglas por tus dolencias graves con que el Señor te ha visitado en su misericordia.

Aquí sólo se trata del cumplimiento de las Santas Reglas claras y precisas que tú has profesado y (las) debes antes que todas cumplir por el bien de la Compañía.

Te bendice y te desea ver como es tu deber, la primera en la observancia de las Santas Reglas que has profesado tu P. y C. que te bendice.

Enrique de Ossó

Se hizo un silencio entre los dos.

—No cumplió nada de lo que le indiqué —dijo por fin el sacerdote—. Por esto te escribí a ti el día cuatro de este mes. Y luego, ante vuestro silencio, el día diez, nuevamente con la lista de graves incumplimientos del gobierno. Hay que obligarla a que deje su cargo «temporalmente» y se encargue del desempeño la visitadora general, es decir, tú.

La teresiana lo miró fijamente, con ojos tristes. —No puedo hacer nada. No puedo decir nada más, ni defenderme. Como usted diría, padre, el tiempo y la gracia irán cambiando las cosas. La razón, la ley, la necesidad, no están siendo suficientes.

En aquel momento se abrió la puerta del recibidor. Era Josefa Llatse, la superiora de la casa. —Vengan —les dijo—. Vamos a comer, y aunque solo estamos en vísperas hemos preparado algo especial. —Ossó y Blanch, a la llamada de la comunidad, salieron sonrientes de la sala y se dirigieron al comedor, cantando alegremente para celebrar la víspera del día de la Santa y también, todos lo sabían, que estaban juntos, quién sabe si por última vez.



Tortosa, 17-18 de marzo de 1884

Había llegado a Tortosa el día 10 de marzo. El Vicario General de la Diócesis le había comunicado en febrero que, si no cumplía la orden de derribar el edificio con una indemnización de 4000 duros, iban a poner el noviciado en entredicho. Desde entonces, había estado en Barcelona consultando a los mejores juristas y abogados, que le aconsejaron no claudicar ante un decreto «injusto, absurdo, contra derecho, dado *ex iniquo* y malo». En Tortosa, entre el 10 y el 11 de marzo, intentó hablar con el obispo para arreglar el problema.

Eran momentos de una calma tensa. Saturnina y él estaban en el noviciado llevando vida de aparente normalidad, pero en realidad esperaban una gran tormenta de un momento a otro.

El 17 de marzo empezó para la comunidad teresiana de Jesús como otro día cualquiera. Por la mañana se celebró misa con Mn. Galcerán, y todos siguieron con sus labores cotidianas.

A las 11 de la mañana se presentó en el noviciado el secretario del obispo Aznar, acompañado del notario mayor, D. José María Quinzá. El Secretario preguntó por el fundador Enrique de Ossó y por la Superiora General, Saturnina Jassá. Cuando ambos se presentaron en el recibidor, Saturnina les comunicó que ella, como responsable última de la Compañía, iba a ser la interlocutora oficial en cualquier asunto que ellos desearan. Entonces, los enviados del obispo requirieron a toda la comunidad, que se reunió en el recibidor de la casa.

Las novicias y las profesas fueron llegando al recibidor, desde los lugares en que estaban realizando sus quehaceres de cada día. Al entrar en la sala, se encontraban, de pie, al secretario y al

notario. A su derecha, Saturnina Jassá, que había tomado, aparentemente, el mando de la situación, y el fundador. El silencio era inmenso. Las hermanas iban situándose también de pie, alrededor de la sala. Enrique las miraba y las invitaba a mantener la calma. Cuando ya todas hubieron llegado, Saturnina indicó con un movimiento de cabeza al Secretario que podía empezar.

El Señor Secretario anunció, en pocas palabras, que venía comisionado por el Señor Obispo para leer a toda la comunidad la siguiente nota decretada por el Vicario General José María Castellarnau con respecto a la Casa Colegio de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en Jesús-Tortosa. Acto seguido prosiguió con la lectura del edicto que traía en mano:

A los señores eclesiásticos de esta diócesis y fieles de la misma, y especialmente a la señora superiora, hermanas y demás habitantes de la Casa-Colegio de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, situada en el arrabal de Jesús.

Hacemos saber, que no habiendo don Enrique de Ossó, presbítero, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, cumplido lo que se le mandó acerca de la Casa-Colegio de dicha Compañía de esta ciudad, en nuestro decreto de fecha 15 de marzo de 1881, consentido por el mismo, a pesar de haber transcurrido el tiempo que se le prefijó y habérsele recordado su obligación y advertido que si no cumplía lo que teníamos decretado, pondríamos, aunque fuera con gran sentimiento nuestro, en entredicho la citada Casa-Colegio, y procederíamos a lo demás que correspondiese, ha llegado para nos la triste y dolorosa ocasión de cumplir tan penoso deber, por cuyo motivo, haciendo uso de nuestras facultades ordinarias y si necesario fuera, de las extraordinarias que para el caso presente tenemos delegadas del ilustrísimo señor obispo de esta diócesis, con decreto de fecha de hoy, hemos puesto entredicho a la Casa-Colegio de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, construida por el reverendo don Enrique de Ossó, queriendo que si alguno osare quebrantarle, si fuese eclesiástico, quede ipso facto suspenso de todas las licencias ministeriales, y, si no lo fuere, incurra en excomunión mayor,

reservada al ordinario de la diócesis, cuya censura empezará a producir sus efectos desde el momento en que fuese publicada su imposición en la nombrada Casa-Colegio, exceptuando única y exclusivamente al sacerdote que hemos designado para que vaya a celebrar la misa y consumir las formas que están reservadas en el tabernáculo del oratorio o capilla que hay en dicho edificio, y durará hasta que el presbítero don Enrique de Ossó ponga a nuestra disposición, deshabitado y desocupado el sobredicho edificio, entregándonos las llaves del mismo.

Y para que llegue a noticia de todas las personas arriba citadas, fíjese el presente edicto en la puerta del edificio antes mencionado.

Ossó escuchó sin hacer gesto alguno la sentencia condenatoria. Podía sentir cómo Saturnina, a su lado, se consumía en rabia e indignación. Sólo pedía que no sucumbiera, como otras veces, a la ira, dejando aflorar lo que realmente pensaba. Pero, a parte de un leve temblor que le causaba la contención volcánica a la que se estaba sometiendo, no dejó entrever nada más. En frente, las hermanas, permanecían tranquilas, sabiendo que no debían comportarse de manera diferente a sus superiores, y seguramente sin acabar de entender qué significaba todo aquello.

Cuando el secretario acabó la lectura, abandonó el recibidor inmediatamente, seguido del notario, en dirección a la puerta principal. La comunidad, la superiora general y el fundador seguían de pie, inmóviles y en silencio. De forma lejana se oían los golpes del martillo con el que el edicto estaba siendo colgado en la puerta del edificio.

Saturnina dijo, al cabo de unos instantes:

— Hermanas, vamos ahora al oratorio a hacer un rato de oración. Al acabar, tendremos recreación el resto del día y, después de la cena, vigilia hasta las 11. Todo por Jesús.

— Todo por Jesús —respondieron las hermanas al unísono, y abandonaron el recibidor camino de la capilla.

... en que estriba el porvenir de la Compañía, están muy mal atendidas en lo espiritual, esto es, en la confesión y dirección espiritual. Mn. Paulí, a pesar de su buena voluntad y de grandes sacrificios, no puede atender como se debe y se merecen almas de tan excelentes disposiciones y dispuestas a toda clase de sacrificios para celar la honra de Jesucristo... Necesitan, Ilmo. Sr., con toda urgencia quien no sólo les diga Misa, sino también les confiese semanalmente a todas como mandan sus Constituciones, que por cierto, es lo menos que se les puede exigir conceder, y al mismo tiempo les podría dar algunas lecciones de Religión y moral. Son más de 50 las novicias, y más de 50 las que tienen solicitado ingresar, y se me parte el corazón de dolor cada vez que voy por allí y veo sus excelentes disposiciones y que no se atienden como el Señor Jesús y su Teresa quieren a mi pobre entender.

Le ruego pues, Ilmo. Sr., por la sangre de Jesucristo, no deje por más tiempo desatendida esta pequeña y numerosa grey en la parte más esencial de formación de espíritu, que si está bien cultivada ha de promover los intereses de Jesús y su Teresa en grandísima escala por todo el mundo.

¿Qué responsabilidad no tendríamos delante del Señor si por nuestra culpa quedasen estériles las innumerables gracias que el Señor las dispensas con tan generosa mano, contrariando sus amorosos designios en vez de favorecerlos?

Mande pues, Ilmo. Sr., un sacerdote celoso de buen entendimiento y letras, si no son de su agrado los que le indiqué otras veces, Mn. Galcerán o Llasat, Santa Teresa de Jesús se lo recompensará y tan buenas almas no se quejarán con fundamento que no se las quiere atender, y se calmará su descontento. [...]

Como, según V.I. me escribió, no puede favorecer la instalación de los Misioneros de Santa Teresa en esa Diócesis, se hará Dios queriendo en la de Barcelona si el Señor, como confío, bendice las gestiones que estamos haciendo. Lo siento por Tortosa. [...]

Le pido por lo mismo para este caso el exeat de esa Diócesis. Lo siento por Tortosa, pero creo que ésa es la voluntad de

*Dios, de muchos años conocida. Para que no sea obstáculo para los asuntos que hay pendientes en ésa tanto respecto del colegio como de otro cualquiera asunto haré poderes amplios a dos sacerdotes y dos seglares de toda confianza, a fin de que me representen en todo*⁹.

Había acariciado muchas veces la posibilidad de dejar Tortosa y trasladar toda su obra a Tarragona o Barcelona. Lo había hablado únicamente con Saturnina, y nunca había dado los pasos para hacerlo. La denuncia de Auxachs, Peñaroya y Sánchez, en nombre de las carmelitas, en noviembre de 1879, había sido un golpe durísimo. La orden gubernativa del 15 de marzo de 1881, que le instaba a demoler el edificio del noviciado en un plazo de tres años, fue como un hachazo directo al centro de su ser. Los sucesos del día anterior, poniendo en entredicho la casa, prohibiendo el culto, y publicando el edicto en todas las iglesias de Tortosa habían supuesto en su vida un punto de inflexión, le habían llevado a tomar una decisión.

Ahora, se veía acuciado por demandas en todas partes, presionado de tal manera que no se sentía con fuerzas para seguir. Ahora sí, decididamente, iba a pedir el *exeat*, la salida de la diócesis, para él y todas sus obras. Lo iba a hacer ante un obispo, Francisco Aznar, que había intentado rebajar las hostilidades contra él, pero que no había sido capaz de parar la espiral de calumnias y acusaciones contra su persona. *Solo miran por sus intereses, no por los de Jesús*, pensaba, mientras releía su dura petición de abandono, su carta de rendición.

No se planteaba de ninguna manera dejar el sacerdocio, ni abandonar sus obras, pero no sabía si tendría fuerzas para soportar todo aquello. No después de los hechos que habían sucedido el 17 de marzo. Firmó el escrito y se sintió en paz. Todo había acabado. Miró la carta que tenía delante. La metió en un sobre y escribió la dirección: Excelentísimo Obispo de Tortosa

⁹ Borrador de carta de 1884 al obispo de Tortosa Francisco Aznar y Pueyo. AGSTJ Vol. 26 Pág. 60.

Don Francisco Aznar y Pueyo. Se levantó de su escritorio en la habitación que tenía reservada en el noviciado, y bajó las escaleras. Salió con la intención de ir hacia el obispado a entregar el sobre con la carta que había de cambiar su vida y la vida de la Compañía. Empezó a andar. Hacía un día radiante. Las hermanas estaban pasando el día en recreación, como forma de aliviar el impacto de la promulgación del entredicho. Se paró a escuchar los gritos y las risas. Dio media vuelta, y volvió a entrar. Dejó el sobre en un cajón y se puso a mirar por la ventana el convento de las carmelitas mientras oía el murmullo de las tere-sianas que jugaban en el patio.



Figuerola, noviembre-diciembre de 1878

Su vida se había precipitado. Era como si hubiera caído en medio de un torbellino que lo arrastraba y le impedía encontrar la paz que necesitaba para llevar a cabo todos sus proyectos. Ya no era posible aislarse dentro del territorio de la Diócesis de Tortosa. La gente lo conocía, lo requerían continuamente, le pedían ejercicios, prédicas, acompañamientos, estampas, estatuas de la Santa, presidir procesiones... Y al llegar a casa, se encontraba con los nuevos problemas, derivados de la del descontento de Doña Magdalena Grau, las carmelitas, y sus socios y colaboradores Auxachs, su Peñaroya y Sánchez sobre cómo se estaban llevando las obras del colegio noviciado de la Compañía. Su estado se podía resumir en una palabra: agotamiento.

Había hecho el intento de esconderse por los pueblos perdidos del Maestrat, uno de sus principales focos de apostolado. Pero era casi imposible trabajar con tanto frío. Necesitaba apartarse y rezar, y contar con un poco de paz, y si era posible no quedar congelado. Tenía que hacer muchas gestiones, organizar a distancia la vida de las teresianas de Tarragona, estar al lado de las de la Compañieta, que ya habían estrenado su piso de la Costa de Capellans... y lo más importante, tenía que escribir un documento marco que sirviera como constituciones provisionales, ya que el 1 de enero iban a hacer los votos las ocho primeras.

Tuvo que buscar en el mapa cuando su íntimo amigo Francisco Marsal lo invitó al pueblo del que había sido nombrado párroco: Figuerola. El municipio era minúsculo, no llegaba a los

ochocientos habitantes. Estaba al lado del Tossal Gros de Miramar, muy cerca de *les muntanyes* de Prades, pero solo a quinientos metros de altitud, por lo que supuso que no sería tan gélido. Entre Montblanc, Valls y Santes Creus, parecía un refugio perfecto. Solo tenía un defecto, que le hizo dudar. Estaba a escasos veinte kilómetros del único colegio que tenía la Compañía fuera de Tarragona, situado en Vilallonga del Camp.

Casi en secreto llegó a Figuerola, desde Montblanc, el 19 de noviembre. El pueblo estaba aislado, las horas de luz eran escasas, y muy blancas, como sucede en invierno. El silencio era muy compacto casi todo el día. Enseguida sintió que la temperatura era muy parecida a la de las montañas del sur, de las que había huido.

Mosén Marsal vivía con su hermana en la casa abadía, al lado de la iglesia. Aunque el frío era intenso entre los muros de la construcción medieval, Enrique pasaba todas las horas de luz arrodillado en uno de los bancos. Poco a poco se iba haciendo la paz en su alma asendereada. El proyecto por el que había trabajado incansablemente durante los dos últimos años empezaba a tomar forma también sobre el papel. Imaginaba a las teresianas como los apóstoles que, rompiendo todas las reglas y limitaciones que tenían impuestas, creaban cosas nuevas con una dedicación exclusiva, total y radical. *Nosotros nos emplearemos enteramente en la oración y en el ministerio de la palabra de Dios*¹⁰. El teresianismo era la tabla de salvación que tenía que regenerar el mundo¹¹. Y la Compañía tenía como fin *celar con sumo interés la mayor honra de Cristo Jesús, extendiendo el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio*¹². Le daba vueltas y más vueltas a su proyecto universal, mientras el tiempo que pasaba inmóvil en el banco le iba entumeciendo los huesos. *La Compañía de Santa Teresa de Jesús se consagra*

¹⁰ Act., C., VI, V, 4.

¹¹ RT 67, Abril 1878.

¹² Constituciones 1882, C1.

*con preferencia al apostolado de la enseñanza para procurar la regeneración del mundo por medio de la educación de la mujer según espíritu de la Heroína española, Santa Teresa de Jesús*¹³. Necesitaba alguna fórmula que pudiera expresar la íntima unión entre los intereses de Jesús y los de la Compañía. *A la Compañía de Santa Teresa de Jesús ha dicho Jesús como a la Santa: «Mirarás mi honra como verdadera Esposa mía. Mi honra es tu honra, y la tuya mía». Nada por consiguiente de lo que pueda promover los intereses de Jesús en grande escala debe ser mirado con indiferencia por las de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Las miras de la Compañía de Santa Teresa de Jesús deben ser grandes siempre y en todas las cosas; las que den por resultado práctico mayor aumento de los intereses de Jesús y su Teresa en cualquier parte*¹⁴.

Las horas y los días iban pasando en frío silencio en el minúsculo pueblo del Camp de Tarragona. Tuvo que abandonar su reclusión una vez, el 24 de noviembre, para ir a Vilallonga, ya que el párroco del pueblo se había enterado de su paradero. Tuvo que predicar en la entrada de la imagen de Santa Teresa en la iglesia, y se dio otro baño de multitudes. Pero no le importó, porque aprovechó para pedirle a Saturnina que le trajera algunas cosas que había olvidado, la más importante las Constituciones de la Compañía de Jesús. No era para nada un experto jurista, y necesitaba modelos.

Después, a partir del 4 de diciembre, su día a día se convirtió en una pequeña lucha entre las obligaciones de Tortosa y Tarragona, y la añoranza del retiro de Figuerola, donde volvía a continuar con su retiro apenas podía.

Marsal y su hermana lo dejaban en paz. Lo cuidaban, lo trataban como a una persona de la familia, no le pedían nada. Lo dejaban pasar sus horas calladas mientras escribía. Solo durante las comidas, y después de cenar, se enfrascaban en conver-

¹³ Constituciones 1882, C1.

¹⁴ Constituciones 1882, C1.

saciones y jugaban a las cartas, a la brisca, al guiñote, al burro, y todos los juegos que les hacían pasar las horas de oscuridad más alegremente.

—Cúidate los ojos —le decía Marsal —vas a acabar con problemas en la vista. Siempre escribiendo en esa iglesia oscura. Y por las noches sé que te quedas leyendo hasta tarde.

Ossó no se cuidó los ojos, pero acabó a tiempo el borrador de las constituciones, pacificó su espíritu, y dejó el pueblo el día 23 de diciembre, en dirección a Tarragona, para pasar las Navidades con las futuras hermanas, y dirigir después un retiro previo a los votos.



Tortosa, 12 de octubre de 1877

Desde las primeras luces del amanecer había un constante fluir de coches y tartanas desde Tortosa al barrio de Jesús. Gente de los pueblos aledaños, y de toda la comarca, iba y venía por el arrabal con gran expectación. Los vecinos adornaban sus balcones con paños y con arcos de boj. Las jóvenes de la Archicofradía llegaban en grupos, o acompañadas por sus padres, para realizar los últimos ensayos de los cantos. A pesar de ser un viernes, mucha gente no había ido a trabajar. Se vistieron con sus ropas de domingo y empezaron a caminar hacia la iglesia parroquial de san Francisco que, como el resto de las casas, estaba adornada por arcos y festones vegetales.

Ramón Moreno se preparaba en la sacristía para la ceremonia. Iba ataviado con una capa blanca, como carmelita, y llevaba un pectoral regalado por su Santidad el Papa en su reciente estancia en Roma. A su lado, el obispo de Tortosa, Benito Vilamitjana, se revestía con el alba y la casulla de fiesta, con preciosos bordados de hilo dorado. Ambos estaban en silencio, oyendo el bullicio que la muchedumbre, aunque silenciosa, provocaba desde la nave central.

Faltaban pocos minutos para las ocho de la mañana, y los dos hombres fueron a situarse en sus lugares, unos sitios muy cerca del altar. La gente abarrotaba la iglesia. En el presbiterio, arrodilladas en unos reclinatorios, estaban ya las cuatro carmelitas que iban a inaugurar hoy su nueva vida en el convento de Jesús. Petra, Carmen, Candelaria y Rosa. Impresionaban con sus hábitos marrón oscuro y sus largos velos. Inmóviles. A su lado,

sentada, la señora Magdalena Grau, que las había acompañado desde Zaragoza en su viaje y no se separaba de ellas. Doña Magdalena vestía un traje completamente de negro, confeccionado especialmente para la ocasión en una de las mejores boutiques de Barcelona. Llevaba como complemento una mantellina gris de encajes y bordados, que resaltaba sobre el negro. Todo su porte, distinguido y caro, contrastaba con la austeridad de las monjas. En cambio, su solemnidad no desmerecía, mientras esperaba la ceremonia dignamente alzada sobre su silla de tapiz rojo. Más arriba de estas, se encontraban dos padres carmelitas que habían venido desde el Desierto de las Palmas para estar presentes en este momento de fundación de un nuevo monasterio. Llevaban también sus capas blancas sobre sus hábitos del Carmen. Uno de ellos era el antiguo superior y provincial, Francisco Navarro.

Entre la gente, las teresianas de las asociaciones de Jesús, Tortosa y Roquetes tenían un lugar preferente, pues se disponían a acompañar con los cantos toda la celebración. Las hermanas de la Consolación, que habían hospedado aquella noche a las carmelitas, se encontraban junto a las jóvenes de la Archicofradía. Tenían también lugar reservado las autoridades de Tortosa, y los que habían trabajado en la construcción del convento, albañiles, carpinteros, cerrajeros, peones y oficiales. En medio del gentío, sin ningún lugar asignado de manera especial, Teresa Pla contemplaba atentamente el revuelo que había causado la llegada de las carmelitas a la ciudad. La joven «planera», que estaba de paso desde Santa Bárbara a Tarragona, representaba a la Compañía en la celebración, aunque pasaba discretamente desapercibida entre los exultantes asistentes a la ceremonia.

A las ocho en punto de la mañana empezó la Misa, celebrada por el obispo Vilamitjana. La multitud atendía curiosamente, mientras observaban la circunspección de las nuevas carmelitas y su bienhechora doña Magdalena. Muchas mujeres leían el breviario ostentadamente, sus cabezas cubiertas con mantillas, mientras algunos hombres pasaban las cuentas del rosario y otros seguían atentamente todo lo que sucedía en el presbiterio.

La mayoría, escuchaba religiosamente el coro de niños de la capilla de la catedral, que acompañados del *armonium* entonaban melodías religiosas.

Concluida la misa, subió al púlpito el obispo de Eumenia, impresionante con su capa blanca, joven y con una aureola de orgullo y autoridad que imponía. Ramón Moreno dio a conocer qué eran los conventos de Teresa y reflexionó sobre la salvadora influencia de estos en la familia y la sociedad entera.

Después del sermón, se formó la procesión que debía acompañar a las hermanas a su nueva casa, así como trasladar el Santísimo Sacramento a su iglesia. Delante de todo, se situó un buen grupo de niñas vestidas de Santa Teresa o de ángeles. Tras ellas, gran número de hombres, entre ellos muchas personas distinguidas de la ciudad, con velas encendidas. Seguían un sínfin de sacerdotes, que precedían a las cuatro religiosas carmelitas, cubriéndose los rostros con sus velos, en una imagen que impresionó a todos los presentes. A pocos pasos, Doña Magdalena Grau, bienhechora y dadora de los terrenos. A continuación el prelado de la diócesis con el Santísimo en manos, bajo palio. Cerraba la procesión el obispo de Eumenia en medio de los dos padres carmelitas del desierto, y las autoridades locales.

Cuando salieron a la calle caminaron en medio de una muchedumbre que seguía la comitiva. Había gente en los balcones y en las calles cercanas. Avanzaron en un rotundo silencio hasta el nuevo convento, que estaba también adornado con arcos y follaje. La gente que esperaba, bajaba la cabeza o los ojos a la llegada de las hermanas. La procesión entró directamente en la capilla, aún provisional, y se depositó al Santísimo en el sagrario. Acto seguido, los obispos, frailes carmelitas y sacerdotes acompañaron a las monjas hasta la entrada de su nueva casa. La puerta se abrió, y ellas entraron. El resto de acompañantes se quedó fuera y, poco a poco, se fue disolviendo la reunión.

Enrique de Ossó salía de la clase de física que daba a los seminaristas. Como todos los viernes. Había intentado cambiarse los horarios, pero el obispo no había transigido. A las 10

de la mañana acabó su exposición. Los alumnos no eran muy brillantes, ni tampoco estaban muy interesados en la física. Así que no hubo preguntas ni tuvo que dar ninguna explicación adicional. Salió del seminario, después de visitar un momento la capilla. Subió por la Calle Montcada, y después tomó la calle del Vall. Entró en su casa, dejó las cosas, se arregló, y se dirigió al puente. Allí lo estaba esperando una tartana que lo llevó hasta Jesús. Las calles estaban adornadas y aún había mucha gente paseando en el arrabal, en un ambiente festivo, comentando alegremente todo lo que habían visto y vivido aquella mañana. El sacerdote pidió al cochero que lo acercara al convento.

Al bajar de la tartana, en el amplio espacio que había delante de la nueva construcción, vio una elegante figura negra, tocada con un sombrero a la última moda de París, que salía del edificio. Doña Magdalena Grau lo vio de lejos, pero no modificó su paso. Acompañada de mossén Amades, subió al coche que la esperaba. Vio pasar el carruaje por delante de él alejándose hacia la ciudad.

Enrique entró en el recién estrenado espacio carmelitano de Jesús, y tocó la campana para poder saludar y felicitar a las monjas.



Tarragona, 23 de junio de 1876

Mateo Auxachs tomó en Tortosa el tren de las dos de la madrugada con dirección a Tarragona. Había pasado el día en su ciudad natal después de recibir la notificación de que el 21 de junio el gobierno español había aceptado la edificación de un convento en los terrenos donados por doña Magdalena Grau. Pero la noticia quedaba en segundo plano porque su hiperactivo socio Enrique de Ossó quería empezar ya, justo hoy, una nueva asociación.

Los horarios de los trenes iban contra la salud de las personas. Y no digamos el polvillo que soltaban todo el camino. Tema a parte era el traqueteo continuo, y el ruido de la máquina cuando anunciaba a todo el mundo que llegaba o se iba de una estación. Todo ello no le impidió dormir durante todo el trayecto, hasta que llegó, antes incluso de que saliera el sol en aquel solsticio de verano, a la ciudad predilecta de Augusto.

A las seis de la mañana estaba tomando una tartana que lo llevaba,uestas arriba, hasta el nuevo piso donde se habían instalado las jóvenes que iban a iniciar la nueva aventura teresiana. —*Baixada del Patriarca*— dijo al carro mientras se subía. Era un día muy especial, la víspera de San Juan. La ciudad estaba en calma, puesto que eran las primeras luces del día. Pero en las principales plazas y calles de la ciudad ya se estaban construyendo las hogueras que iban a arder esa misma noche, en cuanto se pusiera el sol. Era la noche más corta del año, aquella en que se quemaban, en una catarsis colectiva, los muebles viejos, lo que sobraba en las casas, y todo aquello que se quería olvidar

de la propia vida. Mientras pasaban al lado de una hoguera ya preparada, colocada al lado de la muralla, en *l'arc de Sant Martí*, Mateo se prometió a sí mismo quemar sus susceptibilidades con un Enrique de Ossó que tenía mil ideas y metía en mil líos a sus amigos. Le había hecho convencer a doña Magdalena, y ahora ya había delegado en él todas las gestiones sobre la licencia para el convento... todo esto iba a pasar a segundo plano, se decía, mientras se acercaban a las calles que circundaban la catedral. —Ya estamos —le dijo el cochero.

* * * * *

En aquellos días, las jóvenes se estaban mudando de la casa de la calle *Escrivanes Velles* a la situada en la *Baixada del Patriarca*, propiedad de Mn. Juan Roca. De esta última hasta la Iglesia de la Enseñanza había escasos metros, que se recorrían por la calle de les Coques, al lado de la catedral. Las monjas de la Compañía de María, que llevaban allí ya hacía algunos años, se habían ofrecido a las jóvenes para ayudarlas en lo que fuera. Enrique de Ossó no desoyó su llamada.

A las nueve de la mañana empezaron la ceremonia privada. Había cuatro sacerdotes: Enrique de Ossó, su muy teresiano amigo y colaborador del grupo de futuras maestras teresianas, Juan Roca Royo, el otro amigo íntimo de Tarragona, Francisco Marsal, y el prior de Móra y socio apostólico del fundador, Mateo Auxachs.

Sentadas en los primeros bancos de la capilla del colegio de la Enseñanza de Tarragona había nueve jóvenes. *Dolores Llorach*, natural de Roquetes y que residía en Godall, donde su padre era barbero-cirujano. *Josefa Teresa Audí*, tortosina que había acompañado a Dolores Llorach desde el primer día en su aventura en Tarragona con Magdalena Mallol. *María Cinta Talarn*, antigua hermana mayor y alma de la Archicofradía en Roquetes. *Teresa Blanch*, la joven de Godall a quien Enrique de Ossó había convencido «in extremis» de que se quedara, apenas veinte días atrás. *Josefa Vernet*, tortosina prima de Teresa Audí que estaba

implicada en la aventura desde el principio. *Dolores Esteve*, la joven de Calaceite que había insistido al fundador para que la dejara llegar al proyecto donde ya había otra teresiana de su pueblo, Ana Girona, que sin embargo no había querido implicarse en la nueva idea de congregación. Y tres jóvenes que acababan de llegar dos días antes desde Tortosa acompañadas del sacerdote de Vinebre: *Basilisa Bielsa*, *Dolores Boix* y *Dolores Piñol*.

Las hermanas de la Enseñanza les habían encendido las luces y secretamente escuchaban la ceremonia privada desde detrás de las tribunas que daban a la capilla.

Los sacerdotes Roca, Marsal y Auxachs eran testigos de excepción. Los dos primeros por ser amigos del fundador y su apoyo más directo en Tarragona. El tercero, su socio en las obras teresianas, se había desplazado para ayudar a Ossó en los ejercicios que se había comprometido a dar a la Archicofradía del 25 al 29 de junio. Como siempre, el joven sacerdote tenía que hacer dos cosas a la vez, los ejercicios a las nueve jóvenes y los de la Archicofradía. Y, claro está, había requerido su presencia.

Después de celebrar la Eucaristía, Enrique se adelantó hasta ponerse al lado de las jóvenes, y les preguntó: —¿Os comprometéis a vivir en comunidad, dejando vuestro bien por el bien común, y dedicadas por entero a conocer y amar a Jesús y hacerlo conocer y amar por medio de la educación católica de la mujer?

Una tras otra, cada una de las mujeres contestó afirmativamente, de forma personal, y sin vacilación.

Después, Ossó volvió a preguntar: —¿Os comprometéis a vivir sujetas al reglamento provisional y a otro reglamento que se pueda redactar para formular la vida en la Compañía de Santa Teresa de Jesús? ¿Os comprometéis a dejar vuestra voluntad en segundo lugar, para favorecer vuestra misión, y cumplir aquellas reglas que vengan escritas en las Constituciones, así como cumplir lo que la obediencia os pueda dictar?

Ante esta nueva pregunta, fueron asintiendo todas, alto y claro.

Tras esta aceptación, que suponía la constitución de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, el fundador se dirigió a ellas. *Vuestra misión en una palabra, será trabajar en medio del mundo por hacer el Apostolado de la mujer fecundo en la mayor escala posible...*

¿Cómo lograr fin tan alto? Preparándose en el silencio y apartamiento del mundo, formando su espíritu, su corazón y su inteligencia al molde de la santa Madre Teresa de Jesús, y alentadas por sus enseñanzas, extender luego el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por el mundo, por medio del ejemplo y la educación cristiana... Si Teresa de Jesús viviese ahora, por cierto que había de llamar preferentemente su atención la educación de la juventud... No es de maravillar, pues, que el árbol frondoso de nuestra Congregación teresiana... mire con preferencia de preservar los corazones inocentes... por medio de una educación cristiana y de una enseñanza sólida, según el espíritu de la gran Teresa de Jesús, y con esto regenerar a España, al mundo todo por la imitación de las virtudes de la Santa de nuestro corazón, tipo acabado de la perfecta mujer católica y española.

Hoy, gracias a todas vosotras, podemos decir que ya es un hecho esta obra de celo, y esta tiene que ser excelente, la primera en extender los intereses de Jesús. Idea que ha merecido la adhesión entusiasta, la bendición y protección de nuestro ilustrísimo Prelado y Metropolitano. Rogamos... a Jesús para que por intercesión de su Teresa se consolide y se propague animada del verdadero espíritu de celo por los intereses de Jesús tan grande obra¹⁵.

Cuando acabó la ceremonia era casi medio día. En la calle se oía la animación de la gente que preparaba una de las fiestas más grandes del año. Los petardos, que se oían esporádicamente desde primera hora de la mañana, habían incrementado enormemente su frecuencia, y ya habían apagado algunas de las palabras del fundador.

¹⁵ RT 47, agosto 1876.

La ciudad hervía en preparativos, la Compañía estaba naciendo, las nueve jóvenes empezaron en aquel mismo momento los ejercicios espirituales que debían consolidar y afianzar su ánimo para dar vida a la más ambiciosa obra teresiana.



Roma, 27 de agosto de 1894

Aunque había vivido muchos años en lugares de clima estival tórrido, cuando llegaba el verano ya no se acordaba. Tanto en Vinebre como en Tortosa, el sol que caía a plomo durante los meses de julio y agosto era en algunos momentos simplemente insoportable, paralizante. Roma, en este aspecto, se parecía bastante a los principales escenarios de su vida, pero el calor se presentó, como siempre, por sorpresa. Cuando había llegado, en el mes de abril, la temperatura era primaveral, agradable, y se había acostumbrado a los paseos diarios. Más tarde, a principios de junio, cuando se trasladó a la residencia de los paúles, en la Via della Missione, 2, el tiempo permitía aún los largos recorridos por el centro de Roma. Normalmente, pasaba gran parte del día encerrado en su cuarto, trabajando y escribiendo. Cuando se cansaba, salía a la calle. El edificio donde se hospedaba estaba justo al lado del Palazzo Montecitorio. Desde ese punto, se había acostumbrado a caminar hasta el río, o a moverse por la Piazza Navona. Solía visitar las numerosas iglesias que tenía al lado. Respirar el aire cosmopolita de las calles de la ciudad, recorrer los monumentos, transportarse a la antigüedad imperial a veces le hacía olvidar el motivo de su estancia en la ciudad del Papa. Las gestiones para intentar encontrar una salida al pleito no eran fáciles, y le resultaba complicado estar al día de la vida de la Compañía desde tan lejos.

Por las mañanas, celebraba misa junto con otros sacerdotes paúles. Después solía dedicarse a rezar y trabajar en sus escritos pendientes, recibía y contestaba su correspondencia, e

intentaba avanzar artículos para la *Revista Teresiana*. Durante su estancia en Roma debía escribir aún con más antelación, porque el correo a Barcelona no era muy rápido y los impresores necesitaban su tiempo para compaginar la revista.

Regularmente tenía reuniones con sus abogados, y se veía con cierta asiduidad con su amigo y colaborador, el secretario de estado Vaticano Cardenal Rampolla, y con otros altos cargos de la Iglesia con quien había trabado cierta confianza, como monseñor Della Chiesa. Pero sus contactos en altos estratos de la jerarquía vaticana parecía que no surtían efecto, y sus asuntos legales avanzaban lentamente. El 22 de julio, hacía ya más de un mes, había presentado la documentación apelando a su buena fe en todo el asunto del pleito. Remitía a todas las pruebas que, a tal efecto, había entregado en 1891, y que no habían tenido ninguna incidencia en la sentencia condenatoria del 11 de marzo de 1892.

Aquel 27 de agosto Enrique de Ossó rompió su rutina matutina y, después de desayunar bien temprano para esquivar el calor, se puso en camino, cuesta arriba, hacia la iglesia de Santa María de la Victoria. La subida, con el bonete en la cabeza y un bastón para ayudarse a andar, el sol ya apuntando en el horizonte, le hizo recordar por un momento aquella otra tan habitual, y tan feliz, y tan lejana, la de la ermita de Migcamí, donde soñó junto con los niños aquel día de abril.

Llegó a la Iglesia y se sentó en un banco, bien cerca de la imagen de la Santa. Contemplaba el rostro extasiado, el cuerpo vencido, la flecha del Querubín suspendida en el aire a punto de llegar al corazón. El silencio era total en la nave semi-oscura. Cerró los ojos, y habló largamente con la mujer transverberada. Pasaron unas horas, hasta que decidió que tenía que volver, para llegar a tiempo a la comida, a la una en punto.

Bajó de prisa, pasando por delante del palacio del Quirinal y tomando después unas calles estrechas alternativas que lo llevaron por un camino más derecho, aunque difícil de seguir para un foráneo, a la casa de los paúles. Al llegar, le estaba esperando Monseñor Mori, su abogado y ya amigo. Giuseppe Mori

había conocido a Enrique de Ossó a causa del pleito que mantenía con tres sacerdotes y unas monjas carmelitas en Tortosa. Al principio, lo había asesorado como experto en derecho canónico y eclesiástico. Pero ya hacía tiempo que la relación había evolucionado a una sólida amistad.

—Enrico, —le dijo el sacerdote con una entonación propiamente italiana —me ha llegado una comunicación de la Sagrada Congregación. Tiene fecha de ayer, 26 de agosto. Se afirma que no tuvieron en cuenta el fajo entero de tu defensa en la sesión del 11 de marzo del 92 porque no les había llegado. Me he puesto en contacto con el procurador Serpetti. Me ha jurado y perjurado que él entregó toda la documentación. Nadie sabe qué ha pasado, ni dónde ha ido a parar el fajo encuadernado.

Enrique de Ossó miraba desconcertado al sacerdote italiano. No sabía si estaba recibiendo una buena o mala noticia. Tampoco sabía qué pasos había que dar a partir de aquel momento.

—Me he puesto en contacto con el cardenal prefecto, —siguió Mori diligente —y le he informado de las irregularidades del caso. Pero no ha sido muy receptivo. Parece que no se quiere implicar más en el tema, y me ha dicho que emitirá un *expectetur*.

—¿*Expectetur*? —Ossó no sabía de recovecos legales—. —¿Qué tengo que esperar?

—Eso quiere decir que esperes a ver qué dice el ordinario, que él no se va a inmiscuir. Pero es un caso claro de *reproponatur*, es decir, vamos a pedir que se vuelva a empezar toda la instrucción, ya que no has tenido oportunidad de defenderte, nadie ha oído tus argumentos, y esto hace el juicio inválido. A mi parecer, claro.

El sacerdote de Tortosa experimentó desconcierto e indefensión ante tales noticias. No sabía muy bien cómo reaccionar, ni qué tenía que hacer ante las propuestas y afirmaciones de su amigo abogado. Llegó tarde a la comida, que hizo solo y en un silencio pesaroso. Parecía que todos los jueces, tribunales, leyes del mundo se alineaban contra él. Veía cómo sus sueños se tambaleaban, y dudaba de que pudiera completar su obra.

Sintió la necesidad de salir, pues de pronto se encontraba encarcelado en aquella habitación-despacho donde pasaba habitualmente horas de trabajo. Pero eran apenas las cuatro de la tarde. A finales de agosto el calor ya había parado un poco, y era posible incluso respirar. Aun así, la ciudad no se animaba hasta el atardecer, y era entonces cuando él paseaba de manera cotidiana. Se había acostumbrado a sus caminatas vespertinas, huyendo del sol hasta donde le era posible. Le acompañaba su cartera de piel, de la que no se separaba mientras andaba, guardando en ella todos sus pensamientos.

Las seis de la tarde llegaron cuando estaba más revuelto en sus pensamientos. En un complejo torbellino de sentimientos, notó ya que no se sentía con muchas ganas de salir de su celda y enfrentarse al mundo, pero violentó su ánimo y se obligó a sí mismo a seguir con sus rutinas, haciendo un camino que se sabía casi de memoria. Salió de la casa de los paúles, pasó por delante del Palazzo de Montecitorio, y llegó a la plaza de la Colonna. Allí se detuvo un momento. Le gustaba contemplar la columna de Marco Aurelio, ver los relieves que explicaban las gestas del emperador, dibujadas una por una, dando vueltas y más vueltas a aquel soporte dórico de casi treinta metros. De allí salió al Viale Corso, con las idas y venidas constantes de los comerciantes, y el movimiento propio de una gran ciudad. Por esta calle siguió hasta la plaza Venezia, y después, atravesando los foros, llegó hasta el Coliseo.

La visión del gran anfiteatro era, sin duda, el espectáculo que más le inspiraba de Roma. Solía entrar en el imponente monumento, cuando se lo permitían, y sentado en las gradas de piedra se dejaba impresionar por la magnitud de la construcción. Aquella tarde se tomó un largo tiempo para rezar en aquel lugar que le conectaba profundamente con tantas generaciones de personas que habían luchado por construir aquello en lo que creían. Se sintió con confianza, mirando en silencio el cielo rojizo por los últimos rayos de sol. Al cabo de un rato sacó su cartera de piel, su pila de libretas, y su juego de lápices con la punta afilada.

Tomó una libreta, la abrió, y empezó a examinar la primera página, que había escrito en aquel lugar casi dos meses antes. Releyó el texto varias veces, hasta el último párrafo, corrigiendo algunas palabras.

[...] A hacer conocer, pues, más y más Jesucristo, en lo que consiste la vida eterna, nuestra única felicidad en el tiempo y en la eternidad, se dirige este librito. A mostrarnos su vida real, práctica, imitable; a enseñarnos y movernos a hacerlo todo por Jesús y con Jesús, se ordena nuestro humilde trabajo. ¡Oh! ¡Qué feliz será el alma que aprenda cada día esta lección y la practique! ¡Qué pensamiento tan regalado! ¡Yo viviré hoy, comeré, dormiré, hablaré, callaré, trabajaré, padeceré, lo haré todo, lo sufriré todo en unión de Jesús, en unión de aquella divina intención y con aquellos sentimientos con que lo hizo Jesús, lo padeció Jesús, y desea que yo lo haga, o lo padezca!... Quien tal haga, y todos lo debemos hacer, vivirá aquí en la tierra una vida del cielo, se transformará en Jesús y podrá decir con el Apóstol: Vivo yo, mas no yo, que Cristo vive en mí. Aquí por gracia, que es prenda de la futura gloria que se nos espera y promete si imitamos a Jesús, «En aquella vida de arriba / Que es la vida verdadera», como cantaba la enamorada de Cristo Jesús, nuestra Santa Madre Teresa de Jesús¹⁶.

Le gustaba el texto, aunque sabía que era una utopía. Se sentía identificado con estas palabras, pero... qué doloroso vivir y sufrir con los sentimientos de Jesús. Se acordó entonces de sus primeros libros, llenos de objetivos organizativos, como los reglamentos para sus asociaciones o la Guía práctica del catequista. En ellos se notaba el vigor de la juventud. Después había escrito muchas novenas, y libros de devoción, para ayudar a la gente a no alejarse de Dios. Eran simples, con el lenguaje que la mayoría entendía, y a veces, solo a veces, había dejado traslucir lo que él vivía. En cambio, en *Un mes en la escuela del Corazón de Jesús*, había acabado hablando a Dios más que de Dios.

¹⁶ Prólogo a *Un mes en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús*.

Como la Santa, pensó. Se encontraba a sí mismo en cada renglón, en cada página, en cada exclamación dolorosa. Lo había escrito en menos de dos meses, del 8 de junio al 3 de agosto, cuando había concluido la meditación trigésimo tercera. A pesar de las decepciones, de las batallas, de las gestiones interminables en el Vaticano, los días de silencio y soledad en Roma, las visitas al Coliseo y los largos paseos tenían la capacidad de pacificar su alma. De alguna manera, muy en el inconsciente, sabía que aquel tiempo de calma le venía bien, le ayudaba a cortar con el angustioso ambiente de Tortosa, y por eso aún no había decidido volver.

¡Cuánto me gozo, Jesús mío de mi corazón, al recordar que eres para mí Pontífice y Abogado Padre y Protector desde este hermoso cielo y desde el Sagrario! Siempre, al pedir en tu Nombre una gracia al Padre, daré una mirada al Sagrario y al cielo, y uniré mis súplicas e intenciones de tu Corazón adorable. ¿Qué sé yo lo que me conviene, Señor? Acaso si me dieras lo que te pido y anhela mi corazón sería para perdición de mi alma, pues no conozco el plan de tu providencia sobre mí. Sólo sé, Jesús mío, que por muchas tribulaciones, a tu ejemplo, he de entrar en el reino de la gloria. Sólo sé que he de pasar por el fuego y el agua antes de llegar y gozar del refrigerio, pero sé que Tú me amas, Corazón de Jesús mío, más que mi padre y mi madre y todos los que me aman y quieren bien y me lo pueden querer. Por lo mismo, descansaré en tu providencia y amor, no queriendo violentar las trazas admirables de tu providencia paternal, sino tan sólo conocerlas para adorarlas, amarlas y seguirlas dócilmente, exactamente. No quiero adelantar el reloj de tu providencia adorable, sino mirarlo y observarlo para hacer en cada hora lo que Tú me señales, pues esto será lo mejor para mi alma y para mi gloria, porque sé que me amas y todo lo ordenas para mi bien. Haga yo, pues, siempre tu voluntad soberana así en la tierra como en el cielo, y haz de mí lo que quisieres, porque está todo mi bien en contentaros. Amén¹⁷.

¹⁷ Un mes en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, día trigésimo tercero.

Releyó la meditación trigésimo tercera y, como era su costumbre, acabó de corregir sus últimas erratas entre las piedras del Coliseo. Cerró su libreta, y la guardó a la espera de volver a Barcelona para enviarla a la imprenta.

Después, sacó lo que le costaba más de escribir, el libro de pedagogía. Al contrario que el *Mes en la escuela del Corazón de Jesús*, no había suficiente con sentarse delante del papel y dejar fluir sus oraciones y sus sentimientos. Tenía todas sus ideas de pedagogía en su cabeza, y había conceptos que había formulado mil veces, pero las páginas de la libreta donde lo escribía se llenaban lentamente. Su estado interior le impedía en gran manera ordenar y formular sus pensamientos, escribir de manera lógica. Se admiró de cómo había cambiado su vida, su forma de trabajar, y su fe en sí mismo. Garabateó algunas líneas, como era su costumbre, aunque no estaban muy conectadas con otras que había ido poniendo sobre el papel.

Después de un rato, cerró la libreta, y sacó un pequeño libro. Su gran éxito, el *Cuarto de hora*, su obra fundamental. Con este escrito había enseñado a rezar de verdad, a hablar con Dios, a miles de personas. Cuando lo escribió, hacía casi veinte años, le había gustado su forma, su estructura, la manera de sistematizar un ejercicio tan difícil como era entrar en sí mismo y abrirse a lo otro. Ahora pensaba que le hacían falta algunos retoques, y proyectaba una nueva edición con numerosos cambios. Se puso a leer la primera semana. Al momento, buscó un lápiz con punta. Empezó a tachar. Tenía mucho trabajo.



Barcelona-Sabadell, 29 de junio de 1875

Cuando la violenta lluvia se calmó un poco, Enrique de Ossó tomó un paraguas y su maletín y salió de casa pese a las protestas de su hermano y su cuñada. Tenía muchas cosas que hacer. Buscó la calle Hospital, y la siguió hasta las Ramblas, aquella avenida exuberante de vida y color. Cruzó y siguió adelante hasta la plaza del Pi, para tomar inmediatamente la calle del Pi. Allí entró en un portal que tenía estampado el número 5.

Al cruzar el umbral, un muchacho con una camisa larga azul lo reconoció enseguida y entró a buscar al dueño.

—¡Mossén Enrique!, —dijo sonriente un señor de mediana edad con el cabello canoso—. ¡Qué alegría verle!

—Señor Casals, decir buenos días no es lo más correcto después de esta tormenta.

El tipógrafo reía mientras iba a buscar un fajo de libros que tenía dentro.

—Creo que tenemos un libro de éxito. Dos años, dos ediciones. Se me va de las manos. Me lo piden en todas las librerías, en las parroquias... Por fin un volumen que puedo vender a lo grande.

Enrique abrió con cuidado la segunda edición del *Cuarto de Hora*. Se veía elegante, con sus tapas negras y sus letras bien perfiladas sobre el papel blanco. Sabía que se había convertido en el libro de cabecera de muchas jóvenes, y de gran número de adultos.

—No sé si podría llevarme ahora unos cuantos. Tengo una celebración esta tarde.

—Por supuesto, Ossó, por supuesto. Pero tendríamos que pasar cuentas, también. Si hoy no puede, un día de estos.

Casals sabía que Ossó nunca tenía dinero. Y Ossó sabía que Casals lo sabía. Seguramente no le pagaría la edición, y seguramente Casals se quedaría con el dinero de lo que vendiera. Pero seguían las conversaciones de siempre repitiendo los mismos patrones.

—Y qué libro está preparando, ¿ahora? No puede parar. Creo que es mi mejor autor. El *Viva Jesús* también funciona bien.

Casals tenía la misión de pinchar al escritor de espiritualidad de moda para que produjera. Y este le respondía con al menos un par de libros anuales. Pero ahora el sacerdote estaba demasiado ocupado en asuntos apostólicos diversos, y no tenía mucho tiempo, más allá de escribir reglamentos y novenas.

Cuando acabaron de conversar, Ossó se llevó un paquetito con unos cuantos ejemplares del *Cuarto de Hora*. Al verlo cargado, Casals le pidió una tartana. —¿Dónde va? Mis ayudantes lo llevan. Está lloviendo, y no hace día de andar por ahí—. A la estación, tengo que tomar el tren —respondió el sacerdote—. Siempre igual. No paramos nunca —la afirmación habitual del tipógrafo.

* * * * *

A media tarde ya estaba en Sabadell. Nadie había ido a esperarlo. Había escrito una carta por la mañana a su amigo Sardá y Salvany, donde ni afirmaba ni desmentía su asistencia. Además, como ya empezaba a ser norma, las cartas, como muy pronto, llegarían en el mismo tren que él.

Era tarde, así que se dirigió directamente a la parroquia donde iba a tener lugar el acto de instalación de la asociación de Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús.

— Mi buen amigo Ossó, — dijo Sardá cuando lo vio, dándole un abrazo—. Sea muy bienvenido en mi pueblo. Espero que te hayas preparado el sermón, porque ya sabes que yo no sé qué decir, cuando llego a Santa Teresa.

Mientras escuchaba, Ossó iba desempaquetando los nuevos ejemplares del *Cuarto de Hora*.

— ¿El *Cuarto de Hora*? ¿No decías que se había agotado?

— Es una nueva edición, amigo Sardá. Se venden tantos, que hemos tenido que reimprimir de urgencia. Quería retocar algunas cosas, pero ni tiempo he tenido.

Sardá era editor reconocido de la famosa *Revista Popular*, y autor ya en aquellos momentos de más de 10 libros, además de censor de los escritos de Enrique de Ossó. Un católico reaccionario firmemente opuesto a cualquier innovación que pudiera producirse en la Iglesia o en la sociedad. Se alegraba de los éxitos del sacerdote de Tortosa, pero a veces no podía dejar de observar alguna inconveniencia doctrinal con ellos, y en alguna ocasión incluso llegó a sentir un poco de envidia.

— Ossó, ten cuidado con lo que dices. — Se avecinaba uno de los sermones anti-teresianos del de Sabadell, y el de Vinebre lo sabía—. Primero nos pones a todos una mujer como ejemplo de virtud. Además, una que fue perseguida por desviaciones del canon dogmático, y que era inquieta y andariega. Y después te inventas que ella ha dicho que todo se arregla con un cuarto de hora de oración.

Ossó sonreía. Se sabía la historia.

— Me alegro del éxito de tu libro. Pero un cuarto de hora... ¿Cómo vas a basar la vida cristiana en un cuarto de hora de silencio? Sin verificar qué es lo que la persona piensa, o lo que Dios le dice. Ten cuidado, que esto puede ser fruto de desviaciones teológicas.

— Félix, estamos en el siglo de la prisa, el mundo corre vertiginoso. La fotografía inmortaliza un segundo, vamos de un sitio a

otro en un momento en el tren, los avances tecnológicos se suceden... un cuarto de hora es un largo tiempo. Y quien habla con Dios en su corazón no tiene ideas teológicas, sino amorosas.

Sardá y Salvany miraba desconfiadamente los libros. Los dos sacerdotes se encontraban en la sacristía, revistiéndose para el acto. La capilla estaba a rebosar de jóvenes que querían ser teresianas.

—No sé cómo lo haces —dijo Sardá con una mirada de incredulidad—. Todas estas jóvenes están aquí por la oración, sí, y por cambiar el mundo desde la vida cotidiana y todo eso. Pero en el fondo es por ti. Y a veces me parece que eres un liberal y un modernista, una persona que no hace más que buscar modernidades a la religión. ¿Por qué tienes que inventar nuevas formas de rezar, si la Iglesia, que ha sido perfecta desde su creación, no las ha necesitado ni prescrito?

En aquellos momentos empezó a sonar un himno en latín. Las lámparas ya estaban encendidas. Las mujeres de la Iglesia se levantaron. Los dos sacerdotes salieron al presbiterio para instalar la asociación teresiana por primera vez en una ciudad del obispado de Barcelona.



Montserrat, 21 de octubre de 1882

—¡Viva la Virgen de Montserrat!

—¡Viva la patrona de Cataluña!

El tren especial fletado para la peregrinación de la Archicofradía Teresiana a Montserrat se estremecía con cantos y vítores nada más vislumbrarse el macizo, pasada la estación de Terrassa. Los 1053 peregrinos provenientes principalmente de Tortosa, Tarragona, Gracia, Barcelona y Mataró, repartidos en 25 vagones, cantaban disonantes y a distintos tonos, sobre el sonoro traqueteo de la locomotora.

En uno de los coches, el director de la Revista Teresiana viajaba acompañado de las dirigentes de las diferentes juntas de la organización, algunas integrantes de la Compañía de Santa Teresa, personas eminentes como el obispo de Eumenia, el director de las teresianas de Barcelona, el Dr. Juliá, un padre del oratorio de San Felipe Neri y otros amigos. La conversación era animada, y no decayó hasta que, a las diez y media, llegaron a la estación de Monistrol. Como siempre, el desembarco fue lento, pues todos iban con sus maletas para pasar tres días, y además llevaban estandartes, banderas, libros de devociones... Pero la organización era perfecta. El equipaje se colocaba en coches convenientemente etiquetado, los estandartes eran trasladados por las personas designadas previamente, y los cabezas de cada grupo pasaban lista ordenadamente.

Los mozos de escuadra estaban esperando a la expedición para escoltarla, pero Ramón Moreno, que figuraba como prin-

cipal de la marcha, les agradeció el ofrecimiento de ayudarles y les indicó que no los necesitaban. El mexicano se sentía halagado y comprometido con el camino que iban a empezar, a la vez que deseaba que su cuerpo le respondiera para no quedar en evidencia durante la subida.

Al salir de la estación de Monistrol, toda la peregrinación formó en dos larguísimas filas. Una gran mayoría de los caminantes eran mujeres de todas las edades, representando los distintos grupos de la archicofradía. La marcha empezó a las once en punto, subiendo lo que Ossó denominaba la catedral de las montañas, hasta llegar al Santuario de la Virgen de Montserrat. El gran número de participantes hacía que el ritmo no fuera muy rápido, pero entre el silencio se oía la respiración forzada de muchos peregrinos.

El día era esplendoroso, luminoso y soleado, algo bastante inusual en el mes de octubre. Algunos sacerdotes iban rezando el rosario, que contestaban, si el resuello lo permitía, las teresianas. El obispo de Eumenia avanzaba con cierta facilidad y miraba de reojo al cuarentón Ossó, que cada vez estaba más grueso, pero escalaba sin aparente esfuerzo enfundado en su sotana.

—¿Cómo lo hace? —le preguntó.

—Estoy acostumbrado a las excursiones, a subir a Migcamí con los niños de la catequesis, a ir de aquí para allá sin descanso —contestó el sacerdote—. ¡Y usted no conoce Tarragona!

Pero el mexicano no se refería a esto.

—¿Cómo consigue que le sigan, organice lo que organice?

El de Vinebre lo miró sorprendido. —No me siguen a mí. Siguen a la Santa. —Con esto cerró la conversación.

—Mirad, mirad, la pluma de la Santa. —Dijo alguien mirando al cielo. Y ciertamente, en el cielo azul intenso una nube parecía dibujar una pluma. Todos aprovecharon para descansar un momento, mientras miraban, pero los que estaban a la cabeza de la marcha los hicieron seguir adelante.

A las dos en punto llegaron a la Font dels Monjos, donde pararon para comer y descansar un poco. Todos se fueron sentando en grupitos por procedencias o aprovecharon para conocer a teresianas de otras ciudades. El ambiente era de alegría, pero también de cansancio. Todos compartían la comida que habían traído para la excursión. Enrique de Ossó conversaba animadamente con Mn. Juliá y el resto de sacerdotes que iban con él. Al acabar la comida empezaron los cantos y los juegos de las más jóvenes, que parecían las menos cansadas. El fundador de la Archicofradía las miraba animado.

—Gracias por haberme invitado a ser el presidente de la peregrinación —le dijo Moreno a Ossó—. Es la segunda a la que voy con usted y, como la otra, está siendo una gran experiencia.

—Gracias a usted, Monseñor. Sobre todo, por no estar en Salamanca en estos momentos.

—Es mi orgullo, Don Enrique. Nunca permitiré que los masones se impongan en la política de los estados, y usted es un ejemplo de resistencia.

La retórica de Moreno era pletórica y floreada, y tenía en Ossó el efecto contrario al esperado. Así que el sacerdote decidió no pensar más en sus problemas con la junta organizadora del centenario. Eran casi las tres, hora de salir, si querían llegar a tiempo. El director de la Revista Teresiana, dio órdenes para que todos recogieran y se organizara nuevamente la marcha.

—Ave María, *gratia plena, Dominus tecum...* —El rosario se impuso como forma de acercarse a María y alejar el sueño mientras se proseguía el ascenso—. *Benedicta tu in mulieribus...* —Ossó caminaba, siguiendo el ritmo de la cadencia de las palabras, agarrándose la sotana para no pisarla. Secretamente, algunas veces, se arrepentía de haber llegado a la confrontación con los organizadores de los actos del centenario. Ante todos, su actitud se leía como intransigencia. Y él mismo dudaba de si no lo sería. Le decepcionaban las decisiones de la junta por su grandilocuencia, por haberse apropiado del teresianismo, por

haber querido que Teresa de Jesús fuera *su* Teresa de Jesús. — *Nunc et in hora mortis nostrae Amen*. — Su rectitud vehemente le había jugado una mala pasada, se había dejado vencer por su purismo en el tratamiento de la espiritualidad teresiana y había acabado celebrando el tercer centenario de la muerte de la Santa únicamente con los teresianos de Cataluña. Había perdido una buena oportunidad para crear lazos y recabar apoyos en otros lugares...

— ¡Ya llegamos! — se oyó muchas avemarías después—. Ya llegamos a la Ermita de los Apóstoles.

Los cantos de las teresianas de Manresa, Sabadell, Rubí y otras poblaciones cercanas a la montaña sagrada, que los estaban esperando, se oían cada vez más nítidamente. Después de un recodo, pudieron divisar sus estandartes mientras se unían a sus voces en sus cantos teresianos. Cuando llegaron, la alegría fue grande. Por parte de los peregrinos que subían andando, claramente alentada por la perspectiva del fin de la escalada.

En la Ermita de los Apóstoles se descubrió una nueva imagen de la Santa vestida, cómo no, de doctora. Era obra del Sr. Pagés, de Barcelona. Representaba a Santa Teresa en éxtasis, con el corazón en la mano, abrasado en llamas. Colocaron a la Santa en andas, y se reconfiguró la procesión. Entre las hermanas mayores de la Archicofradía de Cataluña llevaron la imagen hasta la basílica. Mientras iban llegando, sonaban las campanas cuyo eco reproducían las montañas. Las teresianas cantaban himnos en catalán, y los sacerdotes entonaron el himno latino de la Santa. Al entrar en los claustros, la comunidad de Padres Benedictinos los estaba esperando, junto con la escolanía. La imagen de la andariega castellana entraba con honores en el corazón de Cataluña.

Enrique de Ossó recordó cuántas veces había subido a Montserrat. El lugar le traía muchos recuerdos: decisiones, celebraciones, familia, hermanas. Pero uno sobresalía por encima de todos, la búsqueda de la paz, la soledad y el silencio.



Roda de Berà, 10-11 de agosto de 1881

La ermita de la Virgen de Berà, estaba situada en un enclave paradisíaco. Casi se podía tocar el mar, que se olía, se veía y se oía todo el día. Aunque su existencia databa de tiempos inmemoriales, su configuración actual era renacentista. No era un lugar para vivir cómodamente. Habían tenido que llegar al lugar con provisiones para sobrevivir la semana entera que en principio tenían proyectado pasar allí. No tenían cocina ni más enseres que los básicos. Además, iban a dormir en el suelo. Para el joven seminarista Juan Llatse esto era una aventura. Jamás habría hecho algo así por sí mismo. No le gustaba estar aislado de la gente, ni renunciar voluntariamente a las comodidades de la civilización. No entendía muy bien las ideas de Mn. Ossó sobre la vida eremitaña, pero por supuesto no le comentó nada a su admirado profesor de física. Y cuando este le había propuesto pasar una semana en la ermita, no había dudado.

Los dos primeros días en aquel enclave fueron muy molestos para el sacerdote de Vinebre, ya que no paraban de recibir visitas. Primero fue Mn. José Llopis, el anciano cura de Roda de Berà que, aunque ya muy enfermo, le hizo llegar, mediante sus parroquianos, todo tipo de presentes en muestra de agradecimiento por haberles hecho el grandísimo honor de fundar un colegio en el pueblo. Mn. Llopis, en nombre de la parroquia, había heredado una mansión de un rico terrateniente, el Sr. Elfes, y al enterarse de que un sacerdote de Tortosa acababa de fundar en Tarragona una congregación de maestras teresianas, enseguida

supo lo que quería hacer. Mn. Ossó tuvo que poner en juego toda su delicadeza y buena educación para decir a la gente de Roda, lo más amablemente que pudo, que quería estar solo. Después, las «hermanas» del colegio, e incluso las de Tarragona, no dejaban de ir y venir llevando cosas a la ermita para que su fundador y el joven seminarista pudieran tener todo lo que allí faltaba. El sacerdote, ansiando soledad, estaba a punto de montar en cólera. Incluso aprovechó una carta que estaba escribiendo a Saturnina Jassá, la Superiora General, para quejarse de la situación.

Pero, finalmente, se hizo la paz. Ossó desapareció en la orilla del mar, se perdió y no volvió en horas. Mientras, el joven Llatse, para matar el aburrimiento, rezaba rosarios y repasaba himnos litúrgicos.

Por la noche, con la única iluminación de un candil, el joven intentó preparar algo para cenar, pero el sacerdote apenas probó bocado, y fue rápidamente a sentarse en las rocas. —¡Juanito! —le llamó al rato—. Venga. Mire la lluvia de estrellas. —La noche estaba muy negra, y muy silenciosa. Solo se oía el mar. Juanito se sentó al lado de su profesor sin decir palabra. Cada pocos segundos aparecía una estrella fugaz, y la veían recorrer el cielo hasta que desaparecía. En algunos momentos, el cielo oscuro se llenaba de estrellas que duraban solo unos instantes. Estuvieron horas allí.

Por la mañana, el sacerdote se levantó con algunas ganas de hablar. Incluso comió un poco de pan seco y jamón. —Venga, Juanito —le dijo después de desayunar— vamos a repasar y a programar cantos.

Podía parecer que de Juan Llatse a Enrique de Ossó había un abismo. Su formación, su concepción del mundo, sus objetivos vitales... Pero había algo que los unía, y que iba a mantenerlos en relación durante toda la vida: la música.

Volvían a estar sentados al aire libre, aprovechando el fresco de la mañana de aquel día canicular. Enrique de Ossó traía un libro en la mano.

—Mire, mire esta joya: *Càntic religiós pel poble a una veu i cor*. Es la recopilación de cantos religiosos que preparó Cándido Candi con la ayuda de Mosén Cinto Verdaguer. Sé que no la conoce. Salió hace tres años, en 1878. Están en catalán, así que los puede cantar todo el mundo. No como las músicas en latín que a usted le gusta tocar.

El joven seminarista abrió el libro y empezó a tatarear... —Son muy bonitos, y muy pegadizos.

—Sí —le contestó el sacerdote—. Esta es la primera recopilación que hicieron. Pero ya tienen más material, y cuando se agote esta edición piensan publicar otra aumentada. Mn. Cinto está trabajando mucho para recoger cantos populares. Y les pone un toque suyo, ya sabe. Es el mejor poeta en catalán de nuestro tiempo. ¿Ha leído *L'Atlàntida*? Le juro que en mi vida había visto un lenguaje tan refinado. Creo que incluso ya se lo ha enseñado al Santo Padre.

Juan Llatse no compartía la pasión de Enrique de Ossó por la poesía, pero sí la pasión por la música. Y ya no prestaba mucha atención a lo que decía su profesor, puesto que reconocía melodías que sabía desde niño elevadas a la condición de canto litúrgico.

—¿Qué le parece este? —estaba diciendo Ossó, sacando un papel que había puesto entre las hojas del libro—. Acaban de hacer los arreglos entre Verdaguer y Candi. Uno la letra y otro la música. *Jesús, Jesús, nom dolcíssim, delícies del cel. Sellau mon cor amantíssim. Oh nom suavíssim, més dolç que la mel*¹⁸.

Llatse escuchaba la melodía. Ossó siempre había sido muy entonado. Ponía en aquel canto un sentimiento que dejaba traslucir todo aquello que ocultaba en su vida cotidiana. Era una melodía delicada, sutil, amorosa, y el hombre pragmático la cantaba más con el corazón que con los labios.

¹⁸ Jesús, Jesús, nombre dulcísimo, delicias del Cielo. Sella mi corazón amantísimo. Oh nombre suavísimo, más dulce que la miel.

— ¿Le gusta? ¿Es bonita, verdad? Verdaguer ya me ha dicho que me va a poner en contacto con Candi para que componga alguna música para la Compañía. Por cierto, esto me hace recordar que tengo una propuesta para usted. Mi amigo Altés está trabajando en unas letras de unos poemas a los que quiero poner música. Serían algo así como los cantos de la Compañía. ¿Entiende? Quiero que haya un himno, además de una bandera. Ya he hablado con el maestro Portas, y creo que algo podremos estrenar para los votos perpetuos, el año que viene. Pero además, me gustaría tener toda una serie de cantos propios. Por ejemplo, uno a la bandera, y uno como para animar a las hermanas a levantarse e ir con fuerza a trabajar por los intereses de Jesús. A lo mejor podría colaborar con alguno de estos—. Enrique le enseñaba en aquellos momentos un trozo de papel con unos garabatos— Mire qué ha escrito Altés: *Ya a los aires desplegada / pura y limpia reverbera / de Teresa la bandera / coronada de laurel...*

—No sé, mosén. Me quedan aún unos cuantos años de estudios. Mi intención es ayudarlo en todo lo que pueda. He tocado mucho, y he estudiado mucho. Pero nunca he compuesto.

—No importa, Llatse. Estás llamado a poner música a muchos cantos teresianos para ayudar a la misión de la Compañía de Santa Teresa. Creo que ahora es mejor que volvamos a hacer silencio. Si no te llenas de Dios, de mar, de paz, no podrás componer, ni crear, ni hacer planes.

Aunque aún era media mañana, el calor ya empezaba a hacerse notar con fuerza y el sol daba en las paredes de la ermita. El mar estaba quedo. Enrique lo contemplaba con avidez, como si quisiera contenerlo todo en sí, aprehenderlo todo, alcanzarlo todo... Su corazón estaba en calma; su mente no dejaba de diseñar nuevos proyectos, nuevos viajes, nuevos libros, nuevas fundaciones que habían de ayudar a construir sus sueños teresianos.



Orán, mayo de 1883

El vapor Salina entraba en el puerto de Orán, en Argelia, en la mañana del 27 de mayo, después de 14 horas de viaje, procedente de Cartagena. El día era muy luminoso y blanco, caluroso, una mañana radiante de mayo. La costa era bulliciosa, con mucha gente que iba y venía y, sobre todo, muchos niños que querían aprovechar la llegada de viajeros para pedirles limosna, ofrecer sus servicios y proponer todo tipo de intercambios. Mientras el barco hacía las maniobras de acercamiento, el sacerdote apareció en cubierta, por primera vez en todo el camino, para hacerse consciente de su primer contacto con África. Estaba pálido y desmejorado, como quien ha pasado una noche entera intentando contener los vómitos en el camarote. Se sentía tan mareado, que los gritos de la gente casi le hicieron perder el equilibrio.

Aún no había acabado de entrar en puerto el barco, y ya muchos niños habían logrado subir, acostumbrados como estaban al tráfico marítimo. Enrique de Ossó, agarrado con todas sus fuerzas a los candeleros, no hizo, por una vez en su vida, caso a los chiquillos que no paraban de ofrecer al *marabú católico* llevarle su equipaje. Era la primera vez en su vida que salía de Europa. Se enfrentaba desconcertado a un mundo que era sorprendente, desconocido, lejano y sentía como amenazador. Todo, la luz, el sonido, el color, los olores que se percibían, todo era diferente. Aún con el estómago revuelto, consiguió subir a una lancha que lo llevó a tierra firme. A pesar del choque cultural, el solo hecho de tener los pies en un suelo inmóvil le hizo

sentirse mejor. Allá tomó un carruaje y le pidió que se dirigiera a la parroquia de la Mosqué.

El Padre José Catá Blanch, originario de Mataró, no esperaba a Enrique de Ossó. El sacerdote de Vinebre, impulsivo, había decidido súbitamente viajar debido a sus grandes deseos de que la Compañía atravesara los mares, y envió inmediatamente una carta al claretiano, a quien había conocido en Barcelona en 1881. Pero la carta anunciando su llegada llegó en el mismo buque que él mismo. Después de la sorpresa, el misionero catalán acogió al fundador, y lo introdujo en el ambiente católico de la región en aquella época. Aprovechando que aquel domingo se celebraba el Corpus Cristi, Enrique conoció a sacerdotes, hijas de María, y católicos residentes en la ciudad, en general franceses y españoles.

Al día siguiente, el Padre Catá lo acompañó al Village Lamur, lugar donde estaba construyendo el futuro colegio que se ofrecía a las teresianas. Enrique aceptó en seguida el reto. La mezcla de idiomas, de religiones, de culturas, que podía ver en aquel lugar sobrepasaban su capacidad de comprensión, pero a la vez le aguijoneaban el alma de manera que se sentía insospechadamente vinculado a aquel lugar.

Las sensaciones encontradas se sucedían una tras otra. El último día de los tres de la estancia en la ciudad, subieron hasta la ermita de la Virgen de la Salud. Desde allí se divisaban los fuertes de San Gregorio y Santa Teresa, el castillo de Rosalca, la mezquita, la sinagoga, la catedral... toda la ciudad con sus calles tortuosas. Aquel mismo día visitó al obispo, Monseñor Ardin, y le explicó el proyecto que tenía con el Padre Catá para la Compañía. Más tarde, algunos sacerdotes lo acompañaron para que pudiera ver la mezquita antes de volver. Cuando iba a entrar en el edificio, Enrique vio un pórtico y un pequeño jardín con sus fuentes, donde se lavan los fieles antes de ingresar en el templo. En seguida les dieron unas babuchas y empezaron su visita. Al sacerdote le impresionó ver a los mahometanos hacer profundas reverencias y

genuflexiones. Algunos invocaban a Alá, o dormían echados en las alfombras, otros leían el Corán y discutían sobre la interpretación de algunos de sus fragmentos... Nunca había visto todas estas cosas. Al salir del recinto, divisaron un grupo de mujeres, completamente cubiertas, apenas los ojos visibles, envueltas en sus mantos... rondando la mezquita, puesto que no podían entrar...

El interior de Enrique quedó sumido en el silencio. Sabía que no podía comprender, y que las teresianas que fueran a Orán se encontrarían con un mundo desconocido y, para él, indecifrabable. Por un momento, se sintió viejo. Había creado la Compañía para romper barreras y cruzar los mares, y sentía que los muros a franquear podían ser muy diferentes de los que había imaginado, podían estar muy cerca, a pocas horas de casa.

Desde la mezquita, Ossó fue directo al barco. Los olores del puerto ya no le resultaban tan desconocidos, como tampoco el griterío de los vendedores, los niños, y los mendigos. Esta vez no había mala mar, y cuando, al caer la tarde, el barco se alejó de la costa africana, no tuvo que retirarse a su camarino. Sentado en la cubierta, entró en conversación con el maquinista, el fogonero y timonero, contentos de tener alguien a quien poder explicar sus aventuras en el vapor. Cuando se quedó solo, miró al cielo sorprendido por la noche estrellada. *El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos...* Esa noche, recitó los versos de su poeta preferido, Fray Luis de León:

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,

...

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto
sus pasos desiguales
y en proporción concorde tan iguales;

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos della
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor la sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benigno,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado;

rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro:

¿quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
y rompe lo que encierra
el alma y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí, asentado
en rico y alto asiento,
está el Amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.





La Almunia, septiembre de 1885

Tenía miedo. Sabía lo que tenía que hacer, dónde tenía que estar. Se sentía fuerte, pero se sentía muy débil. Notaba cómo el cólera la estaba destruyendo, demasiado lentamente, pero sin vuelta atrás. No entendía por qué aquella agonía tan larga. Había visto morir a la joven Ana Moreira, solo dos días después de llegar a la Almunia, sin tiempo a reaccionar, el día 5 de agosto. Después, Raimunda, el 29 de agosto. Y ella no pudo hacer nada. Se iban unas hermanas, y venían otras. Completamente volcadas en ayudar a cuidar a los enfermos. Pero ellas no sabían. Eran maestras. No dudaban en poner en peligro sus vidas, pero a veces le hubiera gustado que afrontaran la situación con un poco menos de heroísmo, y con un poco más de recursos y conocimiento.

Unas estaban noche y día en el hospital. Otras cuidaban a los niños. El pueblo entero solo vivía para sobrevivir. Ella dudaba. A veces soñaba que se iba, que volvía a Roquetes, que no respondía a la llamada del fundador de atender preferentemente a los enfermos del cólera. Guardaba su carta en el cajón de la mesita. Tenía fecha de octubre del 84.

Nunca te creyera tan acobardada con el cólera y enfermos. Es apostolado de sacrificio, y además que dice que el fin de la Compañía es con preferencia el apostolado de la enseñanza, mas no exclusivo. Las autopsias y muertos debe cuidarse el hospitalero, y no vosotras. Lo demás es obra de caridad el servir a un enfermo, y no tan difícil. Leed las condiciones, y veréis que no es lo que decís y suponéis.

Con el Sr. Cura, conviene te muestres seria, porque ha dicho cosas feísimas y falsas de la Compañía y Superiores. Pocas palabras, y sólo recordarle a él y Sr. Antonio que están en cargo de conciencia hasta que den los cinco mil duros que prometieron. Dña. Rosario te lo explicará.

No seas boba, y procura ser muy reservada en las palabras. Aragonés falso pero cortés. Ya sabes lo que te pasó en Maella, escarmienta, y sé prudente como la serpiente y sencilla como la paloma. Mucha oración y desconfianza de ti misma. Ya sabes que Dios te ha castigado y humillado siempre por tu presunción.

Ella estaba respondiendo con su vida. A lo mejor no había sido muy prudente. Pero había sido valiente. *No haya ninguna cobarde*, decía el himno que estrenaron el día de sus votos perpetuos. No lo había sido.

* * * * *

El calor y la muerte creaban en La Almunia un ambiente infernal. Cinta Aguilar vivía allí sin pensar, tratando de concentrarse en el día presente, sin meditar mucho en el futuro ni hacer planes. La muerte siempre acechaba y de alguna manera pensaba que si la obviaba la podía esquivar. Mientras muchas hermanas estaban en el hospital, ella tenía la suerte de trabajar en el colegio, con los párvulos. Las condiciones eran las peores que pudieran existir, pero no era tan malas como las de las que cuidaban a los enfermos. Ella también tenía su enferma, la directora, Cinta Talarn. La conocía desde que era niña. Había asistido al rebañito con Mn. Ossó en Tortosa, y veía a Talarn, hermana mayor de la Archicofradía de Roquetes, siempre tan segura, tan activa, tan teresiana. Era un modelo que ella quería seguir. Y siguió. Entró en la compañía con apenas quince años, tres años después que la fundadora. Ahora la veía en la cama, sufriendo por no poder hacer nada, ni siquiera moverse, sabiendo que la muerte estaba cercana. A ratos pensaba que tener que convivir con esta situación era peor que estar directamente cuidando en el hospital a gente que no conocía. Tenía que ayudarla a todo,

pues estaba ya muy débil. Además, Talarn casi no quería comer, ni luchar, su único pensamiento era la muerte.

Juan Peiró llegó mientras Cinta Aguilar estaba despidiendo a los parvulitos. Los viajes del sacerdote valenciano al pueblo aragonés eran constantes, puesto que en él había confiado Enrique de Ossó para que gestionara los múltiples problemas y pleitos derivados de los desencuentros económicos en la fundación. Los desencuentros habían surgido con el sacerdote Ramón Aranda y el bienhechor Antonio Jimeno, quien había comprometido el dinero para hacer la fundación. Peiró no había rehuído el pueblo durante la epidemia de cólera que lo asolaba desde hacía un año, y prácticamente era uno más de la comunidad.

— ¿Cómo estás, cómo estáis todas? — Le dijo el hombre a modo de saludo.

— Cinta Talarn está cada vez peor. La muerte está por todas partes. He visto morir a dos hermanas jóvenes en veinte días. Y creo que no podemos más.

— He venido para daros ejercicios, ya sabes. Pero no sé si la situación es la adecuada.

— No creo que podamos dejar de lado nuestras obligaciones, pero escuchar alguna plática nos puede hacer bien.

* * * * *

Peiró pasaba largos ratos con Cinta Talarn, mientras ella le contaba sus miedos y sus esperanzas. Ya no le expresaba sus sueños y proyectos, como había hecho hasta hace poco. La meta estaba demasiado cercana.

El sábado 26 de septiembre la directora se puso peor. Las hermanas y el sacerdote estuvieron a su lado, hasta entrada la madrugada del día 27.

Mientras veía a las hermanas congregadas a su lado, Cinta Talarn recordó aquel día en que, sentada en la Iglesia de San Antonio, oyó las palabras de Enrique de Ossó. ¿Quién será esa

mano? ¿Quién avivará esos carbones? Ella lo había querido ser. Y se recordó en aquella capilla minúscula seis años después, mirando el cuadro de San Pablo, mientras se comprometía jurídicamente con la Compañía. Era solo como un sueño, y muchas imágenes se agolparon en su mente. Tantos proyectos... La capitana apareció entonces, con el estandarte en una mano, invitándola a acompañarla... *No hay que temer, no durmáis...* Ella sería la primera de entre las fundadoras en seguirla... *pues que no hay paz en la guerra...* mientras iba tras la Santa, que caminaba con paso firme... oía resonar dentro de sí las notas del canto... *Vendamos cara la vida... que no hay quien mejor la guarde, que quien la da por perdida.*



Barcelona, Navidad de 1895

La tartana se detuvo delante del imponente colegio de la Compañía en la calle San Gervasio. Enrique de Ossó bajó, pagó al cochero, tomó su maletín y empezó a andar hacia la puerta diseñada por Gaudí, como el resto del edificio. No había ni un detalle en aquella arquitectura, ni en el hierro de las verjas, ni en la construcción de los pasillos, ni en la configuración de las columnas, ni en la distribución de las habitaciones, que no recordara a Teresa de Jesús. Aquella había sido la casa soñada, la que expresaba más convincentemente su espíritu; allí sentía que habitaba el lugar por el que era habitado. Pero ahora caminaba para entrar en ella con aquella punzada de dolor intenso que sentía hacía tiempo cuando se acercaba a la sede del Consejo General de la Compañía.

Tocó a la puerta.

—¡Padre! —Le dijo la portera, que tardó un rato en abrir, porque seguramente no preveía que fuera a llegar nadie en una mañana de Navidad—. No le esperábamos. ¿Debo avisar a la Madre Rosario? —La portera le hablaba nerviosamente. Sabía que el fundador ya no era bien recibido, pero nunca le habría negado el paso.

—Gracias, hija, no te preocupes. Vengo a ver a Monseñor Ibarra. Tengo entendido que está aquí, y quiero saludarle.

—Por supuesto, pase, no se preocupe, adelante —La portera, que no sabía qué hacer, lo hizo pasar al recibidor, como si fuera una visita, y se marchó corriendo a buscar al obispo mexicano.

Más joven que Enrique de Ossó, Ramón Ibarra había sido un amigo muy cercano de la Compañía desde que había sabido de ella. Siendo vicario general de la diócesis de Puebla, la conoció de oídas por parte de Monseñor Ramón Moreno y por la señora Dujat. Gestionó la primera fundación en América, la de Puebla de los Ángeles, y apoyó al fundador y su obra en su despliegue en América. Ossó e Ibarra se habían conocido personalmente en Roma, en 1888, cuando los dos asistían a los actos del 50 aniversario de la ordenación sacerdotal de León XIII, el de Vinebre acompañado de Saturnina Jassá y Teresa Pla. El fundador supo desde el primer momento que Ibarra no era una persona cualquiera. Inteligente, formado, espiritual, con un ánimo apostólico incansable, el joven obispo se parecía mucho al Enrique de unos años atrás.

Ibarra entró en el recibidor al cabo de unos minutos, con gesto de desconcierto.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. Nada de lo que estoy viendo es normal. ¿Ya no tiene habitación aquí? ¿No va a pasar la Navidad con la comunidad de la casa madre?

—No se preocupe, amigo, —le correspondió el sacerdote tortosino después de saludarlo afectuosamente—. La vida da muchas vueltas. Eso es todo.

La conversación entre los dos hombres duró poco más de una hora. Al cabo de este tiempo, se despidieron y cada uno tomó su camino.

Enrique no se quedó a comer en el colegio, a pesar de ser el día más señalado del año. La portera hizo amago de insistirle, pero no se atrevió.

—Me voy a casa de mi cuñada. A la calle del Pi. Si necesitan algo, ya saben dónde encontrarme. Hace tiempo que no paso un día señalado con ellos, y me hace mucha ilusión —mintió Enrique. La hermana de la portería asintió aliviada.

Si bien la relación con su cuñada, Teresa Serra, siempre había sido fácil, desde que su hermano muriera, en marzo de 1885,

se había estrechado aún más. Siempre que podía, en sus constantes viajes a Barcelona, iba a visitar a la familia. Se interesaba por los sobrinos y daba apoyo a la gestión del patrimonio familiar. En cambio era muy extraño que fuera a pasar con ellos la Navidad.

El coche lo estaba esperando, como habían quedado, en la calle San Gervasio, fuera ya del recinto del colegio. Se subió e indicó la dirección a la que iban. Pasó por las calles intuidas de aquella Barcelona de Cerdá que se estaba creando aún. Le gustaba ver cómo cambiaba la ciudad, los grandes adelantos tecnológicos, las avenidas rectas, las luces eléctricas. Cuando llegó a la Rambla, hizo un gesto al cochero para que girara por Portaferriusa. Ya llegaba. La Barcelona Gótica era la de su pasado, la de sus estudios, la que conocía de siempre, su ciudad. En seguida llegó a la calle del Pi, e hizo parar la tartana. Bajó, pagó, tomó su maletín, y entró en casa de su familia.

Después de comer, se despidió de todos. Su sobrino Lluís lo acompañó a la estación, donde tomó un tren hacia Tortosa. Durante el viaje dormitó, rezó, observó a la gente que, como él, se veía obligada a viajar, sola, el día de Navidad. Llegó a Tortosa a las dos de la madrugada. Una tartana lo estaba esperando, y lo llevó directo a la Casa Colegio de Jesús. Josefa Llatse lo estaba esperando. Se saludaron y felicitaron las Navidades. Pero era tarde, y se retiraron a descansar.

El día 26 de diciembre, festividad de San Esteban, o segundo día de Navidad, pasó el día en el Noviciado, donde se quedó hasta el 28. Ese día, por la mañana, tomó su maletín y se fue. Josefa Llatse, que lo alcanzó antes de llegar a la puerta, no consiguió que pasara a despedirse de las novicias. —No, para qué más pena —le dijo, ante su insistencia. Salió de la casa, subió al carro que lo esperaba, y se dirigió a la estación. Tomó el tren de las 12 en dirección a Valencia.

En Valencia estuvo Enrique un día, que aprovechó para hablar con su compresbítero Manuel Domingo y Sol en el Colegio de San José que este había fundado en la ciudad. Después de

entrevistarse con el sacerdote y fundador de los Operarios diocesanos, Enrique quiso ver a otro gran amigo, José Flors, carmelita conocido en la orden como José Ramón de Santa Teresa. Acababa de ser nombrado provincial, y quería saludarlo. Ossó le confesó que tenía intención de subir al desierto de las Palmas. Cuando lo supo, José se ofreció a acompañarlo, puesto que él también tenía que ir.

El 29 de diciembre de 1895 Enrique de Ossó y José Flors llegaron al desierto de las Palmas. Como el provincial había avisado de su llegada, se encontraron con una tartana esperándolos en la estación de Benicàssim. Al llegar al convento de los carmelitas, salió a recibirlos el prior, P. Arcángel de la Virgen del Carmen. Los acogió con mucha cordialidad y les acompañó a sus celdas. Enrique de Ossó era considerado en aquel lugar como un hermano más. Cuando subía, hacía vida monástica con los frailes, siguiendo los horarios e incluso acudiendo a la recreación. Por esto tenía una celda en la zona de la comunidad. Como llegaron tarde, y el viaje no era cómodo, tanto el sacerdote como el carmelita se retiraron directamente a sus habitaciones.

El 30 de diciembre Enrique empezó, como solía, a vivir una vida de retiro en el desierto. A pesar del frío intenso, quiso bajar a la ermita, donde pasó la mayor parte del día. Cuando subió, José Flors le estaba esperando en los jardines que rodean el monasterio. —Enrique, —le dijo —creo que será mejor que no te quedes aquí. Ya sabes lo que se dice de tu pleito contra la Iglesia en toda la diócesis. El obispo estuvo en el convento el otro día, y les explicó las acusaciones que recaen sobre ti. Algunos frailes, incluido el prior, piensan que puede ser perjudicial que relacionen este lugar contigo. Alguien les ha comentado que ya ni siquiera las hermanas te apoyan.

Ossó escuchaba en silencio, mientras contemplaba los riscos y, en la lejanía, el azul del mar.

—No tengo a donde ir —dijo al fin en un murmullo.

—El día uno por la tarde tengo que volver a Valencia. Ven conmigo, yo te acompañaré a un lugar donde estarás bien.

El 2 de enero por la mañana, Enrique de Ossó llegó acompañado por José Flors al Monasterio de Sancti Spiritus de Gilet. Un lugar aislado, de corte franciscano, silencioso, austero, rodeado de montañas, donde solo se oía el viento y los pájaros. Nada más llegar, comprendió que pasaría ahí una larga temporada.



Sancti Spiritus, 27 de enero de 1896-Vinebre, 15 de septiembre de 1854

Enrique salió a pasear aquella tarde de enero. Hacía frío, pero no le importaba. Después de casi un mes en aquel lugar, su espíritu estaba en paz. Tenía muchos proyectos, aunque los sentía lejanos. Caminaba por los alrededores del convento mirando las plantas, sintiendo la paz inalterable de la naturaleza, conectando con los abismos de su vida, revisando sus actos y sus decisiones. Recordaba aquella frase de su madre: «quiero que seas sacerdote». Y la respuesta que él le daba: «quiero ser maestro». Entonces comprendió cómo en la síntesis de sus dos intuiciones infantiles había alcanzado el sentido de su vida. Todo lo demás no era relevante. Miró hacia el cielo. Estaba azul. Una nube de algodón blanco se movía, como perdida en él.

El niño miraba el cielo azul radiante con solo algunas nubes que vagaban, sin saber si existirían mañana. El movimiento del carro y una pesadez extraña en el ambiente hacían interminables los cincuenta kilómetros que separan Reus de Vinebre. Primero avellanos, después el coll de la Teixeta, las curvas pronunciadas bajando la montaña, más tarde los almendros y las viñas, y al final el río. Y el pueblo. Y Ca don Jaume del Cantó. Su padre lo estaba esperando a la puerta de la casa. —Hijo, pasa. Tu madre está muy mal.

Subió tembloroso las escaleras hasta el segundo piso, donde se encontraba la habitación de sus padres. La madre estaba allí, con los ojos cerrados, y la tez muy blanca. Respiraba entre-

cortadamente. Su hermana y sus tías estaban dentro, rezando el rosario. Su hermano permanecía con la mirada perdida sentado en una silla en el umbral de la puerta, impassible e inmóvil. Su madre no lo vio. Ya no podía abrir los ojos. Ni siquiera hizo un gesto cuando su hijo entró en la alcoba. El niño permaneció unos instantes de pie junto al lecho de su madre. Después se fue corriendo, huyendo del dolor que le provocaba verla alejarse de él. Subió a los desvanes y se encerró. Desde allí oía las avemarías que resonaban, en monótona cadencia. *Ave María, Ave María, Ave María...* Mientras, lloraba agazapado en el suelo, entre una capa de almendras recién recogidas, extendidas para que se secaran. Le pareció que pasaban las horas muy de prisa, o que el tiempo se había parado del todo. No sabía cuánto llevaba llorando en el suelo. *Domus áurea, Ora pro nobis, Foederis arca, Ora pro nobis, Ianua coeli, Ora pro nobis, Stella matutina, Ora pro nobis, Salus infirmorum, Ora pro nobis...*

De pronto, ya no oía ningún ruido. Ni los gritos de su hermana, ni el ir y venir de las mujeres, ni el rezo. Todo estaba en silencio. Se acercó a la ventana. La calle era estrecha, pero se veía el cielo. Unas figuras de algodón jugueteaban, perdidas en el azul raso, profundo, radiante. En aquel momento supo que estaba solo. En aquel mismo instante, supo que no estaba solo. Una nube pasó entonces por su vista, rápida, como si tuviera prisa de llegar a algún sitio, antes de desaparecer. Los cipreses que flanqueaban el camino del monasterio tenían un verde intenso. Y el azul del cielo se hizo aún más profundo.

Ciudad de México, 2017-2019



Guía de personajes

Nombre	
Adell Sans, Isabel	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873.
Aguilar Pino, Cinta	Tortosa, 1865-1946. Teresiana número 42. Entró en la Compañía en 1879, y fue con un grupo de «educandas» a Tarragona. Fue maestra de párvulos. Vivió la epidemia de cólera en La Almunia.
Alabart, Ramón	Fallecido en 1877. Sacerdote de Tortosa amigo de la familia Ossó. En su casa se hospedó Enrique cuando llegó a la ciudad para ingresar en el seminario. Y parece que también cuando llegó a Tortosa después de su ordenación, hasta la muerte del sacerdote. Parece que fue en su casa donde tuvo lugar la inspiración de la Compañía, en 1876.
Alcoverro Font, Agustina	Gandesa, 1856-Barcelona, 1918. Teresiana número 7. Una de las fundadoras. Prefecta de estudios y consejera general durante casi toda su vida en la Compañía. Era muy cercana a Enrique de Ossó.
Alcoverro Font, Ramona	Gandesa, 1852-Vilanova i la Geltru, 1918. Teresiana número 74. Hermana mayor de Agustina Alcoverro.
Altés Alabart, Juan Bautista	Condiscípulo y amigo íntimo de Enrique de Ossó. Le ayudó en todas sus obras y dirigió la revista teresiana desde la muerte del fundador.

Nombre	
Álvarez Fernández, Tomás de Santa Teresa	Acebedo, 1923-Burgos, 2018. Carmelita Descalzo y gran teresianista. Influyó definitivamente en la activación de la causa de beatificación de Enrique de Ossó al encontrar los documentos en su defensa que estaban perdidos en el Vaticano.
Amades Vidal, Pedro	Sacerdote de Tortosa. Había sido condiscípulo de Enrique de Ossó en el seminario. Después de ordenarse se puso a trabajar como secretario personal de Doña Magdalena de Grau y de Gras. Tuvo una participación activa en la donación de los terrenos para construir el convento de las carmelitas, y en todo el problema del pleito.
Antonio de la Virgen del Carmen	Carmelita, integrante de la comunidad del Desierto de las palmas de 1894 a 1897.
Aranda, Ramón	Sacerdote aragonés. Fue párroco de Maella y más tarde de La Almunia. Participó en las dos fundaciones. Después de haber colaborado con él en Maella, Enrique de Ossó atendió a su llamada para abrir un colegio en el pueblo del Valdejalón. Pero en esta ocasión aparecieron graves diferencias económicas entre los dos sacerdotes que los llevaron a romper su amistad.
Arbós Tor, Jaime	Sant Hipòlit de Voltregà, 1824-1882. Científico, industrial y sacerdote catalán, profesor de Enrique de Ossó en el seminario de Barcelona. El de Vinebre fue su alumno de confianza, y lo nombró su adjunto, confiándole las clases de física cuando él tuvo que ausentarse durante unos meses.
Arrizabalaga Osés, Josefa	Motrico, 1857-Jesús-Tortosa, 1928. Teresiana número 150. Entró en 1884. Fue una de las fundadoras de Puebla (México), primera comunidad teresiana en América.

Nombre	
Audí Bonet, Josefa Teresa	Jesús-Tortosa, 1856-1915. Teresiana número 2. Una de las fundadoras. Estuvo desde el principio, ya con Magdalena Mallol. De todas las primeras fue la única que no llegó a ser maestra. Se dedicó a ser cocinera y facilitar la vida de sus hermanas.
Auxachs Iglesias, Mateo	Tortosa 1822-1898. Sacerdote tortosino, estrecho colaborador de Enrique de Ossó en sus inicios. Fue prior de Mora d'Ebre de 1863 a 1879. En esta fecha fue trasladado a Tortosa para ser confesor y director espiritual de las Carmelitas. Uno de los socios que hicieron las gestiones de fundación del convento, y el que negoció la donación de los terrenos con Doña Magdalena de Grau. Desde 1878 se puso en contra de Enrique de Ossó y a favor de las Carmelitas en el conflicto sobre la casa noviciado.
Aznar y Pueyo, Francisco	Panticosa, 1821-Tortosa 1893. Ocupó el cargo de Obispo de Tortosa desde 1879 hasta su muerte. Sucedió a Benito Vilamitjana. Se encontró con el problema del pleito nada más llegar a la diócesis. Aunque su actitud fue conciliadora, no supo encontrar una solución.
Balaguer, Juan	Carpintero tortosino. Uno de los primeros integrantes de la Hermandad Josefina. Firmó la carta de creación el 15 de marzo de 1876.
Balaguer Besora, Cinta	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873.
Balsebre Busom, Matilde	La Fatarella, 1847-Vilanova i la Geltrú, 1916. Teresiana número 35.
Balsebre Busom, María Dolores	La Fatarella, 1853-Orán, 1930. Teresiana número 20.

Nombre	
Baltá, José	Sacerdote de la diócesis de Barcelona. Era párroco de Rubí en 1881 y de la parroquia de San Félix de Sabadell en 1895. Apoyó la Archicofradía y alentó la fundación del colegio de Rubí.
Beltrán Matheu, Josefa	Xerta, 1861-Barcelona, 1944. Teresiana número 16. Una de las integrantes de la Compañieta, el núcleo de jóvenes que se preparaba en Tortosa para ingresar en la Compañía. Vivió de cerca las dificultades de la construcción del primer noviciado. Es la más que probable autora de cuatro cuadernos donde se narran los primeros años de la congregación.
Besora Delsors, Vicenta	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873.
Bielsa, Basilisa	Joven que se incorporó al grupo que hizo ejercicios con Enrique de Ossó a partir del 23 de junio de 1876. No siguió en el proyecto.
Blanch Bretó, Teresa	Godall, 1854-Barcelona, 1942. Teresiana número 4. Considerada una de las fundadoras. No estuvo con el grupo de Magdalena Mallol porque no quería ser maestra. Pero finalmente Enrique de Ossó la convenció para que se uniera a partir de los ejercicios de 1876. Fue dos veces general de la Compañía (1899-1908 y 1920-1932), ayudando a su expansión y consolidación.
Boix, Dolores	Joven que se incorporó al grupo que hizo ejercicios con Enrique de Ossó a partir del 23 de junio de 1876. Fue hermana mayor durante 1877 puesto que parece que tenía experiencia en las Hermanas de la Consolación. Abandonó el grupo en verano de 1877.
Bonet Zanui, Constantino	Tamarit de Llitera, 1808-Tarragona, 1878. Sacerdote aragonés. Fue obispo de Girona (1862-1875) y posteriormente de Tarragona (1875-1878). Era obispo, pues, en el momento de fundación de la Compañía.

Nombre	
Caire Matheu, Lucía	Tortosa, 1855-Tehuantepec, 1904. Teresiana número 45. Fue destinada a México en 1899, donde fue provincial. En 1904, cuando fue a acompañar a la comunidad que tenía que abrir el colegio de Tehuantepec, murió a causa de la fiebre amarilla, como tres hermanas más de las que habían sido elegidas para la fundación.
Petra, Carmen, Candelaria y Rosa	Carmelitas fundadoras del convento de Tortosa, procedentes de Zaragoza.
Casadó, José	Sacerdote de la diócesis de Zaragoza. Fue párroco de Maella en sustitución de Ramón Aranda. Estaba ya en el pueblo en 1881. Ayudó mucho a la Compañía y en especial a la formación de las hermanas novicias y jóvenes que eran destinadas al pueblo.
Casals, Miguel	Fundador de la Tipografía Católica Casals en 1870. Fue esta la editorial donde Enrique de Ossó publicó sus libros.
Castellarnau Lleopart, José María	Berga, 1834-Tarragona, 1903. Doctor en derecho canónico y licenciado en derecho civil. Profesor de estas materias en el seminari de Tortosa. Desde 1879 vicario general de la diócesis. Aceptó la demanda de 1879 contra Enrique de Ossó y emitió un decreto gubernativo en 1881 que lo obligaba a tumbar el colegio noviciado construido al lado de las carmelitas. Siguió en la causa contra el fundador de la Compañía de Santa Teresa en todas las instancias.
Catá Blanch, José	Misionero Claretiano oriundo de mataró que trabajaba en Orán. Creó la asociación católica hispano africana para promover los intereses de los españoles residentes en la ciudad. Conoció a Enrique de Ossó en 1881 a raíz de unos «sermones» que dio en Barcelona. La Revista Teresiana de noviembre de 1881 da cuenta del episodio y recomienda apoyar a la organización.

Nombre	
Cerveto, Ramón	Tortosa, 1829-Jesús, 1906. Escultor e iniciador de una familia de artistas radicada en Tortosa. Fue miembro de la Hermandad Josefina. Conoció, trabajo y colaboró con Enrique de Ossó.
Chavarría Gisbert, Carmen	Jesús-Tortosa, 1860-Toluca, 1915. Teresiana número 11. Una de las jóvenes del grupo de la Compañeta. Entró en la Compañía en 1878.
Collell Bancells, Jaime	Vic, 1846-1932. Sacerdote y escritor, muy amigo de Jacinto Verdaguer y de Enrique de Ossó, a quienes acompañó en 1877 a la peregrinación a Ávila, Salamanca y Aba de Tormes.
Comes Vidal, Juan	Sacerdote de la diócesis de Tarragona y juez del tribunal eclesiástico. Cuando el Dr. Grau dimitió por las irregularidades causadas por Benito Vilamitjana, obispo de Tarragona, en la causa de Enrique de Ossó, Comes, cercano al obispo, fue el encargado de retomar el juicio. Falló contra el sacerdote de Vinebre.
Curto Gombau, Teresa	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873.
Domingo i Sol, Manuel	Tortosa, 1836-1909. Sacerdote diocesano de Tortosa. Compañero de seminario y amigo de Enrique de Ossó. Fundó en 1883 la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús.
Duch, José	Muerto en 1886. Sacerdote ecónomo de la diócesis de Tortosa, muy vinculado a la Compañía. Tío de la hermana Josefa Llatse. Estuvo presente en la ceremonia de votos perpetuos de las primeras hermanas, en 1882.
Dujat, Sra.	Duxae, según algunas fuentes, como HC 1969. Señora de Puebla de los Ángeles (México), gestionó los detalles de la fundación y las acompañó a México en su primer viaje, del 24 de noviembre al 24 de diciembre de 1888 en el vapor Antonio López. En el registro del barco consta como Dujat.

Nombre	
Elíes Diosdad, Rosario	Tortosa, 1849-Barcelona, 1931. Teresiana número 9. Se unió en 1878 al grupo de Tarragona, aunque no hizo los votos con las primeras en 1879, sino en 1880. Fue elegida Superiora General el 30 de diciembre de 1889. Las hermanas tuvieron que elegir entre ella y la fundadora Teresa Guillamon, las únicas que alcanzaban la edad de 40 años. Se conocen sus desavinencias con Enrique de Ossó durante su mandato y la crisis de gobierno que vivió la Compañía.
Esteve, Dolores	Joven que estuvo formándose con Magdalena Mallol. Hizo los ejercicios con Enrique de Ossó y se comprometió el 23 de junio. No llegó a hacer los votos. No siguió en el proyecto.
Ferré Ferreres, Nieves	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873.
Ferrer, Agustí	Hacia 1859-Benicarló, 1895. Sacerdote de la diócesis de Tortosa. Estuvo, entre otras parroquias, en Castellfort, Benicarló y Godall, donde ejercía su labor en año 1876. Allí encaminó algunas de las jóvenes del pueblo a Enrique de Ossó, para que se unieran al grupo de D. Magdalena Mallol. Gran amigo y colaborador del fundador.
Ferrer Andreu, Francisca	Figuerola, 1855-Zacatecas, 1899. Teresiana número 64. Ingresó en la Compañía en 1881. Fue una de las fundadoras de Portugal.
Fitó Centena, Montserrat	Vic, 1858-Maella, 1919. Teresiana número 76. Entró en la Compañía en 1871. Una de las fundadoras del primer colegio de Portugal, la Fraga. Sostuvo una muy interesante relación epistolar con Enrique de Ossó.
Flors Palanca, José	José Ramón de Santa Teresa (1839-1909). Carmelita (1885) amigo de Enrique de Ossó. Prior de Tarragona (1892-1895). Primer Provincial (1895-97) de la Semiprovincia Santa Teresa Aragón-Valencia tras la independencia (8.8.1895). Primer provincial de pleno derecho de la provincia (1897-1900).

Nombre	
Galcerán, Agustín	Sacerdote de Tortosa. Amigo fiel de Enrique de Ossó. Capellán del noviciado desde 1883 hasta 1910. Fue a Roma en 1894 para gestionar asuntos del pleito. También era una de las personas que fue a Gilet el 28 de enero de 1896 con motivo de la muerte del fundador y años más tarde, en julio de 1908, a recoger sus restos para llevarlos de nuevo a Tortosa.
Girona, Ana	Joven que estuvo formándose con Magdalena Mallol. Abandonó el grupo el cuatro de junio de 1876, cuando Enrique de Ossó les explicó su proyecto. Era prima hermana de Saturnina Jassá.
Gombau García, Beatriz	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873.
Gonçalvez, Lorenzo	Sacerdote portugués. Gran amigo y colaborador de Enrique de Ossó. Se ignora cómo se conocieron. Acompañó al fundador en su viaje a Portugal, y está comprobada su presencia en el noviciado de Tortosa en numerosas ocasiones.
Grau Vallespinós, Juan Bautista	Reus, 1832-Tábara, 1893. Tras ordenarse sacerdote tuvo una canonjía doctoral en las Canarias. Después fue nombrado canónigo de Tarragona, archidiócesis de la que fue vicario general desde 1870. Doctor en derecho, fue juez del tribunal eclesiástico de la diócesis. En 1886, después de haber dimitido de su cargo por desavenencias con el obispo Vilamitajana, fue nombrado obispo de Astorga. A él se debe que Gaudí construyera el palacio episcopal de Astorga.
Grau y de Gras, Magdalena de	Rica propietaria tortosina descendiente de una familia de Benassal. Vivía en Barcelona. Hizo donación de los terrenos donde se construyó el convento de las carmelitas y el primer noviciado. No estaba de acuerdo con la construcción del colegio-noviciado al lado de las carmelitas, pero no denunció a Enrique de Ossó.

Nombre	
Guillamón Ferrer, Teresa	Alcalà de Xivert, 1843-Barcelona, 1898. Teresiana número 5, la mayor de las fundadoras. Era maestra desde 1868, y se unió al grupo de Tarragona en noviembre de 1876.
Ibarra Bonzález, Ramón	Olinalá, 1853-Ciudad de México, 1917. Vicario y provisor de la diócesis de Puebla en 1888, año de llegada de la Compañía. Nombrado obispo de Chilapa mientras estaba en Roma, en 1890. En 1902 se convierte en el primer arzobispo de Puebla, elevada a la categoría de Archidiócesis. Amigo de Enrique de Ossó y promotor de la Compañía, fue una de las últimas personas que se entrevistó con él, el 23 de diciembre de 1895. También promovió y alentó las obras de la Cruz, tras conocer a Concepción Cabrera de Armida.
Jassá, Gregoria	Hermana de Saturnina Jassá. Tuvo constante relación con la Compañía.
Jassá Fontcuberta, Saturnina	Calaceite, 1851-Tortosa, 1936. Teresiana número 8. La última de las consideradas fundadoras. Tenía resistencias a ser teresiana, ya que prefería ser carmelita. Enrique de Ossó la convenció para que entrara, lo que hizo en mayo de 1877. Fue general dos veces, de 1881 a 1889 y de 1908 a 1920. A ella se debe, en gran parte, el gran impulso de la Compañía en los primeros años. Acompañó y participó en la expansión por América. Estuvo en México desde 1890 a 1900. De 1989 a 1900 estuvo con las religiosas de la Cruz.
Jimeno, Antonio	Bienechor de la Almunia que dio dinero para ayudar a la fundación del colegio. Cuando el canónigo Aranda, que fue el promotor de la fundación, se volvió atrás, se creó un problema con los 4000 duros que había dado el Sr. Jimeno. El problema terminó con la intervención del obispo.

Nombre	
Juliá Cortés, José	1838-1991. Catedrático de teología del seminario de Barcelona. Párroco y director de la Archicofradía en la parroquia de Ntra. Sra de los Ángeles. Enrique de Ossó lo calificó de «entusiasta teresiano». Participó en la peregrinación a Montserrat en octubre de 1882.
Della Chiesa, Giacomo	Génova 1854-Roma 1922. Noble y sacerdote italiano. Llegó al papado con el nombre de Benedicto XV (1914-1922). Secretario del Cardenal Rampolla cuando este fue nuncio apostólico en Madrid (1882-1887). En esa época conoció a Enrique de Ossó, que guardaba una fuerte relación de amistad con este último. Durante la estancia del fundador en Roma, se encontraron en diversas ocasiones para tratar el problema del pleito.
Laporta, Domingo	Sacerdote colaborador de Enrique de Ossó. Párroco y director de la Archicofradía en Calaceite. Murió en marzo de 1876.
Llatse Jardí, Josefa	1848-1901. Teresiana número 86. Fue durante años superiora del colegio noviciado de Jesús-Tortosa. Murió durante el traslado de la antigua casa a la nueva construcción.
Llatse, Juan	Alumno de Enrique de Ossó en el seminario de Tortosa. Después de su ordenación en 1883 conservaron los dos una estrecha amistad, vehiculada por una afición en común, la música. Parece que Juan Llatse es el autor de la música de algunos cantos de compañía, como la Diana Teresiana. Paso gran parte de su vida en Castellón, donde era organista de la iglesia parroquial.
Llorach Esteller, Dolores	Roquetes, 1849-Jesús, 1887. La primera teresiana. Fue enviada por Enrique de Ossó a formarse con D. Magdalena Mallol a primeros de marzo de 1876. Tenía gran entereza, capacidad emprendedora y de decisión. El fundador tenía en ella muchas esperanzas, que se quebraron a causa de su muerte prematura en diciembre de 1887.

Nombre	
Lluís, Rosario	Joven de Tortosa perteneciente a la archicofradía. En 1878 era vicedirectora, cargo que se denominaba como vice-hermana mayor.
Mallol, Magdalena	Maestra de Tarragona que pidió ayuda a Enrique de Ossó de 1876 porque quería formar jóvenes que la ayudaran.
Marco, Encarnación	Ènova, 1863-Madrid, 1913. Teresiana número 92. Entró en la Compañía en 1882. Fue elegida como consejera provincial el 31 de diciembre de 1889. En cambio, Enrique de Ossó afirma que se fue a México en Octubre de este mismo año.
Marsal Gebellí, Francisco	Nació en Reus en 1848. Murió después de 1925. Conoció a Enrique de Ossó en Tarragona en 1874, cuando este le pidió ser vicedirector de la Archicofradía. Fue párroco de Figuerola, donde Enrique de Ossó subió en 1878 a escribir las constituciones de la Compañía. Ostentó diversos cargos en varias diócesis, hasta que volvió, ya mayor, a Barcelona.
Martínez Izquierdo, Narciso	Rueda de la Sierra, 1830-Madrid 1886. Ordenado sacerdote en 1857. Elegido diputado de las cortes en 1871, adscribiéndose al partido Carlista. Desempeña el cargo por diferentes provincias hasta 1882, en que renuncia en protesta por la aprobación de la Ley de Matrimonio Civil. Ordenado obispo de Salamanca en 1874. En 1885 es el primer obispo de la recién creada diócesis de Madrid-Alcalá. Muere en 1886 asesinado por un sacerdote de su diócesis. Amigo cercano de Enrique de Ossó desde 1875.
Montagut Moliner, Concepción	Coves de Vinromà, 1873-Buenos Aires, 1946. Teresiana número 729. Ingresó en la Compañía en 1902. Estaba destinada a la comunidad de Valencia en 1908, cuando tuvo lugar el traslado de los restos de Enrique de Ossó de Gilet a Tortosa.

Nombre	
Montfort Troncho, Encarnación	Vilafranca del Cid, 1864-Madrid, 1911. Teresiana número 33. Una de las fundadoras de Portugal.
Moreira Vaz, Ana	Nacida en Corniera (Portugal) en 1856, perteneció al primer grupo de jóvenes portuguesas que llegó al noviciado de Tortosa en marzo de 1884. Enviada para ayudar a la comunidad de la Almunia en la epidemia de cólera, murió allí dos días después de llegar, el 5 de agosto de 1885.
Moreno Castañeda, Ramón de San Jose	1839-1890. Nació en Guadalajara, Jalisco. Profesó en los carmelitas en 1857 y fue ordenado sacerdote en 1862. Vicario apostólico de la Baja California y obispo de Eumenia desde 1873. Obispo de Chiapas en 1879. En lucha constante con las autoridades civiles, y perseguidor del «masonismo», fue encarcelado y expulsado de su territorio en 1876. Se refugió en San Francisco, y después fue a Europa, donde conoció a Enrique de Ossó.
Mori, Giuseppe	1850-1934. Monseñor de la Curia Vaticana, que trabajaba en la Congregación del Concilio. Fue abogado de Enrique de Ossó en Roma y lo ayudó en el pleito.
Navarro Castellón, Francisco	Caspe, 1812-Segovia, 1887. Prior del Desierto de las Palmas y provincial de la provincia de Aragón-Valencia de 1874 a 1876.
Ossó Catalá, Jaime	Padre de Enrique de Ossó. Se casó con Micaela Cervelló Jové. Tuvo tres hijos: Dolores, Jaime y Enrique. Enviudó en 1854.
Ossó Cervelló, Jaime	Hermano de Enrique de Ossó. Siguiendo los consejos de su padre, de muy joven se fue a Barcelona a buscar una vida mejor que la del campo. Allí se casó con Teresa Serra y tuvo cinco hijos. Murió en marzo de 1885.

Nombre	
Ossó Cervelló, Enrique de	Vinebre, 1840-Gilet, 1896. Sacerdote diocesano de Tortosa, identificado con el teresianismo. Vivió con el deseo de transformar el mundo, y penso hacerlo mediante el conocimiento y asimilación carismática de Teresa de Jesús. Creó la Revista Teresiana en 1872, y fundó diversas asociaciones, como la Archicofradía teresiana (1873), Rebañito del Niño Jesús (1876), Compañía de Santa Teresa (1876). Su vida y acción apostólica se vieron empañadas por un conflicto sobre unos terrenos que le fueron donados por Doña Magdalena de Grau para hacer un convento de carmelitas, y donde él construyó también el colegio noviciado de las teresianas.
Ossó Serra, Enrique de	Hijo de Jaime de Ossó Cervelló, y por tanto sobrino de Enrique de Ossó.
Ossó Serra, Elvira de	Hija de Jaime de Ossó Cervelló, y por tanto sobrina de Enrique de Ossó.
Ossó Serra, Flora de	Hija de Jaime de Ossó Cervelló, y por tanto sobrina de Enrique de Ossó.
Ossó Salvadó, Concepción de	Hija de José de Ossó Catalá. Prima hermana de Enrique de Ossó.
Ossó, Pura de	Hija de José de Ossó Salvadó. Sobrina de Concepción de Ossó.
Pamies Gili, Concepción	L'Aleixar, 1862-Jesús-Tortosa, 1946. Teresiana número 47. Se conserva gran número de cartas entre el fundador y ella. Durante los años ochenta estuvo en Maella. Y aunque a finales de esta década fue trasladada y vivió en otras comunidades, como Tarragona, el año 97 vuelve a aparecer como directora de Maella.
Parellada, Tomasa	Señora de Tarragona que ayudó a Enrique de Ossó cuando las jóvenes dejaron el piso de Magdalena Mallol.
Pauli Baulenas, Agustín	Fallecido en 1904. Sacerdote de Tortosa, amigo de Enrique de Ossó. Colaborador de la Compañía y de la Revista Teresiana. Director de la Archicofradía Primaria, es decir, de Tortosa.

Nombre	
Pauli Baulenas, Mariana	Tortosa, 1856-1932. Teresiana 116. Hermana de Mn. Agustín Pauli, uno de los amigos sacerdotes de Enrique de Ossó. Fue fundadora de México.
Peiró, Juan	Sacerdote valenciano. conoció a Enrique de Ossó en 1879, cuando éste estaba en una de sus giras apostólicas por Castellón y Valencia. Desde entonces, Peiró se convirtió en un habitual del noviciado, colaborador incansable de la Compañía, y amigo de confianza de Ossó. Ayudó, entre otras, en las fundaciones de Oran y la Almunia, ambas con graves problemas.
Peñarroya Queralt, Jacinto	Forcall, 1819-Tortosa, 1884. Entre otros cargos, fue secretario del Obispo Don Damián Gordó y Saez (que estuvo en la diócesis de 1848 a 1854), fiscal del Tribunal eclesiástico, comisario de los santos lugares y examinador sinodal. Conoció a Enrique de Ossó en 1868 y se convirtió en su director espiritual. Por sus manos pasaron las ideas de Ossó de crear a Archicofradía, la Compañía, y otros proyectos del joven sacerdote. Formó parte de la sociedad que impulsó la llegada de las carmelitas y la construcción de un convento en los terrenos donados por D. Magdalena de Grau.
Piñol, Dolores	Joven que se incorporó al grupo que hizo ejercicios con Enrique de Ossó a partir del 23 de junio de 1876. Abandonó el grupo en verano de 1877.
Pitarch Alberich, Encarnación	Alcalà de Xivert, 1858-México-Mixcoac, 1917. Teresiana número 14. Una de las integrantes del grupo de la «compañieta», que se preparaban en Tortosa, mientras otras estaban en Tarragona.
Pla Casadó, Teresa	Santa Bàrbara, 1852-Barcelona, 1842. Teresiana número 6. Una de las fundadoras. Era maestra desde 1872, y dirigía la escuela de Godall, donde la conoció Enrique de Ossó en 1876. Se unió al grupo de jóvenes de Tarragona en 1877. Además de uno de los pilares fundamentales de la Compañía, estuvo entre las fundadoras de Puebla en 1889.

Nombre	
Pla Casadó, Fancisca	Santa Bàrbara, 1861-Tortosa, 1932. Teresiana número 15, y hermana menor de la fundadora Teresa Pla. Pasó la mayor parte de su vida en Jesús-Tortosa, donde ejerció de maestra de novicias.
Ponce de León Lacazi, Dolores	Independencia (Uruguay), 1887-Itaquí (Brasil), 1917. Teresiana 853. Llegó con su prima Elena y otras uruguayas al noviciado de Tortosa en enero de 1907. Enfermó de tuberculosis durante su estancia en la casa y ya no se recuperó. Conservamos los detalles de su vida en la biografía que escribió la mexicana Dolores Madrigal, compañera de noviciado.
Ponciano, Ana	Joven perteneciente a la Archicofradía. Era directora (hermana mayor) en Jesús-Tortosa en 1878.
Poy Jardí, Dominga	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873.
Queralt Calbó, María	Vilallonga, 1854-Pueba, 1929. Teresiana 26. Una de las fundadoras de México.
Queralt Balaguer, Genoveva	Santa Bàrbara, 1854-Jesús-Tortosa, 1936. Teresiana número 13. Una de las integrantes de la «compañeta».
Quinzá, José María	Notario mayor de Tortosa
Ramoneda de Malet, Margarita	Presidenta de la Junta de señoras de Rubí que tramitó la llegada de la Compañía a la ciudad y la fundación del colegio.
Ráfels Porta, Concepción	Rialp, 1856-Barcelona 1891. Teresiana 97. Perteneció al consejo provincial de la provincia Santa Teresa elegido el 1889. Pero murió casi dos años después, sin ni siquiera haber hecho la profesión perpetua.
Valdrich Pamplona, Raimunda	Monistrol, 1861-La Almunia, 1885. Teresiana 103. Murió a causa del cólera a los 24 años, sin haber hecho la profesión perpetua.

Nombre	
Rampolla del Tindaro, Mariano	Polizzi Generosa (Sicilia), 1843-Roma, 1913. Ordenado sacerdote en 1866 y nombrado obispo en 1880. Fue nuncio en España de 1882 a 1887. En ese año fue creado cardenal y nombrado Secretario de Estado de León XIII. Conoció a Enrique de Ossó siendo nuncio, y a él acudieron en numerosas ocasiones, tanto el fundador como las hermanas, en relación con el asunto del pleito. A partir de 1887, cuando es trasladado a Roma, sigue de cerca el caso. Ayuda a Enrique de Ossó cuando este decide empezar un nuevo proceso en la Santa Sede.
Reñé Pijuan, Antonia	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873. Hermana mayor de la archicofradía ya en 1877 y durante algunos años.
Ribera Dualde, Victoria	Una de las nueve primeras jóvenes que hicieron el compromiso en la archicofradía el 12 de octubre de 1873. Fue la primera hermana mayor de la archicofradía. Colaboradora de Enrique de Ossó y autora de la letra de algunos cantos de Compañía.
Roca Royo, Juan	Fallecido en Tarragona en julio de 1893. Sacerdote de Tarragona, colaborador de Enrique de Ossó y colaborador de la Compañía. Estuvo presente en la constitución de la Compañía en junio de 1876.
Rubio Asensio, María Teresa	Los Arcos, 1866-Jesús-Tortosa, 1860. Teresiana 304. Enrique de Ossó y Saturnina Jassá la concieron en uno de sus viajes a Madrid. Entró en 1887. Fue consejera y secretaria general en el generalato 1908-1920, y posteriormente secretaria general de 1920 a 1932.
Sánchez Carrascosa y Carrión, Pedro José	Mazanares, 1823-1896. Consagrado obispo de Ávila en 1868, acogió la peregrinación de 1877. Junto con el obispo de Oviedo, Sanz Forés, y el de Salamanca, Martínez Izquierdo, apoyó en aquel momento la fundación de la Hermanidad Teresiana Universal.

Nombre	
Sánchez Llecha, José	Flix, 1832-1918. Sacerdote de la diócesis de Tortosa. Fue, entre otras cosas, párroco de la iglesia de San Francisco, en Jesús. En virtud del puesto que ostentaba, se le pidió que formara parte de la sociedad que había de llevar al pueblo a las monjas carmelitas. Fue uno de los denunciantes de Enrique de Ossó.
Sanz Forés, Benito	Gandia, 1828-Madrid, 1895. Ordenado sacerdote en 1852, doctor en teología en 1853 y en derecho canónico en 1857. Fue canónigo lector de Tortosa desde finales de los años 50 hasta 1866. En ese año fue elegido por Pío IX para auditor del tribunal de la Rota de Madrid. En 1868 fue consagrado obispo. Ocupó el cargo en las diócesis de Oviedo, Valladolid y Sevilla.
Sardà i Salvany, Félix	Sabadell, 1844-1916. Íntimo amigo de Enrique de Ossó a quien conoció cuando ambos estudiaban en el seminario de Barcelona. Fue un prolífico escritor y una de las voces más descollantes en Catalunya del llamado catolicismo tradicionalista. De ideas profundamente reaccionarias, fundó en 1871 la Revista Popular, desde donde propagaba una religiosidad intransigente con deseos de regir las estructuras sociales. Entre sus obras más conocidas está «El liberalismo es pecado», para cuya edición parece que contó con el apoyo del de Vinebre. Ossó no pudo convencerle de convertirse al «teresianismo», y a pesar de sus diferencias ideológicas, su amistad continuó toda la vida.
Serpetti	Procurador romano encargado de llevar los documentos que no llegaron al tribunal de la Santa Sede.
Serra, Teresa	Esposa de Jaime de Ossó Cervelló, hermano mayor de Enrique de Ossó. Jaime y Teresa tuvieron cinco hijos: Lluís de Ossó, Santiago de Ossó, Flora de Ossó, Elvira de Ossó y Enrique de Ossó. Aunque el hermano murió en marzo de 1885, menos de un año después que su padre, el sacerdote siguió teniendo un contacto estrecho con su cuñada.

Nombre	
Soler, Dolores	Junto con Dolores Mayor, Filomena Costa y Dolores Lacombe, pertenece a un grupo que se unió a las jóvenes de Tarragona tras los ejercicios de junio del 76. Ninguna de ellas perseveró.
Talarn Pino, María Cinta	Roquetes, 1852-La Almunia, 1885. Teresiana número 3, y una de las fundadoras. Estuvo en el grupo que se preparó en Tarragona con Magdalena Mallol e hizo los votos el uno de enero de 1879. Murió en la epidemia de cólera, en la Almunia, a los 33 años de edad.
Temprado Pitarch, Petra	Castellfort, 1857-Jesús-Tortosa, 1924. Teresiana número 19. Entró en la Compañía en diciembre de 1878, en la segunda generación de la compañieta. Fue, en los primeros tiempos, directora de Roda de Berà, consejera de la provincia santa teresa dese 1990 y provincial desde 1991. En 1908 estaba destinada en Valencia.
Terrades, Elvira	Joven de Tortosa de quien tenemos noticia por las crónicas de Compañía.
Troncho Troncho, Sabiniana	Castellfort, 1866. Entro en 1885 y fue elegida para la fundación de Puebla de los Ángeles (México), donde llegó con el resto de hermanas el 24 de diciembre de 1888. Salió de la Compañía, parece que en 1893.
Verdaguer Santaló, Jacinto	Folgueroles, 1845-Vallvidrera, 1902. Sacerdote y escritor catalán. Poeta romántico que se adscribe al movimiento de la Renaixença. Por obras como «La Atlántida» o «El canigó» se reconoce como uno de los poetas culminantes del siglo XIX en lengua catalana. Tuvo problemas con la Iglesia a causa de su escasa ortodoxia y sus prácticas poco habituales. Para defenderse, escribió en la prensa una serie de artículos titulados «En defensa pròpia», que son un ejemplo de prosa periodística literaria. Era un amigo muy cercano de Enrique de Ossó. Lo acompañó a la peregrinación del 1877 a Ávila. Era una de las personas que fueron a despedir el barco de las hermanas que iban a México en noviembre de 1888.

Nombre	
Vericat Barberà, Josefa	Xerta, 1863. Una de las integrantes de la compañe-ta. Salió en 1882.
Vernet, Josefa	Joven que estuvo formándose con Magdalena Ma-llo. Hizo los ejercicios con Enrique de Ossó. No lle-gó a hacer los votos.
Vidal Cebrià, Dolores	Almudaina, 1867-Puebla, 1946. Teresiana 181. Entró en 1885. Una de las fundadoras de México. Vivió allí toda su vida.
Vilamitjana Vila, Benito	Sant Vicenç de Torelló, 1812 - Tarragona, 1888. Se ordenó sacerdote en 1836, y fue catedrático de filo-sofía del seminario de Vic de 1839 a 1850. En 1854 fue canónigo magistral en La Seu d’Urgell. Dejó el cargo al ser nombrado obispo de Tortosa en 1861. En 1979 fue nombrado arzobispo de Tarragona, car-go que desempeñó hasta su muerte e 1888. Ayudó al nacimiento de diversas congregaciones. Entre ellas, en Tortosa, a las Hermanas de la Consolación y la Compañía de Santa Teresa. Fue un firme apoyo a En-rique de Ossó y todas sus organizaciones hasta que, a causa del problema del pleito, cambió de opinión, y se convirtió en el más firme perseguidor tanto del fundador como de la congregación. Hombre de gran formación, promotor de la cultura, y organizador de las diócesis en donde fue obispo, se le considera un gran personaje de la iglesia catalana del siglo XIX.
Vilarrasa, Eduardo	Cura de la parroquia de la Concepción, a donde pertenecía el colegio del Eixample.



Resumen biográfico de Enrique de Ossó

En este resumen aparecen datos fundamentales de la biografía de Enrique de Ossó, así como algunos datos importantes para contextualizar lo que se narra en el libro.

16 octubre 1840	Nace en Vinebre.
1853-1854	Va a trabajar a ca l'Ortal, en Reus.
15 septiembre 1854	Muere su madre.
Octubre 1854	Se escapa a Montserrat. Ingresa en el seminario de Tortosa.
1854-1857	Estudia en el seminario de Tortosa. Latín y humanidades
1857-1866	Estudia en los seminarios de Tortosa y Barcelona.
6 mayo 1866	Subdiaconado en Barcelona, de manos del obispo Pantaleón Montserrat.
Septiembre 1886	Empieza a dar clases de matemáticas y física en el seminario de Tortosa.
6 abril 1867	Diaconado en Tortosa, de manos del obispo Benito Vilamitjana Vila.
21 septiembre 1867	Es ordenado sacerdote en Tortosa.
6 octubre 1867	Primera misa en Montserrat.
1868-69	Pasa el año en Vinebre a causa de la clausura del seminario por la revolución.

Septiembre 1869	Empieza a organizar la catequesis de Tortosa.
1871	Primer libro, <i>Guía práctica del catequista</i> .
Septiembre 1872	Gracia teresiana en el Desierto de las Palmas.
Octubre 1872	Sale el primer número de la Revista Teresiana. La dirigirá durante toda su vida.
12 octubre 1873	Funda la Asociación de jóvenes de María Inmaculada y Teresa de Jesús.
1874	Primera edición del <i>Cuarto de hora de oración</i> .
1875	Pío IX eleva la Asociación a Archicofradía.
Febrero 1876	Una maestra de Tarragona, Magdalena Mallol, le pide jóvenes para formarlas como maestras.
15 marzo 1876	Fundación de la hermandad Josefina.
30 marzo 1876	Donación del terreno por parte de Doña Magdalena de Grau para construir en Tortosa un convento de carmelitas.
1 abril 1876	Celebración del final del mes de San José en la Ermita de Migcamí, en Tortosa, con los niños de la catequesis. Dificultades con las jóvenes de Tarragona.
2 abril 1876	Inspiración de la Compañía de Santa Teresa.
4 junio 1876	Reunión con las jóvenes que se preparaban en Tarragona para ser maestras con Doña Magdalena Mallol.
23 junio 1876	Fundación de la Compañía de Santa Teresa. Inicio de los ejercicios de las aspirantes.
6 agosto 1876	Primera piedra del convento de las carmelitas.
Agosto 1877	Peregrinación de la Archicofradía a Ávila, Alba de Tormes y Salamanca. Fundación de la Hermandad Teresiana Universal.
12 octubre 1877	Inauguración del convento de las carmelitas de Jesús-Tortosa.
12 de mayo 1878	Primera piedra del noviciado en Jesús-Tortosa, al lado del convento de las carmelitas.

1878	Renuncia a la cátedra en el seminario. Primer colegio de la Compañía en Vilallonga del Camp.
Noviembre-diciembre 1878	Escribe las primeras Constituciones de la Compañía en Figuerola del Camp.
1 enero 1879	Votos de las ocho primeras teresianas en la capilla de San Pablo, en Tarragona.
Julio 1879	Llega un nuevo obispo a Tortosa, Francisco Aznar y Pueyo, en sustitución de Benito Vila-mitjana Vila, que va a Tarragona.
12 octubre 1879	Se «inaugura» el colegio noviciado de las teresianas en Jesús-Tortosa, al lado del convento de las carmelitas.
13 octubre 1879	Las carmelitas presentan una súplica para que las teresianas no vivan en el nuevo edificio
14 noviembre 1879	Mateo Auxachs, Jacinto Peñaroya y José Sánchez presentan un recurso a favor de las carmelitas y contra Enrique de Ossó.
20 diciembre 1879	Fundación del colegio de Roda de Berà
15 marzo 1881	Orden gubernativa instando a Enrique de Ossó a demoler el edificio del colegio-noviciado de las teresianas en un plazo de tres años.
8 mayo 1881	Fundación del colegio de Rubí.
27 agosto 1881	Elección de Saturnina Jassá como Superiora General de la Compañía.
1882	Impresión de las primeras Constituciones de la Compañía.
15 octubre 1882	Votos perpetuos de las ocho fundadoras en Jesús-Tortosa.
21 octubre 1882	Celebración del tercer centenario de la muerte de Santa Teresa en Montserrat.
Mayo 1883	Viaje a Orán para establecer las bases de una fundación de la Compañía, invitado por el claretiano José Catá.

1884	Aprobación diocesana de la Compañía de Santa Teresa.
Mayo 1884	Primera fundación en Portugal.
17 marzo 1884	Se promulga el «entredicho» sobre el colegio-noviado de Jesús-Tortosa.
31 marzo 1884	Enrique de Ossó denuncia a sus socios Auxachs, Peñarroya y Sánchez, y a las carmelitas.
11 octubre 1884	Muere Jaime de Ossó y Catalá.
Marzo 1885	Muere Jaime de Ossó y Cervelló.
22 abril 1885	El tribunal de Tarragona, mediante el juez Juan Bautista Grau, declara nulo el entredicho sobre el colegio-noviado.
27 septiembre 1885	Muere en La Almunia la primera de las fundadoras, Cinta Talarn.
22 diciembre 1885	El tribunal de la Rota de Madrid confirma la sentencia de Tarragona sobre el entredicho. Se comunica el día 30.
1 enero 1886	Enrique de Ossó celebra misa en el colegio-noviado de Tortosa.
25 junio 1886	Juan Bautista Grau, juez del tribunal eclesiástico de Tarragona, falla a favor de Enrique de Ossó, en referencia a la denuncia del 31 de marzo de 1884. Esta sentencia no llegará a publicarse, y se denomina non-nata.
26 junio 1886	Benito Vilamitjana, obispo de Tarragona, paraliza la causa, fuerza la dimisión de Grau, toma el juicio el mismo y nombra a otro juez metropolitano, Juan Comes Vidal.
21 octubre 1886	Sentencia del juez Juan Comes contra Enrique de Ossó obligándole a tirar el colegio-noviado.
Noviembre 1886	Viaje a Portugal. En el camino, trata en Madrid con el fiscal Ezenarro, del tribunal de la Rota. También visita Ciudad Rodrigo, donde establece contactos para una fundación.

1887	Segundo viaje a Roma, donde pide la aprobación pontificia de la Compañía.
1888	<i>Decretum Laudis</i> de la Santa Sede para el instituto. Aprobación de las Constituciones y publicación animadversiones, o puntos que hay que cambiar.
24 noviembre 1888	La Compañía llega a América. Salen a bordo del vapor Antonio López las hermanas que van a fundar en Puebla de los Ángeles (México).
11 marzo 1889	Sentencia firme contra Ossó del tribunal de la Rota de Madrid.
31 diciembre 1889	Rosario Elíes es elegida en Tortosa General de la Compañía de Santa Teresa.
1891	Empieza la editorial <i>La escuela de Santa Teresa de Jesús</i> , dedicada a publicar libros de texto.
18 abril 1891	Enrique de Ossó apela a Roma para que tome cartas en el asunto del pleito. La Sagrada Congregación pide documentación a las partes. La documentación presentada por el fundador nunca llega a manos del tribunal. Estos papeles fueron encontrados por el Padre Tomás Álvarez en el Archivo Secreto del Vaticano casi ochenta años después.
11 marzo 1892	La Sagrada Congregación emite fallo contra Enrique de Ossó.
1893	Aprobación gubernativa de la Compañía de Santa Teresa.
12 mayo 1893	Enrique de Ossó pide a la Santa Sede que revise la sentencia de marzo del 92.
8 diciembre 1893	El Vicario General de Tortosa, José María Castellarnau, concede a Enrique de Ossó 50 días para desalojar el colegio-noviciado de Jesús.
24 enero 1894	Agustín Galcerán viaja a Roma para pedir la intervención de la Santa Sede y parar la demolición del colegio.

Mayo 1894	Enrique de Ossó viaja a Roma donde permanecerá varios meses, para tratar de solventar el asunto del pleito. Se descubre que la defensa del sacerdote nunca llegó a la Sagrada Congregación. En Tortosa hay un nuevo obispo, Pedro Rocamora.
1895	Se hacen patentes las disensiones entre Enrique de Ossó y Rosario Elíes.
3 septiembre 1895	Discernimiento y decisión de apartarse de la Compañía de Santa Teresa. Se instala en Vinebre.
15 septiembre 1895	Inauguración del colegio de Tortosa sin la asistencia de Enrique de Ossó.
Octubre 1895	Pasa unos días en el colegio-noviciado de Jesús para celebrar la fiesta de la Santa. Después vuelve a Vinebre.
23 diciembre 1895	Visita a Monseñor Ibarra en el colegio de San Gervasio. Después va a pasar la Nochebuena con su familia en Barcelona.
26 diciembre 1895	Va al desierto de las Palmas.
2 enero 1896	Llega al monasterio de Santi Spiritu en Gilet.
27 enero 1896	Muere en Gilet.